

ESTUDIOS

NUMERO EXTRAORDINARIO

CULTURA
FASCISTA



1 pto.

160

Lector: Esta Revista se debe a un noble propósito cultural y no a interés particular alguno. Sus páginas no están supeditadas a conveniencias inconfesables de bandería o de secta. Su única misión, misión honrada y digna, es la de aportar al conocimiento de sus lectores cuantas enseñanzas se consideren útiles y necesarias para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

Dicho está con ello que esta publicación no tiene, ni los admite, otros ingresos que los estrictos de la venta de sus ejemplares.

Como estos ingresos no llegan a compensar, ni en mucho, el coste y demás gastos de su confección, rogamos a los lectores compren y recomienden los libros de su Biblioteca-Editorial aquí anunciados, y difundan por todas partes esta Revista.

La Biblioteca-Editorial de ESTUDIOS editará siempre obras de indiscutible valor literario, cultural y científico, sin más interés que ayudar al sostenimiento de esta Revista.

LA REDACCION

Biblioteca de ESTUDIOS

CONDICIONES DE VENTA

ESTUDIOS (SERVICIO MENSUAL).— Desde cinco ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío (excepto en los envíos para Francia, cuyo descuento se aplica a gastos de envío). Los paquetes para el extranjero deberán abonarse por anticipado. Los paquetes para España se abonarán sin falta todos los meses, por giro postal.

Libros (SERVICIO SOBRE PEDIDO).— Las ventas se hacen en firme y no en comisión.—No se envían libros en depósito.—Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado o a reembolso.—Los gastos de envío van siempre a cargo del comprador.—Los corresponsales, libreros y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los siguientes descuentos: 30 por 100 en las obras en rústica, y 20 por 100 en las encuadernadas.—Los pedidos de particulares cuyo importe sea de diez pesetas en adelante se servirán libres de gastos, pero sin descuento alguno.

Toda correspondencia, giros, etc., deberán ser dirigidos al administrador: J. Juan Pastor, Apartado 158, Valencia (España).

EDUCACION E HIGIENE

Todos los libros de esta sección son escogidos especialmente de entre los de más alto valor cultural y científico, y son, por tanto, de gran utilidad para la superación mental y física del hombre. Su esmerada presentación, unida a lo selecto y provechoso de su texto, la hacen indispensable en la biblioteca de toda persona culta.

dulces placeres y de sanos deleites lo que es hoy motivo de amargos sinsabores debido a la ignorancia y a los prejuicios subsistentes en la vida sexual.

Ni autores mediocres ni obras groseras o cínicas ocuparán estas páginas. Por el contrario, queremos contrarrestar, con la divulgación metódica y selecta de estos conocimientos de alta eficacia cultural y de utilidad práctica indiscutible, la labor nefasta de esa literatura morbosa, halagadora de bajas pasiones, que viene explotando el sexualismo sin escrúpulo alguno.

Estamos seguros de que esta serie de libritos constituirá la dicha de muchos hogares, que la tendrán en gran estima.

Van publicados:

Breviario del Amor Experimental, doctor Jules Guyot ... 1 Pta
La Cópula, doctor Van de Velde ... 1 »
La Anafrodisia (Sus causas y sus remedios), doctor Garnier ... 1 »
El placer recíproco, doctor Smolenski ... 1 »

En preparación:

Los límites eróticos, Roberto Michels ... 1 »
Génesis y progresos del amor, Carlos Albert ... 1 »

CONOCIMIENTOS UTILES DE MEDICINA NATURAL

Cómo se previenen y cómo se curan toda clase de enfermedades por la Medicina Natural. Cualquiera de estos pequeños volúmenes equivale a un tratado extenso sobre la enfermedad de que trata, poniendo al lector en condiciones de poder curarse a sí mismo. Cada tema está tratado por un médico naturista especializado en la afección o dolencia tratada, escrito expresamente para esta Sección en lenguaje sencillo para el profano y con honradez científica irreprochable.

Van publicados los siguientes:

La Tuberculosis, doctor Roberto Remartínez ... 1 Pta
Enfermedades del Estómago, doctor Eduardo Arias Vallejo. 1 »
El Reumatismo, doctor Eduardo Alfonso ... 1 »
La Fiebre, doctor Isaac Puente ... 1 »
La Impotencia genital, doctor Eduardo Arias Vallejo... 1 »
El Estreñimiento, doctor Roberto Remartínez ... 1 »
Higiene sexual, doctor Félix Martí Ibáñez ... 1 »
La Alimentación humana, doctor Lucio Alvarez Fernández. 1 »
La Delgadez, doctor Eduardo Arias Vallejo ... 1 »
La Obesidad, doctor Enrique Jaramillo ... 1 »
La Sífilis, doctor L. Bastos Corbeira ... 1 »
La Higiene, la Salud y los Microbios, doctor Isaac Puente. 1 »
Los Vegetales, doctor A. de Vasconcellos ... 1 »
Las enfermedades del Corazón, doctor J. M. Fontanals ... 1 »
La Apendicitis, doctor José Pedrero Vallés ... 1 »
Las enfermedades del Hígado, Dr. Eduardo Arias Vallejo 1 »
Puericultura, Prof. Samuel Velasco y Llamas ... 1 »
Enfermedades de la Mujer, doctor J. M. Fontanals ... 1 »
La Calipedia (Arte de engendrar hijos sanos y bellos), doctor Roberto Remartínez ... 1 »
Enfermedades Nerviosas y Mentales, Dr. J. M. Fontanals 1 »

PESETAS

Rústica Tela

	Rústica	Tela
La Belleza de la mujer, Carlos Brandt (ilustrada)...	5'—	7'—
Tratamiento de la Impotencia sexual, doctor Isaac Puente (ilustrada)	6'—	8'—
El exceso de población y el problema sexual, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)	10'—	12'—
Medios para evitar el embarazo, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)	3'50	5'—
Enfermedades sexuales, doctor Lázaro Sirlin	1'—	2'50
Educación sexual de los jóvenes, doctor Mayoux	2'—	3'50
La mujer nueva y la moral sexual, Alejandra Kollontay	1'50	3'—
Amor sin peligros, doctor W. Wasroche	2'—	3'50
Generación Consolente, Franck Sutor	1'—	
El veneno maldito, doctor F. Elosu	1'—	
Libertad sexual de las mujeres, Julio R. Barcos	3'—	4'50
El A B C de la Puericultura moderna, doctor Prunier	1'—	
El alcohol y el tabaco, León Tolstói	1'—	
La maternidad consolente, Manuel Devaldés	2'—	3'50
La educación sexual, Jean Marestán	3'50	5'—
La mujer, el amor y el sexo, Jean Marestán	1'—	
Sexualismo libertario, Eugenio Pagán	1'—	
Lo que debe saber toda joven, doctora Mary Wood. Albornos, Albano Rosell	1'—	2'50
Educación y crianza de los niños, Luis Kunhe	3'—	4'50
Estudios sobre el amor, José Ingenieros	0'75	
Embriología, doctor Isaac Puente	0'75	
Eugénica, Luis Huerta	3'50	5'—
	2'—	

ANTOLOGIA

DE LA FELICIDAD CONYUGAL

(CONOCIMIENTOS ÚTILES PARA LA VIDA PRIVADA)

Esta nueva publicación tiene una finalidad elevada y digna: aportar al conocimiento de las parejas humanas las más útiles enseñanzas para su penetración afectiva e íntima y para su felicidad sexual.

En pequeños volúmenes exquisitamente presentados, a tono con lo selecto de su texto, ofrecerá las más bellas páginas, las mejor logradas y más provechosas de cuantas han producido los hombres que dedicaron su ciencia y su saber a convertir en manantial de

— Enero
1 9 3 7
Año XV - Núm. 160

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158. — VALENCIA

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

SUMARIO: *Actualidad.*—La Revolución social española: Actuación, II. Noja Ruiz.—Al día con la Ciencia: Projectiles, A. Martínez Rizo.—Llamada: El velo de Isis, José Viadiu.—En torno a la reforma eugénica del aborto, doctor Félix Martí Ibáñez.—Temas libres: Fetichismo revolucionario, A. Martí.—Un llamamiento cordial, sincero y oportuno.—Problemas palpitantes: La burocracia y la Revolución.—Ética del esfuerzo en el porvenir, Gastón Leval.—Psicología de las masas, Pío Baroja.—Pavlov, padre del reflejo condicionado.—Las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer: Su pasado, presente y futuro, J. M. Martínez.—El problema sexual en las prisiones, Julio Altman.—Vulgarización científica: Desarrollo, crecimiento, inteligencia, Dr. Leonardo C. Perrusi.—La guerra mundial se aproxima, E. Navas.—Sanidad, Asistencia social y Eugenesia en la Revolución social española, Dr. F. Martí Ibáñez.—Los gases de guerra, A. Martínez Rizo.—Esterilidad y fecundidad en la mujer, Dr. Javier Fernández.—Las últimas palabras de Unamuno: Lo que los fascistas odian es la inteligencia.—Psicología femenina, Sigmund Freud.—Divulgaciones científicas: Vida y electricidad, J. M. Martínez.—Aspecto físico del amor: Una utopía sexual, Mariano Gallardo.—Investigaciones y ensayos: ¿Existe la telepatía?, Dr. J. Martínez.—El negocio de los abortos.—Una extraña infidelidad, Ada Martí.—El progreso de la Biología, Dr. J. M. M.—Consultorio Psíquico-sexual, Dr. Félix Martí Ibáñez.—Preguntas y Respuestas, R. Remartínez.

Actualidad



do el control, resultara el más culminante como escena final. Se había preparado con seriedad y hasta con visos de honradez declamatoria. La honradez declamatoria, como todo lo escénico, es siempre aparente, claro está, pero ni aun esa apariencia de honradez ha podido sostenerse, y lo que pretendía acabar como esas comedias morales en que el traidor a última hora repara, arrepentido, todas sus fechorías, ha terminado añadiendo una nueva traición; traición grotesca y repugnante por lo escandalosa e inhábil.

Lo ha estropeado ese partiquino diminuto llamado Portugal, que ha querido rebasar su papel secundario de menegilda humilde y obediente de las grandes potencias. Aunque ducho en la farsa, su exceso de celo servil ha descu-

bierto el juego, y el público ha visto todo el truco de la tramoya, que no era otro que dar tiempo a las mesnadas fascistas para introducirse en España y pertrechar y reforzar los ya escualidos y maltrechos cuadros de Franco.

Desembarcados los 80.000 mercenarios considerados indispensables para vencer los generales traidores, se ha dado paso al control, dejando abierta la puerta de escape portuguesa, por si se necesitan más refuerzos, que se necesitarán, y se ha echado el telón, esperando los aplausos. Pero los aplausos no han sonado. Por el contrario, el público sonríe burlón por la ingenuidad de los actores.

¿Cómo?, se dice. ¿Los mismos que hasta ahora han ayudado disimuladamente a burlar todos los acuerdos en perjuicio de la España republicana a la que han traicionado desde el principio violando el derecho internacional, han de ser ahora los que guarden y vigilen para impedir lo que ellos mismos han realizado? ¿Los que han tolerado todas las violaciones han de ser ahora los encargados de hacer respetar los acuerdos, incumplidos con su beneplácito?

El escepticismo que culmina en estas deducciones lógicas es el acicate que sirve al pueblo español para no confiar sino en sus propios medios, en su entusiasmo y en su heroísmo.

Podemos decir que ha llegado el momento culminante en la guerra contra el fascismo internacional, y a pesar de la farsa diplomática con que se ha procurado y se procura preparar nuestro total aplastamiento, podemos repetir, hoy con

Actuación



A primera preocupación del Consejo de Economía la constituyó desde el primer momento la necesidad imperiosa de elaborar un plan viable y de fácil aplicación que sirviera de norma y consagrara cuanto se había hecho y debía hacerse en lo que respecta a incautaciones y controles.

En este sentido todo se hallaba en el aire. Cada taller, cada fábrica, cada núcleo de obreros en todos los

ramos de la producción y de la distribución, había aplicado su método. Había casas controladas en las cuales se procedía como si estuvieran socializadas. Otras, en cambio, estando colectivizadas, respondían en su organización al tipo de las controladas. Por otra parte, la idea que los Comités de control y de colectivización tenían acerca de sus atribuciones, deberes y derechos, pecaba de confusa, rayando a veces en lo pintoresco. Imperaba un verdadero caos. Aquello no debía continuar si se quería dar a la obra de la revolución un mediano matiz de seriedad y si se deseaba evitar que la capacidad productora sufriera un descenso catastrófico.

El Consejo de Economía elaboró y discutió unas bases reguladoras sobre colectivizaciones y controles que, aprobadas por el Comité Ejecutivo Popular, se dieron como decreto el 1.º de diciembre próximo pasado y se pusieron en vigor, publicándolas previamente en la Prensa local y juntamente con el necesario reglamento para su aplicación.

Esas bases, no obstante su amplitud, adolecen

de determinados defectos y ofrecen ciertas lagunas, singularmente si se examinan desde el punto de vista doctrinario. Ni pueden satisfacer plenamente a los trabajadores pertenecientes a la U. G. T. ni a los de la C. N. T. Y se comprende. Ya hemos dicho que el Consejo de Economía debía olvidar más de una vez en sus determinaciones las preferencias ideológicas de sus componentes y hasta las del grupo por ellos representados. Era preciso respetar la pequeña propiedad y dar precisión a ese término excesivamente elástico. Ambas centrales sindicales habían firmado y publicado un pacto que así lo consignaba taxativamente. Además, la misma índole de nuestra revolución lo imponía así. De ahí que el Consejo se viera precisado a ceder algo de sus particulares puntos de vista, a sacrificar parte del contenido del programa de las organizaciones por ellos representadas, a renunciar transitoriamente a la realización de buena parte de sus proyectos más caros. Esos defectos y esas lagunas que habrán de corregirse oportunamente a medida que la experiencia lo vaya determinando, deben atribuirse a tales motivos y consideraciones que el Consejo de Economía debía tener muy en cuenta si deseaba que sus planes encontrarán en la opinión un eco de simpatía que posibilitara su aplicación con los menores rozamientos posibles.

Las mencionadas bases reguladoras señalan que pueden ser colectivizadas, si así lo solicitan los Sindicatos, a instancias de los trabajadores afectados, todas las industrias o comercios que tengan más de cincuenta empleados y obreros. A los facciosos se les expropia sin indemnización. No así a los no facciosos, a los cuales se les reconoce el derecho a una indemnización equivalente a la mitad del valor en pesetas de su industria o comercio, no pudiendo en ningún caso rebasar la cantidad indemnizable el tope de 250.000 pesetas, que se fija como máximo.

Esto ha defraudado un poco a los trabajado-

más fundamento que antes, lo que ya se ha dicho en estas mismas páginas: Vamos a ganar la guerra.

A pesar de todas las traiciones, a pesar de todo, y en este todo están comprendidos hasta nuestros propios errores, vamos a ganar la guerra. Este convencimiento nace de la abnegación y el heroísmo con que el pueblo sabe responder, reaccionando de manera sublim, ante nuestras desventuras.

Ejemplo grandioso y conmovedor que hasta ahora no han sabido recoger y asimilar sus dirigentes, los elementos responsables. Tan pronto se sepa encauzar y aprovechar este gesto aleccionador, la guerra está ganada. De manera definitiva y rápida. Cuanto más se tarde en interpretar y organizar el sentir del pueblo que lo ha dado todo por la causa más digna y más hon-

rosa, más cruenta y más cara se hará nuestra victoria. Pero de todos modos es indiscutible ésta. A hacerla rápida y esplendente deben dedicarse todos los esfuerzos de los elementos responsables que, hasta el momento presente, lo decimos sin ánimo de ser la nota discordante, no han puesto de su parte el sacrificio necesario, a tono con la magnitud de las circunstancias.

No creemos necesario extendernos en consideraciones para justificar estas palabras. Las justifican sobradamente los hechos, que saltan a la vista. No hay más que observarlos, y de la observación se desprenden en seguida lecciones de un valor inapreciable para el logro de nuestra victoria en la guerra.

Otro día hablaremos de la revolución que, lo decimos con hondo dolor, se va malogrando más cada vez.

res. Para muchos, la colectividad significa que lo que antes era propiedad del patrono, ha pasado a ser de la pertenencia de los productores. Se ha hecho desaparecer al amo, pero no se beneficia la sociedad de ese cambio, sino el grupo que emplea sus energías en el centro de producción colectivizado. O, lo que es lo mismo, se interpreta como propiedad lo que sólo es usufructo. No se quiere comprender que al colectivizar una industria se tiende a beneficiar a toda la colectividad, haciendo revertir a ella los beneficios que antes retiraba para sí el patrono.

Otros, los que han podido formarse una conciencia de clase y tienen nociones de lo que es y significa el mecanismo de la producción, consideran con sobrado fundamento que cuanto significa fuente de producción y útiles de trabajo debe pertenecer a los productores. El instrumental, el utillaje de las industrias, la riqueza creada, no es más que renta acumulada del trabajo puesta en manos del capitalismo. Expropiar es, pues, en buena lógica, restituir, y no se reputa justo indemnizar a quienes indebidamente han retenido en su poder durante siglos una riqueza que no les pertenecía, en notorio perjuicio de sus productores directos. Más bien, si se considera necesario hablar de indemnizaciones debían ser los perjudicados por el sistema antiguo los que debían reclamar esa indemnización. Esto no puede negarse que es esencialmente justo. Sólo que el Consejo de Economía debía tener presente que no siempre puede uno sujetarse estrictamente al más puro criterio de justicia. Es verdad que el capitalista no tiene derecho a una indemnización, ni grande ni pequeña, porque la revolución le expropie de lo que no creó con su propio esfuerzo ni de lo que explotando el esfuerzo ajeno logró acumular. Pero había que tener en cuenta razones de distinto orden antes de aplicar a rajatabla y sin contemplaciones el sistema de expropiación que en nuestras propagandas revolucionarias hemos propugnado siempre. Una de esas razones es que no podía medirse con el mismo rasero al fascista y al que lucha a nuestro lado contra ese rebrote de la barbarie que el fascismo representa. Otra, que no siempre es aplicable el principio que el que quiera comer que trabaje.

Esto merece un razonamiento más detenido y minucioso.

Es fácil decir que quien no trabaja no tiene derecho a vivir. Responde, además, a un elevado criterio de justicia. Pero no puede aplicarse en la práctica, hoy por hoy, con tanta facilidad como se enuncia. No trabaja quien quiere. Eso lo sabemos todos. Millares de hombres se hallan en paro forzoso porque no hay puesto para ellos en el engranaje de la producción. Para aplicar el principio de elemental justicia que niega el derecho a vivir a quien caprichosamente elude el cumplimiento de sus deberes de productor, es indispensable posibilitar primero el empleo de todos los brazos útiles, y eso dista mucho de haberse conseguido en la actualidad.

Por si lo dicho no fuera suficiente a explicar los móviles de que arrancan las decisiones en este sentido del Consejo de Economía, hay que tener presente que las referidas bases se redactan, discuten y aprueban, cuando aun la revolución no ha cerrado su ciclo. Representan, a lo

sumo, una posición desde la cual pueden defenderse las conquistas realizadas. De ningún modo, una meta. Es decir, que la revolución que de hecho ha concluido con los principales puntales del capitalismo y con lo que servía de base de sustentación a su sistema, puede continuar, sin duda alguna, su rumbo y no serán precisamente las bases reguladoras aprobadas por el Consejo de Economía las que obstruyan su camino. Estas no han pretendido otra cosa que poner un poco de orden en el caos sin actuar de frenos para la obra revolucionaria.

Es muy posible que la necesidad de salvar nuestra economía nos lleve a la socialización en sentido nacional de todas las ramas de la producción. En tal caso, los Consejos Provinciales de Economía deberán dejar paso libre a los Consejos Nacionales y habrá que establecer normas distintas. De todos modos, en lo que se refiere a la estructuración de la economía, se ha hecho algo que no es perfecto, claro está, pero que acaso sea lo único que se podía hacer de momento.

Pero los Consejos de Economía no tienen por exclusiva misión redactar unas normas sobre control y colectivizaciones y velar por su aplicación y cumplimiento. A ellos está encomendada la delicada misión de propulsar la economía, de mantener, si no es posible acelerar, su ritmo. Labor difícil en todos los países que se debaten en medio del violento temporal de una guerra civil, y más difícil aún en el nuestro, que era tributario casi en todo del extranjero.

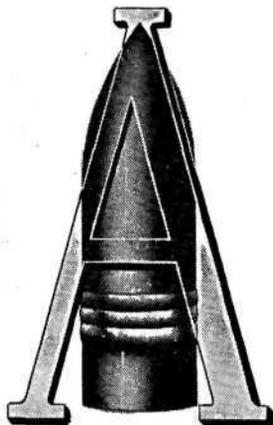
Forzoso era organizar la producción sobre bases nuevas. Mas un plan de organización, por perfecto que sea, no da resultados positivos si el mecanismo de la producción no puede marchar por falta de materias primas. Es nuestro caso. La peseta, desvalorizada a causa de la situación anormal en que nos hallamos colocados. La necesidad de no invertir divisas en nada que no sea material de guerra. La angustiada precisión de producir con triple intensidad que en tiempos normales. La indisciplina general tan propia de las épocas de revuelta y subversión. Ante todo esto se halla el Consejo de Economía, entregado a sus propios recursos y debe actuar con inteligencia, fe y energía, si desea llenar idóneamente su cometido.

Inmediatamente comienza la búsqueda afanosa. Se necesitan artículos de todas clases para abastecer a la población civil y a los camaradas que luchan en los frentes. Hay que buscar combustibles y carburantes. Organizar los transportes. Negociar. Ordenar la exportación y la importación. Establecer trueques de mercancías. Buscar y hallar primeras materias para la industria. Dar nuevo impulso a la agricultura. En una palabra: crear.

Algo se ha hecho en ese sentido. Claro que no se ha hecho bastante. No por falta de voluntad. Cada consejero ha laborado lo más activamente y mejor que ha podido en su departamento correspondiente. Y lo conseguido da fe de lo que puede conseguirse. Algunas ramas de la industria se hallan ya casi perfectamente organizadas bajo el nuevo plan. Están en vías de solución problemas como el de la obtención de la celulosa y el del petróleo sintético. Igualmente, va a resolverse el de los combustibles. Lo que ocurre es que no disponemos de grandes elementos, nos acucia la necesidad por todas

PROYECTILES

Proyectiles antiguos



NTES de nada bueno será observar que el proyectil es sinónimo de guerra, porque en ésta, de una manera instintiva, el hombre ha buscado siempre la manera de hacerle a su enemigo el mayor daño posible con el menor riesgo, siendo así conducido a pelear a distancia empleando proyectiles.

Y esto es verdad hasta el punto de que, al llegarse al cuerpo a cuerpo, los enemigos no han peleado

nunca a puñetazos, sino que siempre han prolongado sus brazos con lanzas o espadas lo más largas posible para poder, así, alcanzar al enemigo a la mayor distancia y corriendo menos peligro.

Lo curioso de los proyectiles —y de la guerra— es que no se trata de una invención humana, pues hay animales que utilizan las piedras como proyectiles de manera instintiva

Así, el avestruz, cuando huye perseguido, agarra con sus patas las piedras que encuentra en el camino y las lanza violentamente hacia atrás contra sus perseguidores. Así, también, los gorilas, situados en la cima de un monte, arrojan enormes peñascos contra quienes pretenden subir.

La piedra es el proyectil primitivo y más elemental y el hombre se ingenió para lanzarlo con mayor velocidad para que produjera más pernicioso efecto, alcanzase más lejos y fuese más difícil de esquivar, inventando la honda. En la antigüedad eran célebres los honderos mallorquines, contando los historiadores que entraban en pelea llevando tres hondas de longitudes diferentes y que a los niños, para enseñarles a usarlas, les ponían el pan clavado en la punta

partes y tenemos que improvisarlo todo, sin contar con la eterna inquietud producida por la guerra.

Nos hacemos cargo de que en relación con lo apremiante de nuestras necesidades, los Consejos de Economía no parece actúen con la necesaria celeridad. Sin embargo, no tardaremos en demostrar que no se ha perdido el tiempo. Lo que importa es que se conceda un margen de crédito indispensable a los organismos creados por la revolución para que puedan laborar con desembarazo. Si sus decisiones no resultan perfectas, todos debemos contribuir a mejorarlas.

de una lanza y no se lo daban a comer hasta que acertaban a derribarlo de una pedrada.

La honda fué perfeccionada, construyéndose grandes máquinas llamadas «balistas», en las que, al caer un gran peso haciendo bascular una palanca, la otra punta de ésta hacía funcionar una honda enorme que lanzaba un pedrusco grande como un melón sobre el enemigo. Era ya la honda artillera.

También lanzaban grandes pedruscos con las «catapultas», que eran como enormes cucharas giratorias solicitadas por la fuerza elástica de resortes a modo de arcos. Se montaba tirando de una cuerda con un torno y, colocando el peñasco en la cuchara, se hacía funcionar un disparador, giraba la cuchara solicitada por los resortes y, al chocar contra una almohadilla de cuero y detenerse la cuchara, la piedra era lanzada según la tangente. Estas máquinas eran empleadas para bombardear poblaciones, y en ellas no se tardó en sustituir las piedras con sustancias incendiarias.

Ya he dicho que el hombre, hasta cuando llegó a luchar cuerpo a cuerpo, procuró hacerlo a la mayor distancia posible, empleando, primeramente, un largo palo puntiagudo, endurecida su punta por medio del fuego. Más tarde, le puso como perfeccionamiento una punta de sílex, y después, cuando conoció los metales, sucesivamente, punta de bronce y de hierro. Así apareció la lanza, con la que podían inferir al enemigo heridas verdaderamente eficaces, mucho más graves que las ocasionadas con una piedra.

Y, de una manera lógica, surgió la idea de utilizar también la lanza a distancia, arrojándola a modo de proyectil, de donde nació el empleo de la jabalina primero, y, más tarde, la invención del arco y de la cervatana.

También fué perfeccionado el arco, siendo creada la ballesta, en la que se empleaban arcos mucho más rígidos, tendidos con un pequeño torno, y la flecha era guiada por unas guardas, pudiéndose hacer mejores punterías, así como fueron construidas también ballestas gigantescas que lanzaban inmensos lanzones capaces de atravesar a varios hombres uno tras de otro o de romper las armaduras, corazas o cotas.

Otro perfeccionamiento, éste precisamente del propio proyectil y no de la manera de lanzarlo, fué el empleo de venenos, y el proyectil más curioso, cuya invención debe ser atribuida lógicamente a la casualidad, es el womerang, usado por los salvajes de Australia, que es una pieza de madera tallada con tales formas aerodinámicas que, una vez arrojado contra el enemigo, si no alcanza a éste, describe una curva en el aire y vuelve a las proximidades de quien lo lanzó, que puede recogerlo y volverlo a utilizar.

Vino después la invención de la pólvora, comenzándose, como ya he dicho en otro artículo, por el fusil y llegándose más tarde al cañón. En los comienzos parece ser que el primer proyectil

que se lanzó por la explosión de la pólvora fué una flecha, y más tarde se emplearon las balas de plomo y de hierro de forma esférica, hasta llegarse, en los tiempos modernos, a los modernos proyectiles.

Progreso a regañadientes.—Es sumamente curioso hacer notar que todos estos progresos en los proyectiles y en la guerra han sido hechos a lo largo de la historia con oposición sistemática de los militares profesionales.

Los artilleros Izquierdo y Ripoll dicen en su Manual de la Guerra Química que «la aparición de una nueva arma despierta siempre una tenaz oposición que se manifiesta más fuertemente en el mismo militar profesional, aferrado por cariño y por rutina a sus armas ya inútiles».

Así ocurrió cuando las armas de fuego permitieron que un tirador raquítico matase a un caballero de compleción hercúlea montado en un soberbio trotón y cubierto con espesa armadura. Aquellos nobles señores veían con indignación que desaparecían los privilegios que le concedía su riqueza en forma de gruesa coraza y que podían ser heridos por el más despreciable arcabucero, y ponían el grito en el cielo proclamando que se envilecía la guerra.

Los caballeros sentían una gran repugnancia por las «innobles» armas de fuego, hasta el punto de que el mariscal Mauricio de Sajonia, y Bayardo, el célebre «caballero sin tacha y sin miedo», propusieron que fuese declarado el arcabuz arma innoble y prohibida; y el segundo, mientras trataba cortésmente a todo caballero prisionero, hacía matar con los más horribles suplicios a cuantos arcabuceros caían en su poder.

Asimismo, dicen Valera y Aulet que en uno de los Congresos Lateranenses, en el siglo XII, llegó a ser propuesta la supresión del arco de ballesta que hoy nos parece un juguete.

Precisamente ocurre ahora lo mismo con la guerra química y hasta con la aviación. Los militares profesionales se indignan al pensar que ya no sirven ellos para nada con motivo de esas modernas invenciones. La evolución del proyectil, sobre todo, en los tiempos actuales, llevando en su seno los gases mortíferos, ha transformado la guerra aunque ellos se empeñen en afirmar que siempre será decisiva la actuación de la infantería.

Clasificación de los proyectiles modernos.—

El proyectil moderno ha nacido del estudio racional de la balística, comenzando por adoptar la forma alargada y terminando con el rayado del cañón que hace que el proyectil salga de él animado de un rápido movimiento de rotación alrededor de su eje de figura.

Este proyectil moderno tan perfeccionado debemos clasificarlo en dos grupos: el de fusil y el de cañón.

Un tercer grupo de proyectiles ha surgido de la necesidad, en la guerra, de romper la fuerte coraza de los barcos de combate, atacándolos por debajo de la línea de flotación, en donde la coraza es mucho más débil, naciendo así el torpedo.

Por último, el cuarto grupo de proyectiles modernos que hemos de estudiar son las bombas de aeroplano.

Estos cuatro grupos tienen características muy

distintas, siendo el de los proyectiles de artillería el que más variedades comprende.

Antes de entrar en su particular estudio, manifestaremos que el que el proyectil sea alargado en vez de ser esférico tiene la ventaja de presentar menos resistencia al aire para el mismo peso, razón por la cual, también, se le da a los proyectiles la forma aerodinámica cilíndrico ojival o puntiaguda.

En cuanto a la rotación del proyectil alrededor de su eje de figura, tiene la ventaja de que dicho eje, por un principio de mecánica, tiende a mantenerse paralelo a sí mismo a pesar de las causas exteriores que intenten desviarlo, tales como la acción del viento, lográndose así obtener mayor precisión en el tiro.

Proyectiles de fusil.—En los fusiles modernos, además de procurar una gran rapidez en el tiro, sustituida primitivamente la carga por la boca con baqueta por la retrocarga con cartucho y adoptado después el sistema de tiro rápido, albergando el fusil en su recámara cinco y, a veces, hasta veinte cartuchos, han adoptado pequeños calibres que, con el empleo de la pólvora sin humo, permiten obtener trayectorias muy rígidas y, por lo tanto, grandes alcances y gran precisión de tiro.

Y, aunque parezca extraño, lo esencial para la guerra moderna, más que el proyectil en sí, es el cartucho, ya que con su peso, muy superior al del proyectil, el cartucho constituye una grave impedimenta que evita que el soldado pueda llevar consigo el número de cargas que fuera de desear.

En guerra nuestra España con todo el extranjero fascista, no hemos de cometer la indiscreción de hablar de nuestro material de guerra. En cambio podemos ilustrar al lector sobre los proyectiles y cartuchos de fusil empleados en la Gran Guerra por franceses y alemanes.

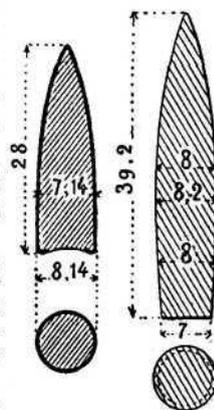
El cartucho primitivo del fusil Lebel, usado por los franceses, modelo 1886, modificado en 1893, llamado entonces cartucho M, cargaba una bala cilindroojival de núcleo de plomo endurecido y envuelta de *maillechort*. Este proyectil, creado por el coronel Lebel, tenía 30 milímetros de longitud y pesaba 15 gramos.

Con una carga de pólvora Vieille (llamada pólvora B) se obtenía entonces una velocidad inicial de unos 630 metros por segundo.

Alemania empleaba una bala más ligera y más larga, creada por el jefe de escuadrón de artillería Desaleux y llamada bala D, con 39 milímetros de longitud y 13 gramos de peso, suprimida la envuelta y fabricada la bala con una aleación de 90 por 100 de cobre y 10 por 100 de cinc.

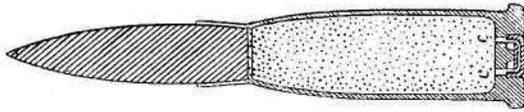
El cartucho francés, una vez terminado, tiene 75 milímetros de longitud y pesa en total 27'6 gramos, comprendidos los tres gramos de pólvora B.

A la bala francesa D opusieron los alemanes su bala S, puntiaguda, formada de un núcleo de plomo endurecido



A la izquierda, una bala alemana, y una francesa a la derecha.

embutido en una envuelta de acero. El peso de esta bala no pasa de 10 gramos, pero el cartucho es más largo que el francés y el peso total es de 24 gramos, del que corresponde a la pólvora 3/2, carga superior a la francesa, que permite obtener velocidades iniciales de 880 metros, superior



Ultimo modelo del cartucho de guerra francés

res en 170 metros a la de los proyectiles franceses.

Los alemanes han intentado encontrar una bala capaz de atravesar las placas de los escudos de los cañones de campaña, intentando también disminuir el peso del cartucho para que los soldados pudiesen llevar una dotación mayor. Con la bala puntiaguda han logrado aumentar la precisión del tiro y la fuerza de penetración, pero, al chocar con los escudos de los cañones franceses a más de 500 metros, las balas alemanas se rompían sin lograr atravesarlos. En sus intentos para conseguirlo, emplearon las balas con punta de acero y las de núcleo de acero. La punta atravesaba el blindaje, sin que lo hiciera el plomo del resto de la bala, y la punta, tras de atravesar el blindaje, era casi inofensiva. En cambio, el núcleo de acero atravesaba igualmente el blindaje abandonando el plomo, pero, tras de atravesarlo, era muy peligroso para los resguardados tras de los escudos. Los alemanes consideran la bala de núcleo de acero como el proyectil del porvenir.

En la Gran Guerra, las balas fueron fabricadas en Francia casi exclusivamente de cobre rojo, y en Alemania, de acero.

Las balas de fusil llamadas explosivas, no es que lleven carga interior alguna, sino una cavidad en su punta, la cual hace que el aire en ella contenido, al chocar la bala, se comprima y la haga estallar.

Las cargas de las ametralladoras son las mismas del fusil.

Es muy interesante disminuir el peso de los cartuchos y, como la bala no puede ser aligerada por razones balísticas, se ha intentado aligerar la vaina. En Francia se hicieron ensayos infructuosos con el aluminio, pareciendo que se ha llegado a excelentes resultados con el bronce de aluminio. En Alemania parece ser que han logrado crear un cartucho de un acero especial muy duro y resistente, pesando la vaina tres gramos en lugar de once. Tales cartuchos permitirían aumentar el número de cargas transportado por cada combatiente, que con los antiguos era de 150 (tropas inglesas) en 70 u 80 más, sin aumentar el peso total del municionamiento.

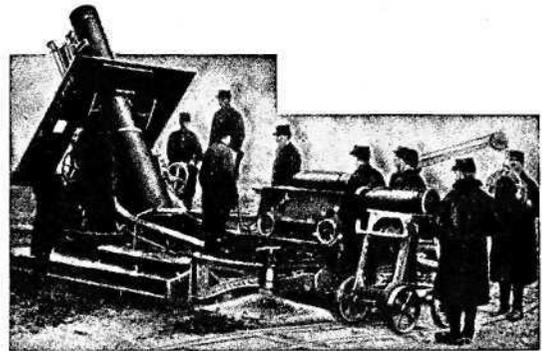
Proyectiles de artillería.— Los proyectiles empleados en artillería presentan una gran variedad de calibres, siendo el calibre de los cañones de campaña 7 y medio centímetros. Viene después el calibre de 10 y medio y, finalmente, el de 15 y medio. Estos son los calibres empleados en los combates, no siendo empleados cañones de mayor calibre por su difícil movilidad más que en determinadas circunstancias. Así, en

los barcos de guerra y en las baterías de costa son empleados calibres hasta de 30 y medio, 32 y hasta 42 centímetros.

A mayor calibre, ocasionan estos proyectiles mayores efectos y tienen mayor alcance, alcances sumamente largos en general. Así, el obús de 15 y medio alcanza hasta 14 kilómetros, aunque combate ordinariamente a unos 7. La artillería más abundante en los barcos de guerra es la llamada de combate lejano, constituida por cañones, en general, de 12 y medio, que acostumbra a entablar el combate a unos 12 kilómetros. Lo mismo ocurre en las baterías de costa y los grandes cañones, a pesar de su poderoso alcance, dada la inseguridad del tiro y la conveniencia de utilizarlo eficazmente sólo disparan de cerca, por ejemplo, cuando un barco intenta forzar determinado paso.

En las antiguas guerras estratégicas o de movimientos, la artillería no solía emplear sino el tiro directo, disparando sobre un enemigo que veía. En la guerra mundial, que fué de posición, lo mismo que ocurre ahora en la que estamos sosteniendo contra los fascistas, las baterías acostumbra a hacer exclusivamente el tiro indirecto, disparando contra blancos que no ven, según las órdenes que reciben del puesto de mando, desde el que se observa el enemigo y el efecto de los disparos hechos sobre él.

En cuanto a las máquinas empleadas para lanzar los proyectiles hay que distinguir entre cañones, obuses y morteros. El cañón es más largo para conseguir mayores velocidades iniciales que llegan y aun sobrepasan los 1.000 metros por segundo. En ellos se dispara con trayectoria lo más rígida posible, es decir, acercándose cuanto se puede a la línea recta. El mortero, en cambio, es sumamente corto y lanza el proyectil por elevación describiendo una parábola, con la particularidad de que se gradúa el alcance por el ángulo de inclinación y la cantidad de pólvora empleada, según determinan las tablas de tiro calculadas para cada pieza. Tal tiro es mucho menos seguro. Es «menos fijante», pero, en cambio, el mortero es mucho más ligero y fácil de transportar para calibres grandes.



Grueso obús de sitio montado sobre plataforma, pudiendo disparar enormes proyectiles con grandes ángulos de elevación, pero que queda fuera de servicio a los 300 disparos.

El obús —los franceses llaman obús al proyectil, y al cañón que lo lanza, *obussier*— es intermedio entre el cañón y el mortero, un cañón corto o un mortero largo, y dispara, como este último, por elevación.

Empleado el obús contra los barcos en la defensa de costas, es muy difícil acertar a meter un obús dentro del barco enemigo dada la forma de la trayectoria, pero, en cambio, si se acierta con uno, se originan enormes destrozos por estar la cubierta mal protegida, imposible el acorazarla como los flancos sin soportar un peso enorme.

Una parte esencial de estos proyectiles es la espoleta de tiempos, que consiste en un tubo circular lleno de una sustancia combustible que se enciende al ser disparado el proyectil y tarda en inflamarse la carga interior de éste un tiempo determinado que se puede graduar. Así se consigue que el proyectil estalle antes de chocar o después de atravesar un obstáculo, lográndose variados efectos destructivos.



Granada a ustriaca cargada con «oxiliquita», mezcla de negro de humo con oxígeno líquido, que se fabrica e introduce en el momento del empleo.

Los proyectiles artilleros pueden clasificarse en dos grandes grupos: granadas rompedoras y granadas de metralla. Ambas contienen una carga interior que estalla cuando llega a ella el fuego de la espoleta de tiempos, pero la primera tiene las paredes mucho más gruesas para destrozar con su explosión sustancias muy resistentes, mientras que la segunda tiene sus paredes mucho más delgadas para que, al estallar, rompiéndose en infinidad de fragmentos menudos, siembre a su alrededor la muerte. Una variedad de las granadas de metralla es la llamada «schrappnel», que entre sus paredes más delgadas aún y la carga explosiva, contiene una capa de balines esféricos que, al estallar, proyecta a todo alrededor.

Con «schrappnel» o con granadas de metralla ordinarias se combate a un enemigo atrincherado tras de un parapeto que no saca la cabeza sobre él, haciéndolas estallar, graduando convenientemente la espoleta en el aire a pocos metros por encima de la trinchera, de manera que los balines o la metralla alcance a quienes se creían allí protegidos por el parapeto.

Es de notar que los cañones y obuses solamente pueden hacer un número muy limitado de disparos sin que su alma se estropee por los enormes esfuerzos sufridos. El máximo de disparos posibles no pasa, en general de 500, número que disminuye cuando el calibre aumenta.



Sección de un cañón tras de haber hecho 500 disparos.

Torpedos.—El torpedo automóvil es un proyectil característico único en su clase, ya que, aunque es disparado con aire comprimido, la impulsión primera cuenta muy poco para que siga su trayectoria yendo a dar en el blanco. moviéndose gracias a un motor de aire comprimido y a una hélice propulsora.

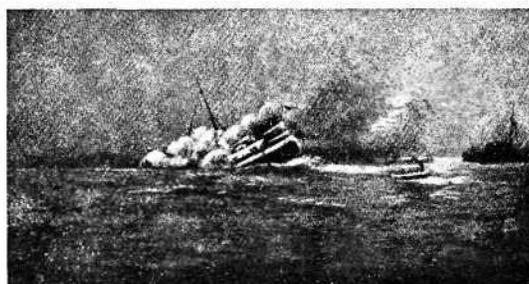
Dada la gran densidad del agua y la existencia en el mar de oleaje, corrientes y otras muchas

causas perturbadoras, se comprende la inseguridad del disparo de un torpedo si no contara éste con aparatos especiales regularizadores de su trayectoria, que son delicadísimos y muy costosos.



Embarque de un torpedo automóvil en un submarino francés.

Un torpedo es un verdadero submarino que camina a muy poca profundidad, con velocidad muy grande, impulsado por su motor de aire comprimido y, para que las causas perturbadoras no puedan alterar el camino que se señala, lleva unos timones de profundidad y de rumbo



El barco-hospital «Anglia» torpedeado sin previo aviso durante la Gran Guerra por un submarino alemán, hundiéndose con la mayor parte de sus heridos, enfermos y tripulantes.

accionados por un giroscopio como en el vuelo ciego de los aviones, mecanismo de gran precisión, siendo el resultado el elevado coste de estos proyectiles, que cuestan muchos miles de duros.

Bombas de aeroplanos.—Las bombas de aeroplano caen exclusivamente por su propio peso, alcanzando, no obstante, dado el movimiento uniformemente acelerado de un cuerpo pesado obedeciendo libremente la gravedad, velocidades grandísimas cuando son lanzados desde gran altura.

Para luchar en lo posible contra las causas perturbadoras que tratan de desviar su trayectoria, se les da también un rápido movimiento de rotación alrededor de su eje de figura, gracias a una hélice fija a la bomba en su parte posterior.

Estas bombas son desde 20 hasta 200 kilos, y su efecto sobre fuerzas enemigas es muy escaso, si el avión no se decide a ponerse al alcan-

ce de los cañones antiáereos, de los fusiles y de las ametralladoras, porque volando a gran altura, el tiro es casi siempre ineficaz con errores de puntería del orden de 150 a 200 metros. En cambio, siempre resultan aprovechadas las bombas, aunque arrojadas a mansalva desde gran altura cuando son empleadas en los infames asesinatos de mujeres y niños cometidos por los fascistas desde el cielo de Madrid.

Pequeña ciencia

AERONAUTICA Y GUERRA

La aeronáutica, este prodigio moderno que le ha dado al hombre alas, sigue año tras año progresando, y sus progresos se manifiestan anualmente en los Salones de Exposición Internacional que se celebran cada año.

El último es el realizado en París, en los días del 13 al 29 de noviembre del pasado año 1936, en el que han sido presentados 58 aviones, última expresión de los adelantos de la técnica: 45 franceses y 13 extranjeros.

Corrientemente, nos hubieran interesado, sobre todo, los adelantos esencialmente civiles y puramente científicos. Las circunstancias actuales, desencadenadas por la imbecilidad de los militares españoles, obligan nuestra atención a enfocar, principalmente, los adelantos de orden militar,

porque nos encontramos perpetrando el horrible crimen de la guerra, aunque la responsabilidad de cuanto ocurre, moralmente, debe recaer íntegra sobre los miserables fascistas.

Así es que pasaremos revista a los aviones militares presentados en dicha Exposición, haciendo caso omiso de la aviación civil.

En cuanto a aviones de caza, la tendencia actual es separarse del clásico biplano para darle preferencia a los monoplanos, sea de alas sobreelevadas contrapuntadas con mástiles, sea de alas en consola (canteliver) rebajadas. De los primeros (biplanos), sólo ha sido presentado un modelo; de los segundos, dos; y seis de los terceros.

Entre estos aparatos, la U. R. S. S. ha presentado uno para una sola plaza, «Z. K. B. 19», con motor M. 100, monoplano rebajado, de construcción muy sobria y cuyas características no estaban indicadas, pero que sospechamos que los bombarderos alemanes e italianos deben, a estas fechas, haber podido comprobar dolorosamente, para ellos, su eficacia.

Naturalmente, no había ninguna necesidad de que nuestros hermanos rusos explicasen en el Salón de París cómo funcionan sus nuevos «cazas» cuando tan próxima se presentaba la ocasión de demostrar su magnífico poder luchando contra el fascismo internacional que ha traído a los de España sus campos de batalla, que transformaremos en degolladeros y cementerios de arios puros y de amacarronados mussolineros.

A continuación incluimos un interesante cuadro, en el que se especifican las características de los más interesantes aparatos nuevos de guerra presentados en la reciente Exposición:

CARACTERISTICAS PRINCIPALES DE ALGUNOS AVIONES MILITARES

Marca	Monoplazas de caza				Multiplazas	
	Mureaux	Loire	Morane Saulnier	Koolhoven	Breguet	Fokker
Designación	190	250	405	F. K. 35	462	G. 1
Motores	1 Salmson	1 Hispano S.*	1 Hispano S.*	1 Lorraine	2 Gnome Rhone	2 Hispano S.*
Potencia	450	980	860	860	1.900	1.500
Tipo	Monoplano	Monoplano	Monoplano	Monoplano	Monoplano	Monoplano
Envergadura	8,380	10,800	10,700	9,00	20,550	16,500
Superficie	10	15	18	15,6	58	35,7
Peso en vacío	850	1.700	1.776	1.200	4.350	3.000
Carga	440	500	464	600	2.150	1.400
Carga por metro cuadrado	129	146,6	124,2	115,2	112	123
Carga por caballo	2,87	2,24	2,60	2,09	3,42	2,94
Velocidad máxima	500	485	480	520	402	450

La sección de multiplazas pesados, destinados especialmente al bombardeo comprendía tres modelos: El «Breguet 462», cuyas características hemos señalado en el cuadro anterior, capaz de transportar una tonelada de bombas a 1.000 kilómetros del punto de partida, y capaz, según lo que se desea recorrer sin escalas, desde 1.100 a 3.600 kilómetros de distancia. Aviones Marcel Bloch presentaban otro bimotor, sin indicar sus características, y, finalmente, Bristol Aeroplan Co. presentaba un monoplano «Blenheim», de construcción exclusivamente metálica, cuyas características son conservadas, asimismo, en secreto.

Pronto se les ha presentado ocasión a los nuevos aviones italianos, alemanes y rusos de demostrar sus buenas o malas condiciones guerreras. Bien lo sabe Madrid, pendiente de los progresos de la técnica aérea, que intenta, por una parte, aniquilarlo, y, por otra, defenderlo y salvarlo.

De todos modos, aunque se indigne el corazón recto, honrado y pacifista, los datos apuntados no dejan de ser de impresionante actualidad.

Porque la técnica aérea está ventilando ahora, sobre el suelo español, el porvenir del proletariado mundial.

AGRICULTURA

IMPORTANCIA DE LOS ABONOS MAGNÉSICOS.—Hasta hace poco se ignoraba la inmensa importancia de determinadas sales de magnesio sobre el desarrollo de las plantas. Únicamente el sulfato, el cloruro y el carbonato pueden ser asimilados, pero las plantas, para poder cumplir normalmente su función clorofílica, necesitan absorber del suelo un mínimo de 0,05 gramos de sulfato de magnesio por cada litro de agua.

Pero como, hasta hace poco, era esto desconocido y en los abonos químicos con los que se fertilizaba el suelo no se incluían sales de magnesio, aunque abundase, generalmente la cal y la potasa, como el cultivo sustrae continuamente magnesio al suelo, éste suele carecer de ese elemento indispensable, y los cultivos se resienten, hasta el punto de que muchas enfermedades de las plantas, poco conocidas hasta ahora y atribuidas a acidez del terreno, son debidas a la falta de sales magnésicas.

Conviene, pues, abonar, no con sales potásicas puras, sino con kieserita y kainita, sales que abundan extraordinariamente en nuestros yacimientos potásicos de Cataluña.

OPTICA

SOBRE LAS LENTES.—Las lentes, convergentes y divergentes, tienen puntos dotados de interesantes propiedades llamados focos, y la distancia focal o distancia de dichos focos al centro de la lente depende de las curvaturas de sus caras.

Cuando se trata de lentes, o sistemas de lentes, convergentes o amplificadores, puede medirse la distancia focal aproximadamente, haciendo caer sobre la lente y paralelamente a su eje los rayos paralelos del sol y acercando o alejando de la lente una pantalla hasta que se pinte en ella el disco solar perfectamente enfocado. Como las lentes tienen la propiedad de que los rayos paralelos al eje, tras de la refracción, pasan todos por el foco, habremos encontrado así éste y bastará medir la distancia del centro de la lente a la pantalla para conocer la distancia focal.

Pero este método es poco exacto y muy engorroso, conviniendo observar la imagen del sol a través de gafas oscuras y siendo mucho mejor emplear la lente o sistema de lentes como objetivo de una cámara oscura de largo fuelle y enfocar cualquier figura plana sobre el cristal deslustrado acercando y alejando la máquina hasta que se obtenga una imagen de igual tamaño que el original, claro es que estando dicho cristal deslustrado paralelo a la superficie plana enfocada. Cuando se obtenga este resultado, bastará medir cuidadosamente la distancia entre el cristal deslustrado y el objeto plano enfocado, y la distancia focal será la cuarta parte de la distancia medida.

La distancia focal de los objetivos fotográficos acostumbra a ser muy aproximada a la longitud de la diagonal de la placa o película para la que el objetivo se destina. Es decir, que para las placas 9 por 12 viene a ser la distancia focal de unos quince centímetros.

La potencia de las lentes se mide en dioptrías, y es igual el número inverso de la distancia focal expresada en metros. Así, si la distancia focal es de un metro, la lente tendrá la potencia de media dioptría; si dos metros,

una dioptría; si medio metro, dos dioptrías. El objetivo fotográfico de 9 por 12 con 15 centímetros de distancia focal tendrá una potencia de $1/0'15 = 6'66$ dioptrías.

El conjunto de varias lentes en contacto, unas tras otras, tiene una potencia igual a la suma algebraica de las potencias, siendo negativas las divergentes.

CIENCIAS NATURALES

La «MOSCA HIPODERMA DIANA».—Esta mosca, verdaderamente monstruosa en su aspecto al ser observada al microscopio,



La horrible «mosca hipoderma diana», vista al microscopio.

se desarrolla en las vías digestivas e intestinales de las cabras y los ciervos que ingieren las larvas en su alimentación, emigrando luego a través de los tejidos hasta la piel, en la que forman pequeños tumores, perforándola luego y cayendo a tierra, donde se transforman, primero, en crisálidas y luego en el animal perfecto alado, de tan repulsivo aspecto.

Y la mosca deposita sus huevecillos en las plantas que, ingeridas por las cabras y los ciervos, dan nacimiento en sus vías digestivas e intestinales a las larvas.

FISIOLOGIA

Una persona adulta desprende general y aproximadamente 100 grandes calorías cada hora: 20 litros de ácido carbónico y 60 gramos de vapor de agua.

Una gran caloría es la cantidad de calor necesaria para elevar, entre cero y ciento, en un grado centígrado la temperatura de un kilogramo de agua.

Por otra parte, una gran caloría equivale a 426'85 kilogramos. Si un peso de 426'85 kilogramos cae desde un metro de altura sobre una masa de agua, transformando la energía de su caída en calor, si la cantidad de agua es de 100 kilos, su elevación de temperatura será de 0'01 grados centígrados.

MATEMATICAS

Problema sencillo que presentamos a los lectores:

$$\begin{array}{r}
 * * * * \\
 \times * * * * \\
 \hline
 6 * * * * \\
 * * 6 * * \\
 * * * * 6 \\
 * * * * * \\
 \hline
 * * * * * * * *
 \end{array}$$

Se trata de reconstruir esta multiplicación sustituyendo cada * por un número dígito distinto de 6.

Los lectores pueden enviar las soluciones a Alfonso Martínez Rizo, Bou de la Plaza Nueva, 13, bajos, antes del primero de mayo del corriente año y oportunamente serán publicados los nombres de cuantos resuelvan el problema, que es bastante sencillo.

Las dificultades de todo género derivadas de la guerra han determinado una alteración económica en todos los órdenes, y por lo tanto, también en nuestra marcha administrativa. El papel ha experimentado un aumento de precio de un 40 por ciento, y, además, hay que pagarlo al contado.

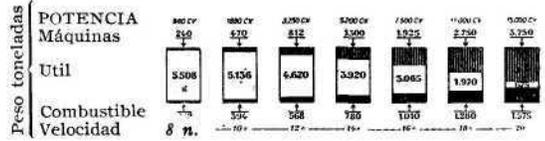
En las mismas o parecidas condiciones nos encontramos también con respecto a la imprenta, litografía, fotograbado, etc., pues a todos afectan y en todos repercuten las dificultades del momento.

Nosotros realizábamos antes nuestros pagos con noventa días de plazo generalmente, y ello

NAVEGACION

En los barcos de vapor, la velocidad exige el sacrificio del peso útil transportable.

Véase en el gráfico cómo es indispensable sacrificar el peso útil transportable para que la velocidad pueda aumentar —con la potencia y peso del motor y el carbón consumido— desde ocho hasta veinte nudos (millas por hora).



HA MUERTO TORRES QUEVEDO

Acabo de enterarme del fallecimiento de este ilustre inventor, honra de la humanidad por su talento y su desinterés.

Puedo enorgullecerme de haber sido amigo suyo y no he conocido hombre más bueno, noble y generoso en mi vida.

En sus invenciones no perseguía nunca el lucro. Su primer invento fué una máquina para resolver ecuaciones, que poco dinero podía darle, pero con la que afirmaba la verdad de su tesis de que la «automática» podía y debía sustituir el trabajo humano hasta en las cosas más abstrusas en las que ha de intervenir la inteligencia.

Y la «automática» es la técnica del porvenir que ha de permitir, una vez desaparecido el egoísmo de los intereses privados, que el hombre necesite trabajar al día poquísimas horas, sustituido por máquinas adecuadas, para poder producir cuanto necesite.

Cuando estudiaba su dirigible semirrígido «Astra», para evitar los riesgos del aeronauta que lo tripulara en los primeros ensayos, inventó el «telekino», con el que hizo maniobrar a distancia, transmitiendo las órdenes por las ondas herztianas, acabadas de descubrir, primero un triciclo en la cancha de un frontón y, más tarde, un bote de motor en la bahía de Santander.

Ultimamente, para demostrar el inmenso alcance de la automática, construyó su máquina de jugar al ajedrez que, disponiendo de rey y torre contra rey, da el mate correcto en las menos jugadas posibles, haga el adversario las que haga.

En un concurso internacional entre todos los ingenieros del mundo, fué elegido su proyecto de transbordador aéreo sobre las cataratas del Niágara, ganando una prima importante y encargando la realización a su hijo el ingeniero don Rodrigo Torres.

Creó el Laboratorio de Automática, en el que facilitaba la labor de cuantos inventores solventes acudían a él, facilitándoles la realización de sus inventos y ayudándoles con sus consejos. Subvencionado por el Estado dicho Laboratorio, se gastaba en él, además de la subvención, cuanto cobraba como ingeniero de caminos jubilado, no dándole jamás ningún valor al dinero.

Primo de Rivera, deseoso de acaparar prestigio, lo designó para formar parte de la Asamblea Nacional y él se dió por enterado, sin aceptar ni renunciar y se limitó a proponer que, como se hace en las academias, se suprimiesen los discursos y se hiciesen las proposiciones por escrito. ¡Cómo se burlaron de él los periódicos! ¡Cualquiera priva a los políticos de discursar y lucir su charlatanería!

Descansen en paz este hombre bueno y sabio, a quien la Naturaleza le ha concedido llegar a una avanzada edad para poder ver la gloriosa aurora del porvenir de justicia que está abloreando.

A todos los corresponsales

nos permitía conceder a nuestra vez un plazo de sesenta días a los corresponsales para el pago de sus facturas y paquetes. con lo cual cubríamos nuestros compromisos.

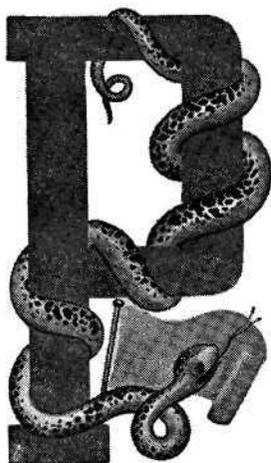
Pero habiendo de pagar ahora anticipadamente unas cosas y otras al contado, nos es imposible conceder plazo alguno.

De ahí el habernos visto obligados a establecer el pago al contado de nuestros paquetes y facturas, medida que ya supondrán nuestros corresponsales se impone forzosamente interin persistan las actuales circunstancias.

LA ADMINISTRACION

El velo de Isis

De nuestro camarada Viadiu insertamos aquí una llamada que debe inducir a cuantos la lean a la reflexión. Es verdaderamente la voz más sincera de cuantas han podido oírse en este barullo en el que cada cual se cree autorizado a hacerse oír, mientras sus actos niegan su prédica. Es de desear que se oigan muchas voces sinceras como ésta para llegar a la verdadera unidad y a sus resultados prácticos.



ARA qué andarnos por las ramas! Rasguemos el velo que cubre a la diosa, aunque se quede monda y lironda como su hermana la Verdad.

Empecemos por decir que la tónica moral de la retaguardia descende. No pretendamos engañarnos a fuerza de redactar notas apologéticas ni de insuflar a todo pasto prosa ditirámica.

Conviene que nuestras palabras y escritos contengan un mí-

nimo de sentido crítico que eleve el ánimo, que despierte inquietudes, que siembre un afán de superación. A fuerza de soslayar problemas, de dar la vuelta a la realidad, de no enfrentarnos resueltamente con la entraña del asunto, se está operando un proceso de divorcio, de descomposición interna, que puede acarrearlos fatales consecuencias.

Este proceso es seguido por nuestros enemigos con más interés que nos figuramos. Sobre él se especula y obra en las cancellerías. Es la causa del apoltronamiento del interior, de la desconfianza que nace en la clase trabajadora, de la falta de estímulo general.

Una verdad dicha a tiempo puede enmendar una trayectoria equivocada. La tónica moral de la retaguardia descende por diversas razones. Una de ellas es que los medios adquisitivos van reduciéndose. Ello da validez al adagio castellano «donde no hay harina, todo es mohina», pero este aspecto, con ser importante, puede ser superado. Desde luego queda en segundo término comparado con otros de orden psicológico y táctico.

La tónica moral de la retaguardia descende principalmente por falta de unidad. La verdad íntima es que nos damos la mano, figuramos en diversos gobiernos, tenemos constituídos Comités de enlace, somos, en fin, la mar de amigos, pero ¡ay!, la capa no aparece.

En este caso lo que no aparece es la amistad, puesto que otra auténtica verdad es que jugamos a engañarnos. En realidad convivimos, celebramos reuniones, lanzamos manifiestos, habla-

mos de compenetración, disertamos acerca del espíritu de sacrificio, empleamos un lenguaje florido, pero todo queda en hojarasca, en vilanos en el aire.

¿Por qué no decirlo? Lo cierto es que mientras se lanzan parrafadas unitaristas se piensa: ¿Dónde podré colocar la cáscara de la naranja para que el «amigo» de enfrente se rompa las narices? ¿Qué ardid emplearé para que el afín quede en evidencia? ¿De qué truco echaré mano para hacerme con la clientela del «querido» compañero?

Lo peor es que creen que estas suciedades equivalen a tener sentido político, a que poseen el don de la habilidad. ¿No les parece un triste recurso, impropio de la grandeza del momento, ir a la conquista de adeptos mediante procedimientos tan ruines? ¿Qué concepto pueden tener estos compañeros de la tragedia que vivimos?

Da pena referir estas miserias, pero lo cierto es que la crítica degenera en un caso de morboología. Quien tenga alguna duda no tiene más que leer los epítetos, alfilerazos y puyas que se insertan en la prensa; no tiene más que asistir a un mitinejo de estos que se celebran todos los días; no tiene más que enterarse de las declaraciones que prodigan jefecillos y jerifaltes; no tiene más que ver cómo se abulta, hincha y se explota cualquier hecho que roce a algún sector antifascista.

Esto no puede continuar. Ha llegado la hora de preguntar: ¿Hasta dónde pensáis llegar? ¿Cuántos grados de estupidez son necesarios para no comprender que esto es jugar con fuego? ¿Qué magnitud ha de tener la hecatombe para que se entre en razón?

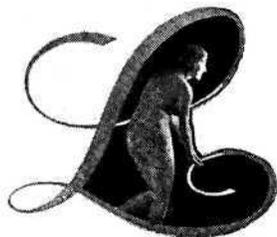
¿Qué se pretende? ¿Debemos convivir de una manera decente y normal? ¿Hay que tirar por la calle de en medio? La tónica de virulencia, el ataque sistemático, la lucha entablada, no conduce a otro fin.

Pensadlo bien. Pensad que la liberación de la clase trabajadora, que el destino histórico de Iberia, que el aplastamiento del fascismo internacional, dependen de nosotros. Pensad que sería una vergüenza, una deshonra para nuestra clase, no realizar estos objetivos.

Camaradas, es preciso cambiar el disco. Los sectores proletarios no pueden, no deben seguir por este camino. Debemos hablar, obrar y entendernos. Es preciso que cada cual diga lo que quiere, dónde va y qué pretende.

Sólo con claridad, con posiciones definidas, con

En torno a la reforma eugénica del aborto



A reforma eugénica revolucionaria inicia sus tareas al incorporar en un Decreto trascendental la interrupción artificial del embarazo, a los dominios de la Medicina científica.

Recuerdo que en un reciente Congreso extranjero de médicos naturalistas, se colocó en el estrado presidencial del mismo un busto de Goethe. Y al pie de la testa marmórea, con sus ojos de halcón y perfil de camafeo, escrita aquella invocación del Faust: «¿Por dónde penetrar en ti, oh infinita Naturaleza?»

Aquellas palabras, simbolizan la actitud mental del investigador situado ante el aluvión de hechos que reclaman su atención, y, no sabiendo por dónde comenzar la búsqueda de la clave biológica de los mismos, tal y como buscador de oro que ante un rico filón del preciado metal no supiera por dónde principiar a clavar su pala en el dorado corazón de la tierra aurífera.

Y a nosotros, situados ante la magna cantera de posibilidades de la reforma eugénica, nos invadía una cierta turbación, pensando en cuál sería el lugar más acertado para abrir la brecha de luz en los negros sótanos de la vida sexual española.

Y como toda reforma eugénica debe situar en el punto axial de la misma a la madre y al niño, por ahí comenzamos, estableciendo en el citado Decreto la libertad de practicar el aborto, sea cual fuere la causa que lo motive, borrando así de golpe el curanderismo asesino y dotando al proletariado de un modo científico y eficaz de

controlar su natalidad, sin temor a los riesgos que ello pudiera reportarle.

Tiempo hacía que países como la República federal suiza habían incorporado a su legislación (en 1916), tras enconadas luchas, la autorización para verificar el aborto, siempre que lo fuera por médico titular, con el consentimiento de la embarazada y por causas terapéuticas o morales.

Checoslovaquia dió un paso más allá en 1925, autorizando el derecho al aborto con fines restrictivos de maternidad. Incluso el Japón imperialista, en 1929, autorizó, no solamente el aborto, sino la limitación consciente de la natalidad, y la Rusia soviética, en el Código de 1926, ensancha el área de tolerancia del aborto y lo coloca en las manos hábiles de médicos especializados.

Finalmente, Cataluña, para gloria de su Revolución, da el paso más audaz al establecer en el Decreto aludido la libertad en la interrupción del embarazo practicado antes de los tres meses —en atención al peligro mayor que supone el trasponer esa fecha tope, y exceptuándose el caso que aun pasando este límite lo requiera—, y siempre que la madre lo solicite y su estado de salud permita garantizar el éxito de la intervención. Con lo dicho, el aborto salta de la sombría clandestinidad e incompetencia en que fué verificado hasta hoy, y adquiere una alta categoría biológica y social, al convertirse en instrumento eugénico al servicio del proletariado.

Cuántas puniciones establecieron hasta hoy sobre el aborto las legislaciones burguesas, tuvieron la doble trágica consecuencia de fomentar el infanticidio e incrementar la práctica clandestina del aborto, empujando a la mujer prole-

sinceridad de conducta, puede llegarse a conclusiones eficaces. Lo demás es dar vueltas a la noria, es malograr la más espléndida posibilidad de realizar una honda y magnífica transformación social.

Por dignidad de clase, por estímulo de los trabajadores internacionales, por respeto a nuestros muertos, por aprecio a nuestra obra, es preciso reaccionar, buscando los puntos coincidentes, trazando un plan revolucionario que sea el anhelo vivo del proletariado, que dé una seguridad y una norma de convivencia a la retaguardia.

Hace tiempo que el problema está planteado así. Todo lo que ocurre en el interior es debido a la falta de un cauce, de una norma, de una orientación revolucionaria. No es suficiente tener determinadas relaciones circunstanciales, es preciso fundamentarlas en un objetivo de conjunto. en una orientación revolucionaria que responda

a puntos coincidentes, en un trazo básico que refleje el pensamiento y los deseos de los trabajadores que nutren nuestras filas.

Compañeros de los sectores proletarios, hay que convencernos que para salvar la guerra y la Revolución no queda otra ruta que la de la unidad en la retaguardia. Discutamos este propósito sobre realizaciones, sobre ideas, sobre finalidades. La lucha por la clientela sin ulteriores horizontes es una faena negativa, mezquina, baja.

Sepamos estar a la altura de las circunstancias, hagamos un intento para saber qué hay de contenido social en cada actitud, en cada hecho, en cada posición. Lleguemos a las conclusiones que sean de acuerdo con este principio. Y sea el que fuese su resultado, al menos tendrá la virtud de poner en evidencia lo que hay de acomodaticio, de exagerado y de falso en las tácticas, procedimientos e intenciones respectivas.

taria hacia los antros sórdidos, en donde una mujeruca de manos tan poco limpias como el corazón, practicaba un aborto que la mayoría de las veces venía a desembocar en una infección puerperal mortal para la madre. Las cifras de 80.000 abortos anuales en Nueva York indicaban que el modo de atajar el morbo no era la represión brutal del mismo mediante unas leyes que lo arrojaban al margen de la Ciencia. Y pensándolo así, en el Decreto inicial de la reforma eugénica, vigente ya en Cataluña, se autoriza la interrupción artificial del embarazo, en una serie de centros que se crearán con personal especializado, anexos a las grandes instituciones sanitarias de toda Cataluña, y en los cuales se verificará el aborto con arreglo a normas científicas y previo examen psicopatológico de la solicitante, a fin de evitar toda contraindicación corporal o psíquica al mismo.

¿Qué representa esta reforma radical? Ante todo, disminuir la cifra de abortos, aunque parezca paradójico, puesto que paralelamente a los centros destinados a interrupción artificial del embarazo, funcionarán los otros centros en proyecto, destinados a la difusión popular de recursos anticoncepcionales, pues nuestro ideal eugénico es que la mujer posea una sólida cultura eugénica que le permita evitar el aborto y no recurrir a él sino como último recurso, puesto que los medios anticoncepcionales le facilitarán el evitar el embarazo cuando éste sea indeseable. En segundo término, la reforma eugénica del aborto, extrayendo a éste de los desaprensivos que con él traficaban, reducirá la mortalidad femenina por dicha causa, permitirá el estudio científico y estadístico del mismo y, además, suprimirá la tragedia de tantas vidas femeninas arruinadas, al no haber podido o no haberse atrevido en tiempos pretéritos a practicar el aborto liberador.

Nuestra reforma agrega a la causa terapéutica—enfermedad física o mental de la madre que contraindica el parto— y al motivo eugénico—incesto paterno o taras que podrían propagarse al nuevo ser—, los factores neomaltusiano—deseo consciente de limitación voluntaria de la natalidad— y sentimental o ético—maternidad indeseable para la madre por diversas causas de orden amoroso o emotivo—, los cuatro puntales médicosociales, sobre los que descansa la reforma eugénica del aborto.

Ya no asistiremos más al espectáculo de madres muertas a causa de una torpe maniobra abortiva, de infanticidios dimanados del odio al infante que nació sin ser deseado, de mujeres estragadas en su rumbo vital por un hijo que es un estigma o un recuerdo de lo que se desearía olvidar, de niños venidos a hogares sin pan y a padres sin cariño.

Pero nuestra reforma eugénica representa, sobre todo, el reconocimiento del aspecto social y espiritual de la maternidad y la elevación de la misma a la augusta categoría que había perdido a copia de represión gubernamental y a egoísmo paterno. Ser madre no debe reducirse solamente a parir hijos con o sin defecto físico, sino a entablar un vínculo espiritual eterno con los mismos, y a convertir luego al hijo en un trabajador sano, consciente y culto. Con lo cual, la maternidad, en una radiación excéntrica, se extiende a las áreas espirituales y sociales, que no alcanzó hasta la fecha

La maternidad irrumpe ya en un terreno de responsabilidad de la cual careció en épocas pasadas. Hubo un tiempo, el vivido por nuestras abuelas, en el cual la mujer tuvo solamente una carga abrumadora de deberes y una ausencia completa de derechos. La maternidad era impuesta como un penoso castigo bíblico, y la consecuencia de tal tiranía sexual fué que la madre lo era tan sólo físicamente.

La postguerra alumbró un nuevo tipo de mujer que aquejaba una hipertrofia de sus derechos y un olvido de sus deberes. En el orden sexual, aquella mujer odiaba la maternidad y eludía las responsabilidades inherentes a la misma. La Revolución proletaria ha creado una nueva generación de mujeres, que sabrán comprar sus derechos al precio amargo de sus deberes. En cuanto a la maternidad se refiere, la mujer nueva emergida de la Revolución marcha velozmente hacia la total realización de sus anhelos de libertad. Al autorizar el aborto y facilitar su realización, dejamos a la mujer en condiciones de ser madre tan sólo cuando ella lo desee, cuando el hijo sea fin y no accidente para ella. Como la Spirita de la novela de Margueritte, la mujer será al fin dueña de su cuerpo, no para usar mal de él, sino para labrar la gloria de sí misma y para hacer de la maternidad fruto consciente de sus sentimientos y consecuencia indeseada del egoísmo sexual masculino.

¡Saludemos todos, hermanas y hermanos proletarios, la reforma eugénica del aborto que la C. N. T. realiza desde la Consejería de Sanidad y Asistencia social! Porque gracias a ella albordeará desde hoy un nuevo Sol de Verdad en las tinieblas sexuales que envuelven a España. Liberadas sexualmente, las mujeres proletarias en el porvenir serán las creadoras de esa nueva generación de trabajadores, adalides románticos de la nueva era.

¡VENCEREMOS!

Hemos puesto a la venta el folleto de este título de nuestro colaborador Alfonso Martínez Rizo.

No queremos enjuiciar el acierto de nuestro amigo al plasmar en este folleto los momentos actuales, puesto que nuestros lectores conocen ya sobradamente el valor de su pluma a través de los artículos de «Al día con la Ciencia».

A pesar de las enormes dificultades con que tropezamos actualmente para la adquisición de papel, no hemos dudado un momento en hacer una edición de este interesante folleto.

Precio del ejemplar :

0'50 ptas.

LAS ASPIRACIONES DEL FASCISMO INTERNACIONAL

Convertir España, en primer lugar, en un vasto cementerio; luego continuar la marcha sobre Francia, Inglaterra, etc., etc., hasta destruir la Cultura, la Civilización, la Humanidad toda... Pero, aún hay países que sonríen...



Fetichismo revolucionario



DESDE hace algún tiempo, y con alarmante fecundidad, florecen —y se cultivan— en los quioscos de periódicos y otros sitios análogos infinidad de cuadritos y medallones, algunos de bastante precio, que muestran la efigie de héroes y precursores de la Revolución Española.

Lenin y Carlos Marx, Sebastián Faure y Anselmo Lorenzo, en amigable

concomitancia con Maciá, Companys, Ascaso y Durruti —¿qué diría a esto, de poder verlo nuestro valiente y modesto camarada?—, se ofrecen al público como estampitas en Semana Santa.

A lo que parece, el instinto fetichista del pueblo español, acostumbrado, desde la infancia, al culto a los ídolos y dominado por la herencia de múltiples generaciones de reinado religioso, no puede, todavía, prescindir de ellos, y se yerque, poderoso en demasía, contra los que intentan aplastarlo definitivamente, destruyendo, con ello, la obra educadora y cultural de las nobles plumas que glorifica, degradando la sangre generosa vertida en el combate, al formar con las imágenes de nuestros hombres un nuevo culto, una nueva religión, que sustituya a la que tanto mal ha causado a la clase trabajadora y que tan ímprobos esfuerzos nos ha costado y nos está costando todavía derrocar.

Y, ¡claro está!, los mercaderes de la Revolución se han apresurado a aprovechar la ocasión que el ingenuo fetichismo de un pueblo, débil aún, pese a su bien probada fortaleza, les ofrece, llenando de estampitas los puestos de venta, ni más ni menos que hacían en otro tiempo con las imágenes de Santa Teodifrasia, virgen y mártir, o de Su Santidad Pío XI.

¡Cuidado! ¡No cambiemos de ídolos! Bien está que en el fondo, muy en el fondo de nuestro corazón, guardemos su recuerdo dulce y agradecido para los que, con su pluma o con su sangre, han contribuido al triunfo del proletariado; pero no convirtamos nuestro hogar en un museo o, mejor dicho, en el gabinete de una señorita cursi, cubriendo sus paredes con dibujos y fotografías de héroes y galanes más o menos novelescos o cinematográficos.

No se hace una Revolución con idolatrías sentimentales, absurdas o pintorescas. No se forma un porvenir con los ojos fijos en el pasado, por

bello y glorioso que haya sido éste. Precisa seguir adelante, hacia la luz; y en el pasado hay siempre, ¡siempre!, un algo de bruma o sombra. Nadie deja un pasado transparente tras de sí..., y aunque así fuera, ya se encargaría el tiempo de cubrirlo con sus grises neblinas... Pero, dejémonos de divagaciones, nada oportunas en estos momentos, y continuemos con el asunto en cuestión.

Hay que desengañarse. El fetichismo, cualquiera que sea el aspecto que quiera dársele, sólo sirve para atrofiar la mentalidad y la energía del pueblo, acostumbrándole a confiar en que otro ser, sobrenatural o simplemente humano, saque por él las castañas del fuego. Claro que, en ambos casos, las castañas podrá sacarlas otro, pero siempre será él quien se queme los dedos...

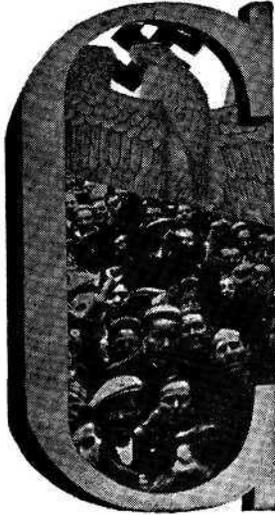
A la larga, este sería el fin de nuestros hombres, de persistir en tan lamentable como equivoca actitud. No tardaríamos mucho tiempo en ver a San Buenaventura Durruti, San Francisco Ascaso y Santa Aida Lafuente, por ejemplo, canonizados y en un altar —o monumento público, lo que a mí, francamente, me parece lo mismo—, hasta que una nueva Revolución purificadora hiciera con ellos lo que nosotros hemos hecho con los antiguos y apollillados ídolos de la Iglesia Católica.

No, no es así como se hace una Revolución. No es así, al menos, como debiera hacerse. Para crear una nueva Era, lo primero que hace falta es un espíritu nuevo, limpio, abierto a las nuevas corrientes renovadoras y soleado, vivificado por la antorcha luminosa y ardiente de la Cultura.

No se es revolucionario por tener en la cabecera de la cama, en lugar del Cristo de rigor o la mujercita más o menos ligera de ropa, que le ha sustituido, el busto de Stalin o de Kropotkine; ni por pertenecer a media docena de Comités y Ateneos Libertarios; ni por los autores que forman nuestra biblioteca; ni, como parecen creer algunos, por asistir a innúmeros mítines y tragarse cada día, de cabo a rabo, la Prensa confederal. No. El revolucionario —no hablo aquí de partidos ni de ideologías—, como el poeta, nace. Si llega o no a desarrollarse, si, como tantos jóvenes autores, languidece y muere antes de llegar a una plena madurez, es lo de menos. Se puede ser revolucionario, habiendo nacido de aristócratas o burgueses. Lo principal es que el espíritu exista. Luego, las circunstancias se encargarán o no de hacerlo fructificar.

Cierto que se puede llegar —y se llega, generalmente— a la Revolución por hambre, o por contagio, por influencia ambiental. Pero, en el primero de los casos, le faltará el ideal necesari-

Un llamamiento cordial, sincero y oportuno



CIERTOS hechos a sa z elocuentes ocurridos en estos días pasados, nos hacen pensar que olvidamos por completo la trágica realidad de la guerra, que debe absorber enteramente la atención de los que estamos en la retaguardia efectuando labores de orden secundario.

Los desfiles callejeros se suceden sin interrupción. El motivo más nimio, cualquier fruslería sin importancia, sirve de pretexto para organizar un desfile, una mani-

festación o cualquier otra cosa semejante que haga ruido y llame la atención de la gente. Pero menos mal aún cuando se trata de llamar la atención popular con música de charanga y trapos de color. Desgraciadamente, las más de las veces, estos actos, más que para hacer propaganda de tal o cual sector antifascista, sirven para exacerbar las pasiones, haciendo de ellos motivos de perturbación de la tranquilidad ciudadana.

Hechos recientes corroboran estas afirmaciones nuestras. Elementos salidos de la clase obrera y de la que, no obstante, forman parte, instigados por personas interesadas en fomentar la discordia entre las masas proletarias, se han manifestado en una forma impropia de la gravedad de la hora que vivimos. Nosotros les llamamos la atención para que no sirvan de instrumentos de acciones que tienen por fin ahogar la transformación social que iniciamos todos los trabajadores, sin distinción de matiz, a raíz del pronunciamiento militar fascista.

Hacemos un llamamiento a la reflexión y a la serenidad. No se debe continuar por ese camino. Ni se debe, ni es tolerable. La coacción, la amenaza abierta y descarada, nunca ha hecho

rio para subsistir en toda su pureza —véase, si no, lo sucedido en Rusia—; y, en el segundo, carecerá de vigor para desarrollarse en toda su plenitud.

Si nos descuidamos, eso es lo que sucederá en España. Hay demasiados revolucionarios de «doblé» y, más todavía, que han llegado a la Revolución como única manera de aplacar las exigencias de su estómago. Y eso es lo más peligroso, ya que, de seguir así, puede conducirnos al fracaso, o, lo que es peor todavía, a caer de lleno en una Dictadura estatal.

mella en nuestro ánimo. A partir del 19 de julio, los obreros revolucionarios conquistamos la libertad absoluta de acción. Y si alguien pretendiese cortarla en un impulso insensato, pretextando atropellos que no existen más que en su mente calenturienta, estamos decididos a defender, como el caso requiera, las conquistas revolucionarias del proletariado, logradas mediante la lucha armada, en la calle, contra la reacción.

Es conveniente para todos que se haga un alto en el camino. Somos conscientes del momento que la suerte nos ha deparado vivir. El fascismo está ahí amenazador, dispuesto a no desaprovechar ninguna oportunidad que se le presente para caer traidoramente sobre nosotros todos y destrozarnos con los procedimientos por él acostumbrados.

Si no tenemos esto presente en todos nuestros actos, es posible que le demos al enemigo el trabajo hecho. Nuestras disensiones no deben degenerar en pugna violenta. El que echa leña en el fuego de la discordia, trabaja consciente o inconscientemente en favor de la causa de Hitler, Franco y Mussolini.

Hacemos una advertencia cordial, sincera y oportuna. Aun es tiempo de rectificar, no reincidiendo en errores pasados. Estamos en las mejores disposiciones de ánimo para buscar soluciones satisfactorias para todos los problemas que la marcha de la guerra y la Revolución plantean. Creemos, y lo decimos con toda franqueza, que la táctica de las manifestaciones intimidantes no es el procedimiento adecuado para conseguir llegar a una inteligencia que acabe definitivamente con esta sombra de malestar que se dibuja en el asfalto de nuestra ciudad.

Por encima de uniformes; por sobre todas las diferencias de interpretación, más fuerte aún que nuestras rencillas, está la común condición de revolucionarios y antifascistas.

El enemigo acecha. ¡No le demos ocasión a que nos aplaste!

La Revolución actual española

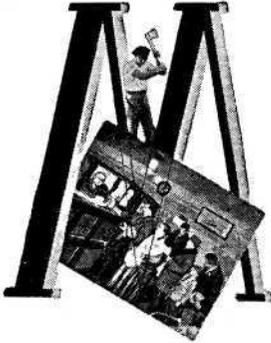
(Hacia una sociedad de productores libres)

Por Higinio Noja Ruiz

Es un librito que deben leer y recomendar todos, en bien de la causa que defiende el proletariado con las armas, pues en él se trazan de manera inequívoca orientaciones para la nueva estructuración económica de la sociedad que ha de nacer indudablemente de nuestro triunfo en las trincheras.

Los Comités revolucionarios, los Sindicatos, todos deben recomendar este trascendental librito. — PRECIO, UNA PESETA.

La burocracia y la Revolución



UCHOS estamentos sociales no han sufrido la influencia renovadora del vendaval revolucionario. La inmensa mayoría de los empleados que pululan por los centros oficiales no sienten la inquietud, ese fuego interno que consume a los obreros que consagran todas sus fuerzas a luchar tesoneramente contra la

reacción militarvaticanista. Basta dar una pequeña vuelta por las oficinas públicas, para percibir con claridad meridiana la poca actividad que reina en ellas. La indolencia burocrática, que de una manera agobiadora pesó siempre sobre los funcionarios del Estado, no ha desaparecido.

Razón tiene el refrán popular: «Las cosas de palacio, van despacio.» Entrar en una Consejería cualquiera, produce la misma sensación que entrar en un cementerio. El ritmo acelerado de la calle, del Sindicato, de la fábrica, queda roto dentro de sus ámbitos. Hemos sido testigos, en una de las más importantes, de cómo varios empleados se entretenían en bromear e incluso jugar de manos, en tanto varios obreros esperaban pacientemente que se les resolviesen unas cuestiones de trámite. El trámite, que la mayoría de las veces es un requisito inútil, creado especialmente para entorpecer la marcha normal de la actividad de los ciudadanos y para mantener sin hacer nada una cuadrilla de individuos adversarios decididos de toda actividad útil y provechosa.

Nos interesa hacer constar de una manera especial, que la burocracia antigua no es la única lenta en sus labores. También la nueva, la surgida después del 19 de julio, tiene los mismos vicios y defectos. Asistimos con dolor a esa progresiva adaptación a la inmovilidad burocrática sufrida por elementos que escalaron los centros oficiales a raíz de la militarada fascista. Somos de los que creemos que los camaradas mandados por las organizaciones obreras a ocupar cargos públicos, tienen el deber de operar sobre los funcionarios como revulsivo; esto es, como impulsores, obligándoles con una actividad intensa a desprenderse de esa lentitud desesperante que en toda época ha sido el rasgo predominante en su carácter.

En ningún instante ha tenido más valor el tiempo que en la actualidad. Los acontecimientos llevan un ritmo acelerado que no puede dete-

nerse por nada ni por nadie. Es imposible se pueda someter a un trabajador al tormento desesperante de obligarle a esperar durante horas seguidas la extensión de un documento sin importancia que, por motivos de «trámites», es necesario para realizar unas gestiones relacionadas con la marcha normal de una industria de singular importancia para el avituallamiento regular de los frentes de combate.

La revolución debe llegar a todas partes; debe hacer sentir su influencia, de una manera especial, en los centros oficiales. Los camaradas funcionarios tiene el deber de ajustar su actividad al ritmo acelerado de los acontecimientos. Es verdaderamente descorazonador contemplar cómo en tanto los obreros trabajan intensamente en fábricas y talleres, con el fin de producir lo necesario para la guerra, en las Consejerías, incluso en las que tienen una relación directa con las cuestiones militares, se hace perder lastimosamente el tiempo a los que, por desgracia, tienen que acudir a ellas a resolver asuntos derivados de la necesidad de cumplir con los requisitos legales.

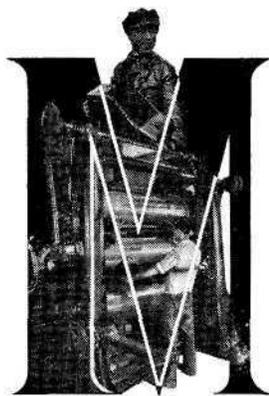
No decimos estas cosas con el deseo malsano de molestar a nadie. Solamente nos guía el afán de corregir defectos allí donde los haya. Hemos sido espectadores impasibles del crecimiento alarmante de la burocracia. Se ha creado una nueva sin acabar con la antigua y, no obstante, el ritmo en las oficinas públicas sigue tan lento como en los buenos tiempos de la República burguesa. Creemos que esto no debe continuar, y por eso lo señalamos, para que quien tenga la obligación de hacerlo se preocupe de resolver este problema de fundamental importancia para el futuro de la Revolución.

EUSEBIO NAVAS *Nos ha visitado este gran amigo e inteligentísimo doctor naturalista, infatigable batallador en el campo científico contra la rutina y el comercialismo médico, habiéndonos manifestado la grata noticia de que viene a establecerse y actuar en Valencia.*

Tal noticia ha de ser gratísima para los adeptos del naturismo que conozcan, como nosotros, las dotes científicas y de luchador por el ideal, que hacen del doctor y excelente amigo Eusebio Navas una de las mayores capacidades médicas.

Sus numerosos clientes podrán desde ahora acudir a su consulta (de 10 a 13), en su clínica establecida en la calle de la Metalurgia, 14, principal, Valencia, y por correspondencia, pidiendo cuestionario.

Ética del esfuerzo en el porvenir



MUCHA importancia tiene especificar para el porvenir las normas morales, tanto desde el punto de vista individual como desde el punto de vista social. La vida es un mosaico de problemas y factores diversos que no obran aisladamente, sino que reaccionan continuamente unos sobre otros, condicionándose en forma desigual, según las épocas y circunstancias. Pero, de todos estos factores, ninguno es despreciable; cada uno tiene su importancia y bastaría que en este mosaico, al parecer incoherente, uno de los elementos que lo constituyen fallara, para que los demás fueran arrastrados en la caída.

De ahí nuestra preocupación incesante por evitar las desviaciones de sentido doctrinal, práctico y moral. De ahí también por qué al tratar de los problemas éticos de la sociedad futura, de la sociedad que estamos construyendo en estos momentos, procuremos siempre aportar precisiones de todas clases sobre problemas que, al parecer, tienen para muchos una importancia secundaria.

Debemos recordar siempre que nuestras prédicas, nuestras opiniones, tienen dos clases de repercusiones: la primera es la formación mental inmediata de los hombres que deben realizar nuestros ideales en totalidad o en parte. Según esta formación mental, la realización será más o menos completa, más o menos efectiva, más o menos acorde con nuestros principios. Estamos viendo después de seis meses de revolución la importancia de esta preparación previa. En el orden económico, la creación de nuevas formas de administración social y de relaciones humanas se encuentra dificultada por el descuido, cuando no la hostilidad manifiesta hacia este problema de reconstrucción en todo el largo periodo que precedió a los acontecimientos actuales. Bien es verdad que lentamente se encuentran los caminos y que lo que ya se ha hecho constituye una de las páginas más notables de la historia de los pueblos. Pero lo es también que si se hubiese procurado constituir con anterioridad los Sindicatos y las Federaciones de industria, cuya utilidad se impone a todos, si se hubiesen estudiado con más detenimiento los problemas económicos, habríamos andado hoy infinitamente más de lo que se anduvo.

En segundo lugar, el acierto de los conceptos

repercute directamente sobre el conjunto de los hombres a quienes queremos atraer o influir. Esta preocupación que nos asedia continuamente no figura bastante en la mente de muchos compañeros que opinan por su cuenta de acuerdo con su sentir individual, anteponiendo siempre estos derechos de opinión y sus particulares inclinaciones a las necesidades generales de nuestro movimiento y de la vida social.

Entre los vaticinios formulados en lo que respecta al mundo que hemos empezado a estructurar, se ha repetido durante decenios la afirmación de que hecha la revolución se reduciría en grandes proporciones las horas diarias de trabajo.

La generalidad de nuestros escritores ha insistido sobre este punto. Al analizar la importancia del parasitismo social contenido en los ejércitos permanentes, en la burocracia del Estado, en los innumerables intermediarios de todas clases, en los comerciantes, en las profesiones parasitarias, en los oficios inútiles y el mal aprovechamiento de la técnica causado por la pequeña propiedad y las competencias del capitalismo, nuestros teóricos y pensadores pudieron afirmar con bases ciertas que en una sociedad bien organizada, el esfuerzo humano, la jornada de trabajo podían reducirse en proporciones notables.

Tal vez se exageró un poco en cuanto a la magnitud de esta reducción, especialmente en las épocas en las cuales se hacían esas afirmaciones. Se sabe hoy que en los Estados Unidos de América, gracias a la racionalización del trabajo, peritos de la economía y de la técnica han afirmado que basta a un individuo trabajar en su vida un solo año para, con los medios de producción ultramodernos, aportar a la sociedad tanto como esta sociedad nos aporte durante toda nuestra existencia. Recordemos que Andrés Girard, en un folleto sobre *La anarquía*, expone que, habiendo ya fábricas en las cuales bastaba tocar un botón para que automáticamente las máquinas se pusieran en marcha e hicieran el trabajo que los hombres les encomendaban, nada podía oponerse al comunismo libertario.

No han faltado, por añadidura, mentes novelescas que imaginaban un mecanismo similar en todas las actividades productoras. Veían de antemano máquinas especiales extraer de la tierra el carbón y el hierro; otras trasladando el mineral a los altos hornos; otras llevando los lingotes a las fábricas y los talleres especializados y dentro de éstos un complicado mecanismo fundiendo los lingotes en piezas diversas, uniendo y ajustando estas piezas, lanzando las máquinas fabricadas sobre los campos de trabajo, de modo que unas iban a la labor de la

tierra y otras volvían a la mina para extraer a su vez más carbón y más mineral y volver a empezar este circuito ininterrumpido y maravilloso.

En mayor o menor grado, esta aspiración a reducir la jornada de trabajo es acariciada por todos nosotros. Pero una cosa es esforzarse por libertarse del yugo de la Naturaleza y otra anhelar una vida de holganza completa. Recordemos la profecía de un ilustre sabio que entreveía un porvenir en el cual los hombres no tendrían ya necesidad de trabajar para conseguir sus alimentos, pues bastaría ingerir una píldora diaria de determinados concentrados químicos para satisfacer sus necesidades alimenticias. Esta afirmación olvidaba que nuestra organización fisiológica requiere el funcionamiento normal de todo el aparato digestivo que está hecho para la digestión, la asimilación y la expulsión de los alimentos.

Comprendemos el cierto cansancio y a veces hasta el odio que muchos obreros y muchos revolucionarios sienten hacia el trabajo. Trabajo es para ellos sinónimo de esclavitud. El trabajo es el taller con sus esfuerzos brutales y penosos, las largas jornadas, el ruido ensordecedor y embrutecedor, la suciedad, el polvo, la amenaza constante de las máquinas febrilmente atendidas, la vigilancia del capataz, la mirada escrutadora del patrón. El trabajo es ante todo la explotación, el hambre, la inseguridad permanente para el porvenir. Aparece unido a mil sufrimientos y es explicable que cuando hablamos de él para reivindicarlo, muchos obreros revolucionarios que sólo lo conocieron y lo consideran en esta forma no entiendan nuestro pensamiento.

Pero una cosa es el trabajo en sí y otra la explotación del patrón. Una cosa el esfuerzo necesario para la producción, para la vida, y otra lo que se hace con el sentimiento y la conciencia de que contribuimos con él a mantener el lujo de unos pocos a cambio de la miseria de los más. Incluso cuando esta explotación no existe o no alcanza tales proporciones, el trabajo puede no ser grato. Pensemos en las generaciones innumerables de labriegos que han fecundado la tierra en lucha continua contra la Naturaleza, faltos de herramientas o de elementos técnicos para vencer la resistencia del suelo, los ataques de los climas cambiantes, las malas cosechas. Y comprendemos que esas generaciones no podrían encontrar en ese esfuerzo terrible algo que les fuera grato y que apareciera como una norma moral deseable.

Pero las cosas deben examinarse por lo que son en sí, y no por sus desviaciones. Debemos también enfocarlas desde el plan un poco más optimista con que la ciencia moderna nos permite considerarlas. Indudable que el esfuerzo productor ha constituido en la historia el único recurso de supervivencia de la especie humana. Esta producción pudo asemejarse muchas veces a la maldición bíblica, ya que el hombre no solamente ganó el pan con el sudor de su frente, sino con la sangre de sus venas y el sacrificio de su vida. Pero, a pesar de los sacrificios, es gracias al trabajo que lentamente la especie humana ha progresado, se ha perfeccionado y se emancipa cada vez más del trabajo mismo. La reacción contra la explotación, contra las penurias pasadas, no debe, en consecuencia,

hacernos rechazar el trabajo en sí, ni la utilidad del esfuerzo. Y es, y fué siempre, en efecto, una alegría para el hombre luchar contra la materia y vencerla. La naturaleza humana sana se alegra del esfuerzo. A través de los tiempos el hombre debió vencer al ambiente que le rodeaba, disputar a los animales de todas clases, a las fieras, los medios de existencia y su derecho a la vida; talar los bosques, arrancar de las canteras piedra para construir su vivienda, surcar el mar en embarcaciones construídas al efecto, inventar después de la primitiva herramienta, máquinas cada vez más complicadas y maravillosas. En esta creación incesante, impuesta por las necesidades y el afán de vivir mejor, el hombre se creó una propia norma moral sin la cual no habría podido perdurar ni como especie ni como colectividad organizada.

Quitad de la historia el esfuerzo y habréis quitado lo que de más noble hay al lado de la maternidad, que es por su parte otro esfuerzo no menos grandioso y conmovedor. Y el esfuerzo tiene su poesía. Es hermoso torcer la materia, darle forma, elevar hacia el infinito las casas, los monumentos, los rascacielos, lanzar a través del espacio las locomotoras veloces y los aeroplanos vertiginosos; domar, en fin, la Naturaleza, utilizarla contra ella misma afirmando la voluntad humana sobre el ambiente indiferente u hostil.

Sólo los pueblos orientales pueden prescindir de este activismo. La psicología del árabe, del chino, del hindú, se aviene, y no siempre, a la postura extática, sin decadencia íntima. Creemos por nuestra parte que esta postura es la más noble de la humanidad. Alimentar incesantemente su alma con la contemplación del mundo externo, fundiendo su espíritu en el universo a través del lazo religioso o metafísico, o con la interna meditación, viviendo la individualidad fundida en el espacio infinito y en el tiempo también infinito con las generaciones que fueron y con las que vendrán, con el rincón de tierra que se habita y con la inmensidad del universo, todo esto implica una constitución espiritual que se alimenta con recursos propios, y acusa una superioridad indiscutible sobre la constitución nuestra.

Pero nosotros no somos orientales. La psicología occidental requiere, para conservar una norma moral, el principio de la actividad. La palabra *deber* indica el cumplimiento de obligaciones sin las cuales el sentido moral decae. Nuestro espíritu no se alimenta de contemplación ni de meditación. Requiere, ante todo, la compenetración con las necesidades generales y el cumplimiento de una tarea adecuada.

Si nosotros lográsemos crear una sociedad en la cual fuera posible realizar el ensueño del mecanismo absoluto, aparecería muy pronto la degeneración de la raza. La inacción productora engendraría la decadencia decisiva. Porque no pudiendo permanecer inactivos buscaríamos salida a la necesidad de hacer que es propia de nuestro temperamento. Y ocurriría lo que ha ocurrido siempre en las épocas en las cuales la moral del esfuerzo y del trabajo había desaparecido. Cuando los pueblos conquistadores han vivido de las colonias, como en la segunda etapa de la antigua Roma, la ausencia de esfuerzo productor provocó siempre el retroceso moral, el triunfo de la sensualidad.

Lo mismo ocurriría mañana. Desaparecida la influencia benéfica que la actividad productora ejerce sobre cada individualidad y sobre la colectividad en pleno, es fácil prever las mismas desviaciones, el predominio de la gula y el desbordamiento de las actividades sexuales en forma peligrosa y decadente. El triunfo de los placeres fáciles anularía por completo la moral ambiente y la marcha ascendente de la humanidad hacia estadios más nobles. Cuando Nicolai anuncia que llegaremos a trabajar dos horas y a dedicar ocho a las investigaciones científicas, acogemos con escepticismo sus afirmaciones. Porque el común de los hombres no es de la pasta de Nicolai. El común de los hombres no podría encerrarse ocho o diez horas diarias en un laboratorio o en un gabinete de estudio. La humanidad, conviene tenerlo siempre presente, es ante todo emotiva. Predominan en nosotros los sentidos y probablemente es conveniente que así sea, porque una humanidad puramente cerebral perdería lo que constituye cuanto hay en ella de vibración ética y de comprensión anímica profunda.

¿Haremos, en consecuencia, de proclamar el trabajo como única ocupación de los hombres del futuro? No; especialmente si no lo interpretamos tal como lo hemos conocido hasta el presente. Kropotkin suponía, una vez establecida la perfecta sociedad nueva, una jornada media de cuatro horas diarias. Pero pasadas estas cuatro horas, veía al conjunto de los hombres reunirse para fines y ocupaciones diversas: investigaciones, trabajos artísticos, excursiones, etc. Ni anunciaba el *dolce farniente* de unos, ni las ocho horas de investigación científica de Nicolai. Nosotros abordamos el problema con el criterio que corresponde a la época actual; debemos explicar nuestro concepto de las cosas.

El maquinismo representa, indudablemente, un elemento del cual no podemos ni debemos prescindir. Especialmente en trabajos muy rudos, como los de las minas, como ciertas labores de las fábricas y de las tierras, emancipa al hombre, le asegura la multiplicación de los recursos de existencia. Hablar en su contra es ignorar la rudeza de ciertos oficios, y quienes así declaman deberían estar condenados a hacerlos para comprender lo que la máquina aporta a la humanidad.

Pero es indudable que no se debe, *siempre que se pueda*, maquinizar todas las actividades humanas. Comprendemos la hostilidad de Kropotkin hacia el trabajo en serie. Comprendemos también muchas críticas, si no todas, contra la racionalización del trabajo. Pero el problema desborda este marco. Es más vasto, más grave. Supongamos que la máquina llegue a hacerlo todo, que el hombre no sea ya solamente un simple rodaje de la técnica de fabricación entre los rodajes de hierro que le apresan durante su permanencia en los lugares de trabajo; admitido que la inacción provocaría su decadencia moral y la decadencia de la especie, debemos admitir también el mantenimiento del trabajo. Y debemos limitar la aplicación de la máquina en todo cuanto sea posible. Es decir, en los oficios, las profesiones donde el trabajo puede hacerse sin desmedro de la salud y de la espiritualidad humanas, la máquina debe ser rechazada. Porque por encima de la técnica y de las razones económicas se sobrepone la vida misma de la especie, las necesidades biológicas de esta especie. Y es

indudable que si, trabajando sólo un año en nuestra vida, como anuncian los tecnócratas norteamericanos, pudiéramos aportar a la sociedad lo suficiente para indemnizarle de lo que de ella recibimos, cada ser humano se encontraría sumido en esta holganza peligrosa durante los cincuenta y tantos años a que llega el nivel común de longevidad.

Ni supresión de la máquina, ni maquinismo excesivo. Equilibrio entre la economía y las normas morales que por igual aseguran la existencia y el progreso de la raza. Nosotros opinamos, por lo tanto, que en la nueva sociedad el trabajo constituiría en sí el elemento fundamental de la civilización. Trabajo libertado por la técnica de brutalidades, de bestialidades, de suciedad. Pero trabajo humanizado y suficientemente prolongado por la ocupación manual.

El trabajo mecánico hecho a compás de la máquina y de sus movimientos no tiene en sí espiritualidad suficiente. Por otra parte, dominando en el ser humano la emotividad y la sensibilidad mucho más que la cerebralidad, y siendo la civilización en mayor grado fruto del florecimiento de esos dos factores, debemos encarar la actividad humana compaginada con el esfuerzo productor y con la creación del espíritu común y normal de la humanidad. Y nosotros encontramos esta síntesis en el trabajo manual hecho en determinada escala. El artesano de la Edad Media nos aparece como el hombre casi ideal. El hombre que labraba la madera, esculpía la piedra, forjaba el hierro, engendrando obras de arte no solamente en las catedrales, en los monumentos que cubrieron Europa, sino también en multitud de objetos que adornaban las ciudades, puede, siendo modernizado, guiarnos para encontrar al individuo del porvenir.

Cada hombre no logra, y probablemente no logrará de por sí, realizar obras maestras. Creer que todos los componentes de la humanidad futura llegarán a ser otros tantos Leonardo da Vinci, Rafael o Miguel Angel, Goethe o Shakespeare, Cervantes o Dostoiewsky, es soñar. Tampoco es deseable. La mentalidad común no pasará de cierto límite medio. Pero hay en cada individualidad un contenido suficiente para mantener un estado de convivencia superior y satisfactoria, y es sobre este contenido común que debemos basar nuestros vaticinios.

Admitida la necesidad del trabajo como norma moral, y admitida también la necesidad de humanizar el trabajo, entregando a la máquina lo que de más rudo tiene, admitido, igualmente, que cada individuo no podrá, por lo general, sobresalir más allá de cierto nivel y orden espiritual, debemos fundir trabajo y espíritu, producción y satisfacción creadora en un solo molde. El trabajo espiritualizado, elevado a la categoría de placer estático y de elemento cultural, constituye uno de los factores básicos del progreso y de la moralidad futuras.

Volver con el pensamiento y los medios de nuestro siglo y de los siglos futuros a esas normas, es arrancar a la máquina lo que puede ser obra de nuestras manos y de nuestro espíritu. Si cada hombre no puede ser un artista ilustre, cada hombre puede, mediante un aprendizaje relativamente fácil, forjar una linterna, esculpir una reja, labrar una puerta o una ventana, fabricar muebles de estilos distintos, participar en el adorno de las casas, aportar a la erección de

Psicología de las masas



ACE ya treinta o cuarenta años se publicaron varios libros acerca de la psicología y del alma de las multitudes. Creo que la primera obra que trató de esta cuestión más o menos científicamente fué la del profesor italiano Sighele, y que a ésta si-

guieron las de Le Bon, Tarde y, por último, Freud.

Se intentó construir una psicología colectiva, pero el intento quedó en el primer capítulo. La tesis de este primer capítulo se puede expresar así: La multitud, la masa, tiene una especie de sobrealma social que no es la suma de las almas individuales que la componen. A la tesis se le añade un corolario: las energías de espíritu de todos los que forman la masa, en vez de adicionarse, se destruyen en parte o en todo.

Estas afirmaciones no son nuevas. Solón, el legislador griego, decía que los atenienses, uno a uno, individualmente, eran astutos como zorras, y que reunidos tenían un espíritu mediocre y vulgar. Hay una antigua sentencia latina sobre los senadores, que no es necesario traducir porque se entiende perfectamente; dice así: *Senatores boni viri, Senatus mala bestia*. Se cuenta que un orador griego, cuando era aplaudido por la multitud, decía: «Alguna estupidez ha salido de mi boca.» Por último, el Ariosto afirma: «Se asegura que hay hombres que valen por cien; yo jamás he conocido cien hombres que valgan por uno.» Como se ve, la observación de la mediocridad espiritual de la masa con relación al individuo es antigua.

Algunos psicólogos de tendencia mística se han inclinado a creer que la sobrealma colectiva de las muchedumbres no es una fórmula metafórica, sino una realidad; otros piensan que ese hombre y esa idea no pasan de ser una etiqueta para expresar los caracteres que presenta una aglomeración humana. Yo supongo que éstos tienen razón.

monumentos colectivos, como fueron las catedrales de la Edad Media, su obra particular. Kropotkin decía que cada individuo habrá de vivir en la sociedad futura en un ambiente de arte. Este ambiente de arte puede ser creado por el trabajo común espiritualizado elevado al rango de norma y de alegría colectivas.

Y habremos encontrado así el fundamento más sólido de la moral colectiva. Habremos conjugado la necesidad del deber con el placer del espíritu y conseguido la síntesis armoniosa sobre la cual podrá asentarse la nueva civilización y el progreso de las futuras generaciones.

Para la mayoría de los autores, las modalidades características de una multitud son la unanimidad, el furor, la versatilidad y la tendencia justiciera. Las causas de ello dependen de la imitación, del contagio, de la sugestión. Yo creo que a esto habría que añadir el sentimiento de poder y la impunidad.

La imitación, el mimetismo, tiene una fuerza inconsciente enorme. Se ve bailar una pareja al son de la música y se siente el deseo de llevar el compás como ellas. Se ve en el circo a un hombre que pasa con su balancín por un alambre o por la cuerda floja y, si se le mira con atención, se hacen movimientos parecidos a los del volatinero. Es difícil no marcar el paso al lado de una banda militar que va tocando una marcha. El contagio del movimiento y del gesto es una consecuencia del instinto de imitación. Se oye llorar y se tiende a llorar; se ve reír y se tiende a reír; donde el mérito es insultar, se insulta; donde el mérito es rezar, se reza; donde es vociferar, se vocifera. Individual y colectivamente se verifica el contagio, tanto por las ideas expresadas como por los gestos.

Un obrero semiindiferente que penetra por primera vez en un lugar de una reunión revolucionaria puede tener distintas reacciones: o protesta y se muestra disconforme, o procura aislarse, inhibirse de lo que ocurre a su alrededor, o se entrega.

Si se entrega, se va fundiendo en la masa rápidamente. El tumulto, los clamores, los gestos, le convierten en un autómatas. Une sus aplausos y sus gritos a los de los demás; se transforma sin darse cuenta en un energúmeno, en un frenético, que si se viera a sí mismo, se asombraría.

La razón de esta identificación del hombre —sobre todo pobre— con la masa revolucionaria, está principalmente en que tiene el sentimiento de que se han cometido injusticias con él o con su clase, y en su corazón hay agazapada una fiera que se despierta y se lanza a morder.

El rencor de éste se transforma en una decoración lejana y romántica como si estuviera construida por sentimientos generosos. El resentimiento en el alma del revolucionario se convierte en poema.

En la vida ordinaria, este fondo de rencor y de envidia tan humano está velado por la prudencia, la socialidad, por el cuidado de conservar una buena reputación, y así muchas veces lo que nace con intenciones de mordisco o de arañazo se termina en un chiste o en una sonrisa.

Al burgués, al conservador, al patriota, le pasa lo mismo. En un momento de una manifestación o de una asamblea de los suyos se identifica con la masa conservadora o patriótica. En el orador que le habla de una manera elocuente ve el defensor de sus privilegios de clase o de nación; pero no ve estos privilegios de una manera con-

creta, fría y tangible, sino de un modo simbólico que no le parece egoísta. ¿No le pagan las rentas? Pues esto es señal de que la sociedad se hunde y de que viene el caos, el asesinato y la muerte. La bandera, el canto, el monumento a los héroes del país le dice *sotto voce* que le pagarán los alquileres.

Tanto el hombre del proletariado como el conservador, al incorporarse a la masa sienten la fuerza terrible que les da el número y al mismo tiempo la conciencia de su poder. Navegan en una corriente que neutraliza su timidez natural, corriente hecha a base del anonimato y de la impunidad. Entonces sale de su boca una consigna que quiere ser rápida y justiciera: ¡A Berlín! ¡A las armas! ¡A fusilar a los presos!

La masa pretende ejecutar en seguida sus planes y sus sentencias; unas veces lo consigue; otras fracasa por una causa cualquiera: porque llueve, porque se dividen los pareceres de los dirigentes o porque les salen al encuentro unos cuantos guardias.

Así es la psicología de las masas: un ímpetu primario generalmente orientado hacia soluciones rápidas y unilaterales, más bien vulgares que selectas. A veces las masas aceptan ideas generosas y nobles; pero, en general, lo que triunfa en ella son sentimientos de rencor y de venganza. Casi siempre lo exaltado por las masas es falso, aparatoso, lleno de mentira y de teatralidad. El público produce el histrionismo. El hombre que vive para el público es un cómico. Yo he notado que cuando se habla en público se habla como cuando se usa un idioma extranjero que no se conoce bien. Se dicen sin querer frases exageradas, pomposas y falsas. No se puede extraer del interior la verdad psicológica, personal, con matices y con contradicciones. Esta verdad íntima no interesa; es de onda corta para el público. En la ecuación que se establece entre hombres y público, el público exige al hombre que éste se acomode a su modelo. Su modelo es el fanteche. De aquí el entusiasmo de la masa por el fanteche político o literario, por el gran histrión. Cuando este histrión tiene genio verbal, el público se derrite de entusiasmo.

El espíritu de la masa trastorna el del hombre que pretende dirigirla, y éste, por ponerse a tono, la excita y la azuza. Así, una masa formada por personas inteligentes y sensatas puede hacer con facilidad una gran estupidez o cometer una crueldad, o dar muestra de una enorme cobardía.

La masa es una charca pantanosa y malsana; pero con ella y con su espíritu tiene que contar la política. Ya en la Convención, el *Marais* (el pantano), lo más bajo de la Asamblea, era lo que decidía en las deliberaciones. La masa, con sus tirones y sus exigencias, es la que da a la política este aire cómico-lírico-bailable tan del gusto de las porteras y de los barberos.

El político está a la altura de la masa. Este personaje turbio, aprovechador de todas las corrientes que le pueden encumbrar, se convierte con facilidad extraordinaria en un divo, en un cómico que busca la «claque». Los casos en España y fuera de España son muchos, y no vale la pena de señalarlos. La tesis de que todo hombre es político no es cierta. Muchos somos antipolíticos por convicción. Si se sintiera uno

maestro de escuela, diría que política viene de ciudad; yo, por aficiones y por la cédula, no soy ciudadano, sino campesino.

Considerada España desde un punto de vista colectivo, hay que reconocer que nuestro país no es todavía un país de masas. Unicamente en Barcelona y después en Madrid, se podría señalar algo parecido a grandes masas. En el resto de España, no. Una masa de andaluces o de castellanos no se comprende muy bien; una masa de vascongados, mucho menos aún. Una sala de posada o de sidrería donde puedan estar veinticinco vascos ya nos parece mucho a nosotros. El sumum para un vasco es un orfeón; de ahí no podemos pasar. Somos los españoles —por ahora, al menos— poco cepillados para la vida colectiva, mal preparados para colaborar unos con otros.

El sentimiento social de Europa es evidentemente patrimonio de los países centrales de grandes llanuras. Sobre ese sentimiento, el judío, con su espíritu teocrático y sus conocimientos económicos de largos años de usura, ha dado al socialismo un aire pseudocientífico y al mismo tiempo mesiánico. Los del centro —sobre todo los alemanes— tienen el sentimiento ya innato de la colaboración y de la disciplina para lo bueno como para lo malo.

A mí este sentimiento de colaboración me sorprendió y me salió al paso una tarde de domingo que llegué solo a Nuremberg. Me mostró una de sus buenas facetas. Al bajar del tren me encontré con la enorme estación abarrotada de gente. Había quizá diez o doce mil personas en los andenes, que marchaban despacio hacia la salida, apretándose y pisándose sin protesta, con esa característica brutalidad alemana. De pronto, aquella multitud se puso a cantar a coro una canción popular de Haydn. Era como una tempestad de voces armonizada y estudiada, algo imponente que me dejó sobrecogido. Quizá la música —el arte social por excelencia— sea uno de los elementos más indispensables para fundir los individuos aislados en una masa.

Actualmente parece que el formar masas es el ideal de los partidos políticos. No lo sabemos. Los individualistas desearíamos que este ideal fuese transitorio y que se volviera a pensar en los eternos valores personales; pero quizá es ya tarde.

La masa, que cuando protesta es rencorosa y de un sentimentalismo ridículo y pueril, cuando manda es despótica y sanguinaria. Su moral es muy pobre. ¿Se mata? No se podía hacer otra cosa. Antes la vida humana valía mucho; ahora comienza a no valer nada. La política de masas produce o la dictadura socialista o la fascista. Con una o con otra, el Gobierno es tiránico y pedantesco, dirigida por gente mediocre y endiosada, apoyado por burócratas, policías y guardias de todas clases.

Aquella Inglaterra de hace años que uno ha conocido, liberal, magnífica, en la que se entraba y se salía, se iba y se venía sin dar explicaciones a nadie, ya no la volveremos a ver más. Habrá que pensar que la mentalidad socialista o la fascista triunfen definitiva o alternativamente, que el liberalismo se está muriendo, y que la vieja Europa, arruinada y entontecida, va uniéndose casi con fruición en la penumbra de la decadencia.

Pavlov, padre del reflejo condicionado



El 27 de febrero de 1936, Ivan Petrovich Pavlov falleció en Moscú, a la edad de ochenta y seis años.

Hasta pocos días antes de su muerte por influenza, Pavlov trabajó con la precisión analítica y el entusiasmo de un joven. Había conservado plena posesión de sus facultades y la misma rigurosa autodisciplina de toda su vida.

Fué uno de los más grandes hombres de ciencia del mundo, y con seguridad puede afirmarse que sus trabajos en el campo de sobrevivirán mientras

la investigación original el progreso humano continúe. Sus trabajos sobre el reflejo condicionado bastarían para inmortalizar su nombre.

Entre las muchas grandes cualidades de este ilustre hombre se destacaba su escrupulosidad científica que dominaba toda su labor y le imponía largos años de cuidadosa y fructífera concentración sobre alguna sección de la investigación científica, a la cual dedicaba todo su tiempo. Durante muchos años, por ejemplo, dedicó su pensamiento a un importante y provechoso estudio del corazón y la sangre. A éste siguió una investigación no menos completa sobre el sistema digestivo. Y, por último, como desarrollo natural de sus descubrimientos y experiencias, trabajó en la completa fisiología del cerebro. En cada departamento realizó obra de explorador e hizo descubrimientos que han alterado materialmente las concepciones del pensamiento científico.

Pavlov no llegaba nunca a deducciones precipitadas. Las alcanzaba con calma mediante una labor lenta, con infinita paciencia, no aceptando nada como cierto mientras no hubiese obtenido la prueba como resultado del más cuidadoso experimento analítico. Cuidaba, además, de que todos los que trabajaban bajo su dirección adoptasen la misma actitud hacia su labor; el descuido mental despertaba en él verdadera indignación, y tal vez por esta razón se le ha atribuido una impaciente actitud despreciativa en su trato diario con otras personas, actitud que en verdad él nunca adoptó.

Impulsivo, ciertamente lo fué; pero era bondadoso y amable, y también tuvo suficiente tiempo y paciencia para todos menos para los necios y pretenciosos. En su hogar, con su es-

posa e hijos y sus visitantes, lo mismo que en el laboratorio —todos sus discípulos lo afirman— Pavlov era un hombre de atrayente y franca sencillez.

El reflejo condicionado. — Desde el principio de su carrera como biólogo, puso en evidencia sus grandes dotes de pensador original. Como discípulo del famoso Karl Ludwig, en Leipzig, mostró una temprana aptitud para hacerles frente a los mayores problemas científicos.

A los veintinueve años de edad publicó su primera obra referente a la circulación de la sangre. Doce años después fué nombrado director del Departamento de Fisiología del entonces Instituto de Medicina Experimental de San Petersburgo.

Le fueron concedidos honores no solamente en Rusia, sino en el mundo entero. En 1904 ganó el Premio Nobel —fué uno de los primeros en obtenerlo— y se le eligió miembro honorario de sociedades de fisiología y asociaciones similares prácticamente en todos los países del mundo civilizado.

Era un cirujano notable, y fué en gran parte debido a su destreza en la cirugía el éxito de sus experimentos con los animales, mucho mayor que el de aquellos que antes de él se habían lanzado en esa vía.

Su objetivo como era experimentador era mantener en lo posible las condiciones normales; y su constante propósito, por consiguiente, prescindir de los anestésicos, y evitar el dolor y las molestias creados por la cadena de reacciones anormales complementarias que de ellos se derivan.

Pavlov y los «reflejos condicionados» son nombres que vivirán unidos en la mente popular; porque fueron las investigaciones de Pavlov sobre el sistema nervioso las que produjeron algunos de sus más sorprendentes e históricos descubrimientos.

Tomando como punto de partida el reconocimiento de la parte que el centro nervioso tiene en la digestión, Pavlov realizó experimentos con animales —perros y monos especialmente—, observando y anotando sus más ligeras reacciones.

La boca de un perro se hace agua cuando se le da alimento, acto conocido como un reflejo incondicionado. Los pacientes experimentos de Pavlov revelaron, sin embargo, que esta secreción de la saliva ocurría en presencia de otros estímulos, con tal de que éstos estuvieran asociados en la mente del perro con el acto de darle de comer.

Supongamos, por ejemplo, que cada vez que se le daba alimento al perro se producía un sonido determinado. Con el tiempo, el sonido sólo era suficiente para que la boca del perro se hi-

J. M. Martínez
médico naturópata

Las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer

SU PASADO, PRESENTE Y FUTURO



ENTRE los animales y los pueblos mal llamados salvajes, las relaciones sexuales carecen de complicaciones y de peligros contagiosos, a pesar de que no tienen entre ellos moralistas de oficio ni reformadores que los amenacen con castigos eternos, ni los molesten con sermones, ni leyes estúpidas que coharten y estorben la libre expresión y cumplimiento de dichas relaciones.

Miss Margaret Mead, de la Facultad del Metropolitan Museum of Natural History, de Nueva York,

y el profesor Malinowsky, han investigado minuciosamente la vida y costumbres de varios pueblos «salvajes», encontrando en ellos una ética general y particularmente sexual muy superior a la de los pueblos llamados civilizados. Ética que ha sufrido y hasta desaparecido allí donde el hombre blanco ha puesto sus pies y comenzado su misión catequista y reformadora o mejor dicho degeneradora.

Miss Mead, que ha estudiado especialmente la vida de los nativos de las islas Samoa, nos dice: «Antes que los misioneros cristianos contaminasen las islas con sus enseñanzas, los salvajes poseían una ética superior a la del hombre blanco. Iban casi desnudos, las enfermedades eran casi desconocidas y sus relaciones sexuales estaban por encima de todo reproche. Con la llegada de

los moralistas y salvadores de almas (y destructores de cuerpos) las cosas cambiaron rápidamente y los salvajes pronto fueron «civilizados». Hoy cubren su desnudez (pues han adquirido la tan preciada virtud cristiana: la hipocresía), la prostitución florece lozanamente y las enfermedades venéreas hacen estragos...» Un paraíso convertido en un infierno por obra y gracia del hombre blanco, de su civilización y más que nada de su religión.

Entre los animales, la hembra dicta el «cómo» y el «cuándo» de las relaciones sexuales. Esto tiene una importancia suprema no sospechada. Todos sabemos que el macho tiene que esperar a que la hembra tenga la libido (o esté caliente, como vulgarmente se dice); y como la libido sólo se manifiesta en determinados períodos del año, el abuso y el exceso sexual es casi imposible. Además, también es bien sabido que la hembra sólo permite el coito hasta que la preñez tiene lugar, y que una vez fecundada, no hay macho que pueda acercarse a ella con intenciones *non sanctas*, ni tentarla. En los pueblos primitivos encontramos algo parecido. Además, en el hombre primitivo que vive en plena Naturaleza, libre de obstáculos artificiales, de bebidas y alimentos excitantes y otros estimulantes, la libido es mucho más débil que en el hombre civilizado, y la tumescencia, mucho más lenta y costosa de adquirir, teniendo que buscar ayuda en ceremonias que exciten su sistema nervioso. De ahí los bailes, fiestas y orgías que los pueblos primitivos celebran periódicamente y que preceden las orgías sexuales. Sabido es que la lucha y el baile producen una especie de euforia e intoxicación, que actuando sobre el sistema nervioso lo excitan, agudizando su sensibilidad. Estimulado así el sistema nervioso, éste actúa sobre los órganos genitales, produciendo la tumescencia indispensable para el coito. Estas or-

ciera agua. Igual cosa sucedía con la vista y el olfato.

Las derivaciones de este descubrimiento de lo que Pavlov llamó «reflejos condicionados» son de enorme importancia y de largo alcance para determinar los efectos del hábito, la educación y el medio sobre la vida humana.

Pavlov no aprobaba el bolchevismo y no vacilaba en decirlo. No obstante, bajo el sistema soviético se le dió toda la ayuda necesaria para desarrollar sus enseñanzas y sus trabajos experimentales. Una inmensa cantidad de labor original ha sido realizada durante los últimos veintidós años en el gran Instituto de Leningrado, que Pavlov organizó con el beneplácito y la

ayuda del Gobierno soviético; y los resultados de esa labor han contribuido grandemente al adelanto científico en el mundo entero.

En su vida familiar, Pavlov mantuvo un rígido programa de vida sencilla. Se levantaba temprano, comía moderadamente, no bebía vino y no fumaba. Hacía de sus ratos de ocio un período de completo descanso y de verdadero recreo mental. Y en el seno de su familia excepcionalmente feliz —una amante esposa, dos hijos y dos pequeños nietos—, Pavlov demostraba más claramente aún que en cualquier otro lugar, la sencillez sin afectación, que es el invariable complemento de la verdadera grandeza.

gías, bailes y luchas, no sólo actúan sobre los que en ellas toman parte, sino que también influyen a los espectadores. El hombre civilizado no tiene necesidad de tanta preparación y estímulo externo. Su sistema nervioso ha alcanzado una supersensitividad que hace posible una tumescencia fácil y rápida, tan rápida, que a menudo hace imposible el coito o lo acorta, constituyendo un serio obstáculo para la obtención del máximo goce sexual, especialmente en la mujer. Esta supersensitividad y excesivo aumento de la libido que mina el vigor de la raza, es consecuencia lógica de los obstáculos que la religión y la sociedad han puesto en el camino de la satisfacción sexual y de una vida artificiosa, cuyos factores más culpables son: una alimentación a base de productos excitantes, carnes, salsas, condimentos y el uso y abuso del alcohol. Además, la falta de sol, luz y aire sobre nuestros cuerpos siempre cubiertos de mortajas que no sólo privan el cuerpo de la influencia tonificadora y vigorizante de esos tres elementos, sino que también han creado una curiosidad mórbida-pornográfica, cuyas consecuencias y peligros sólo comenzamos a vislumbrar.

El sistema económico social, en combinación con la religión, han robado a la mujer su independencia económica sexual, entregándola en manos del hombre y convirtiéndola a éste en dictador de las relaciones sexuales. La usurpación de esta posición por un dictador que posee una libido exagerada, no ha podido ser más desastrosa para la raza en general y para la mujer en particular. El hombre se ha lanzado sin freno a la satisfacción de su lujuria, sin tener en cuenta los sentimientos de la mujer y sin considerar sus estados a veces completamente antagónicos al acto sexual. Su lema es: goce yo, y sufra quien sufra. Aun hoy, la mayoría de los hombres creen que la bendición del sacerdote o las palabras del juez le conceden el derecho de usar y abusar de su esposa como de una prostituta. Ignorantes de la fisiología y vida sexual de la mujer, creen que ella siempre está dispuesta a satisfacer su lujuria, lo cual está bien lejos de suceder, o que, aun que no lo esté, tiene que someterse a sus deseos. Este abuso del cuerpo de la esposa, unido a la negligencia de tener en cuenta sus sentimientos y derechos sexuales, ha causado y causa a diario innumerables tragedias, divorcios y desórdenes nerviosos que sólo el bisturí de la psicoanálisis ha comenzado a poner al descubierto.

Aunque la esclavitud de la mujer data de muchos años antes de la era cristiana, está plenamente demostrado que la situación de la mujer no sólo no mejoró, sino que empeoró con la venida del cristianismo. Esto, pese a los apologistas cristianos que quieren hacernos tragar la píldora de que la posición de la mujer en la era precristiana era malísima y que el cristianismo la mejoró. En Egipto, Babilonia y otros pueblos, la mujer era el profeta o sumo sacerdote. Ella era el oráculo, el hilo sagrado de comunicación entre los dioses y el hombre y éste le consultaba antes de emprender cualquier empresa y recibía sus consejos con respeto. En esos pueblos, demasiado convencidos de que la fertilidad del suelo dependía de la fertilidad de la mujer y que la primera no podía ser obtenida sin propiciar la segunda, el ascetismo no había todavía levantado su cabeza monstruosa y por lo tanto

el sexo no había sido identificado con el pecado en la forma tan severa como el cristianismo lo ha identificado. Pero los excesos sexuales de los judíos y de los romanos encontraron su reacción en el ascetismo de los profetas.

En vano Hosea y Ezequiel tronaron contra el libertinaje y corrupción sexual en que los judíos se hundían cada vez más; en vano invocaron a Jehová y en su nombre los amenazaron con las plagas más devastadoras y con los castigos más duros: el impulso sexual corría como un torrente desbordado, arrollando a su paso todos los obstáculos que pretendían estorbarlo. Los hijos de Eli ni siquiera respetaban la santidad del Tabernáculo y se ayuntaban con mujeres en su propia puerta. Es lógico que semejantes excesos y corrupción sexual habían de producir hombres que, horrorizados ante semejante espectáculo, formasen grupos ascéticos para contrarrestar el libertinaje. Así nacieron las sectas de los fariseos y de los esenios. Los fariseos trataron de interpretar el Viejo Testamento en el sentido más desfavorable posible para la mujer y sus consejos se anticiparon por algunos siglos a los de los padres de la Iglesia. «Malas son las mujeres, hijos míos. El ángel del Señor me dijo que las mujeres están inspiradas por el espíritu de la fornicación mucho más que el hombre y conspira contra él.» «Huye, pues, de la fornicación si quieres mantenerte puro y guarda tus sentidos de toda mujer.» Estas lamentaciones de los fariseos fueron más tarde los cimientos sobre los cuales se había de levantar la Iglesia.

Los esenios, secta de ascetas a la cual parece ser que pertenecía Jesús, se apartaron del mundo haciendo voto de castidad.

La negación del placer y el odio a la mujer son los dos pilares sobre los cuales descansa el ascetismo cristiano. No es en Jesús en quien debemos buscar el fundamento de la moralidad cristiana, sino en San Pablo. Jesús, más bien miró con indiferencia el problema sexual, y a pesar de ser un asceta se mostró clemente y tolerante con María Magdalena, la prostituta, y tampoco rehuyó la compañía de publicanos y pecadores.

El hecho que las doctrinas cristianas han influenciado de un modo decisivo las relaciones sexuales y la moralidad, hace necesario un análisis de las elucubraciones de los padres de la Iglesia.

La actitud de San Pablo respecto a la mujer es claramente expresada en su primera Epístola a los corintios. «Es bueno para el hombre no tocar a la mujer. Sin embargo, para evitar la fornicación, dejad que cada hombre tenga su esposa y cada mujer tenga su esposo. Ojalá que los hombres fuesen como yo (asceta). Por lo tanto, aconsejo a los solteros que continúen una vida casta, pero si no pueden contenerse, que se casen, pues mejor es casarse que quemarse.» San Pablo parece que conocía algo de la naturaleza humana y sabía lo difícil, si no imposible, que era el ahogar el impulso sexual completamente; así pues, dejó, aunque a regañadientes, una válvula de escape: el matrimonio. Pero San Pablo, consciente de las flaquezas humanas, tenía que achacárselas a alguien, y la carne se convirtió en la causa de todos los vicios y malos deseos. «En mi carne no habita nada bueno. La mente sirve la Ley de Dios y la carne la Ley del pecado.» Este dualismo no es original de San Pa-

blo. Las religiones orientales estaban permeadas de este dualismo del Bien y el Mal, el espíritu y la materia. Pero de todos los cultos orientales, el **maniqueísmo** de Persia y el neoplatonismo de **Alejandría**, son los que más marcada influencia **ejercieron** en la formación de la actitud contraria del cristianismo contra el sexo. Manes llevó la teoría dualista hasta el extremo de mantener que Adán no había sido creado en la imagen de Dios, sino de Satán, y que Eva era nada más que un agualdo de Satán y representaba la seducción sexual. Pero Adán no era todo satánico; en su interior llevaba una chispa de luz que luchaba por manifestarse, mientras que los demonios trataban de sujetarlo con la sensualidad.

Los elementos del neoplatonismo se remontan a la época de la filosofía griega. Pitágoras mantuvo la castidad en gran estima. Platón condenó las relaciones sexuales fuera del tálamo nupcial. Según Platón, la expresión sexual no sólo era dañina para el espíritu, sino también para el cuerpo. Empédocles y Diocles habían enseñado que el semen viene del cerebro y del tuétano espinal, y que por lo tanto la copulación excesiva era perjudicial para los sentidos y para la espina dorsal. La doctrina platónica del sexo no era más que parte del principio dualista platónico. Cuando este principio se amalgamó con los elementos de la filosofía oriental, el resultado fué un misticismo bastante raro y dañino. Los exponentes del neoplatonismo, Plotino y Porfirio, denunciaron las pasiones como degradadoras del alma. Porfirio condenó en términos fuertes no sólo las reacciones sexuales ilícitas, sino toda clase de placer.

Las brisas ascéticas del Oriente robustecieron el naciente ascetismo cristiano, que de murmullo de reproche contra el libertinaje romano-judío, aumentó a trueno que ahogó las risas de las Saturnalias. La protesta contra el paganismo se convirtió en la protesta contra la indulgencia sexual, pues ésta era la más típica expresión del paganismo y del placer. Al clasificar el placer como un pecado mortal, era lógico que siendo considerado el coito como el supremo placer, éste fuese también un pecado mortal, y por ende, la mujer, como proporcionadora de ese placer, cayó bajo la misma categoría y condenación. Considerada, pues, como la tentadora, tan gráficamente representada en el mito de Adán y Eva, la mujer se convirtió en el recipiente del odio «santo» de los ascetas empedernidos y de los aspirantes a la virginidad y la castidad. No nos detendremos aquí a examinar el mecanismo psicológico de ese odio que se podría sumar en tres palabras: miedo, envidia e impotencia.

La ambición de los primeros cristianos y de los padres de la Iglesia fué la de convertir el mundo en un inmenso monasterio de seres **castrados**, pero ante la imposibilidad de convencer la humanidad a poner término a todas las relaciones sexuales, las impusieron como un deber que sólo podía ser cumplido dentro del matrimonio y con la bendición de la Iglesia. Esta ley, que desde un principio fué dirigida contra la mujer, pronto se convirtió en la «ley del embudo», con la parte más ancha del lado del hombre.

A pesar de la exaltación de la virginidad como la virtud por excelencia, y como el único estado agradable a los ojos de Dios, y de pintar el casamiento con los colores más sombríos, los padres

de la Iglesia vieron con dolor que la mayoría de los fieles todavía elegía y prefería el tálamo nupcial al trono virginal, y un zagal viril, al Esposo celestial. Algunos padres, como San Jerónimo, se consolaron pensando que después de todo el casamiento tenía una gran ventaja: la de proveer vírgenes. El pobre Jerónimo no se dió cuenta que también proveía varones que ponían en peligro a esas vírgenes. La Iglesia toleró el casamiento, pero continuó advirtiendo, especialmente a la mujer, que aunque el matrimonio sancionaba el coito, el goce sexual continuaba siendo un pecado mortal que a toda costa debía evitar so pena de castigos eternos. Esta concepción del coito como un acto puramente automática al cual la mujer debía de entregarse como a un sacrificio, y del cual, bajo castigos severos, no podía derivar ningún placer, permeó la fisiología y la medicina de un modo increíble. Tan honda llegó esa contaminación, que aun a últimos del siglo XVIII, Acton, famoso cirujano inglés, escribía en un libro de texto de medicina: «Atribuir sensación sexual a la mujer, es una acusación infame.» En otro tratado de medicina encontramos esta otra perla de sabiduría: «Sólo las mujeres lascivas pueden experimentar el placer al ser abrazadas por sus esposos...»

Así, pues, la mujer se vió forzada a gozar (cuando el goce era posible) en silencio, a fingir y dominar todo movimiento físico que indicase placer, si no quería ser clasificada como un ser vicioso, lascivo y corroído por la lujuria. Da horror pensar los millones de mujeres que han pasado por la vida sin haber podido gozar plenamente de las caricias amorosas y sin experimentar en todo su apogeo el más sublime de los éxtasis, y todo porque a un puñado de eunucos y fanáticos religiosos y místicos se les antojó privar a los demás de un goce que tal vez ellos no podían alcanzar o del cual ya estaban hastiados. Porque ya lo dice el refrán: «El diablo, después de Larto, se metió a fraile.»

El hecho de que las relaciones sexuales tienen mucho que ver con la salud y la felicidad del matrimonio y de que son un factor importantísimo en el éxito o fracaso del matrimonio, ha sido completamente ignorado. Sólo en estos últimos años ha comenzado el sexo a recibir la atención científica que se merece. Los trabajos e investigaciones de Freud enfocaron la atención de los psicólogos y estudiantes sobre los conflictos causados por la represión del impulso sexual, esto, a pesar de que sus teorías y conclusiones descansan casi completamente sobre fábulas tan bonitas como falsas cuando se les aplica el análisis científico. De este asunto tan importante nos ocuparemos en un próximo artículo.

La creciente sensibilidad del sistema nervioso por un lado; los mayores obstáculos puestos por la religión en el camino de la satisfacción sexual, por otro, y la vida artificial y refinada del hombre con su alejamiento de la Naturaleza, trajeron el desarrollo del eroticismo y de los excesos sexuales.

En Grecia asistimos a la aurora del amor romántico con la correspondiente glorificación del cuerpo humano y de la libertad sexual. El nacimiento del cristianismo trajo una ola de ascetismo que ahuyentó el sexo y todo lo con él relacionado hacia las catacumbas de la subconsciencia. Las relaciones sexuales se llevaban a

cabo en completa oscuridad tanto material como intelectual. Dado que el hombre y la mujer son los únicos seres que tienen que aprender la técnica de las relaciones sexuales, los efectos de esta ignorancia fueron desastrosos. Pero la corriente ascética pronto retrocedió, pues aun muchos que habían ingresado en las filas de los ascetas y hecho voto de castidad, se encontraron con que la carne era mucho más fuerte que sus buenos deseos y que el único modo de mantener la castidad era el seguir el ejemplo de Orígenes, reforzándola fisiológicamente. Pero pocos tuvieron el valor de emascularse. Por lo tanto no pasó mucho tiempo sin que la Iglesia y las órdenes religiosas fuesen focos de vicio y prostitución. Lecky, en su *History of European Morals*, nos pinta un cuadro bien negro de las relaciones sexuales bajo la dictadura moral de la Iglesia. La Revolución francesa y el triunfo del protestantismo debilitó el poder de la Iglesia y trajo como consiguiente la libertad del pensamiento. El estudio del cuerpo y sus funciones, hecho posible por el microscopio, entró en una nueva fase, y la fisiología, la biología y la anatomía progresaron a pasos de gigante. De la fisiología general del cuerpo se pasó a la fisiología particular de los órganos reproductivos. El descubrimiento de las glándulas endocrinas y del papel importantísimo que juegan en las funciones del cuerpo también enfocó la atención sobre las glándulas sexuales y sus funciones; su estudio ha arrojado mucha luz sobre este asunto, y como un faro sirve de guía hacia las relaciones sexuales del presente y del futuro. Ciertamente es que todos estos conocimientos han encontrado una muralla de apatía y de prejuicios levantada por tantos siglos de ignorancia y calumnia contra el cuerpo y contra el sexo. Las masas están todavía en la ignorancia, pero poco a poco esa muralla se va desmoronando. El triunfo de los trabajadores iniciará una nueva era de cultura popular y ética sexual donde la mujer, después de un largo calvario de esclavitud y sufrimiento, encontrará la completa emancipación sexual y económica y con ella la felicidad y el goce sexual a que tiene derecho.

Resumen: La historia de las relaciones sexuales puede dividirse en dos eras y tres épocas. La era precientífica comprende.

1.º *Epoca Primitiva*. Las relaciones sexuales son llevadas a cabo sin otra norma que el instinto sexual. Las primeras normas de conducta sexual aparecen en forma de tabús. Estos tabús tienen también una base biológica y responden a condiciones internas y externas. Los individuos se unen tan pronto llegan a la pubertad.

2.º *Epoca Religiosa*. La religión va ganando absoluto control sobre la conducta sexual y promulga normas y leyes que «guían», obstaculizan y restringen las relaciones sexuales. La moral es un departamento de la religión. El ayuntamiento de dos individuos va convirtiéndose en una ceremonia religiosa y las relaciones sexuales fuera del matrimonio son cada vez prohibidas con mayores castigos. Con la creciente identificación del sexo con el pecado, el ascetismo crece rápidamente para llegar a la misma o peor corrupción que combatía. Es imposible analizar ahora el papel que la psicopatología sexual jugó en el desarrollo del ascetismo, pero no cabe duda que la gran mayoría de los individuos que renunciaron al sexo padecían de algún desarreglo

psíquico o fisiológico que se manifestó en una expresión patológica del impulso sexual. Esos desarreglos psicopatológicos sexuales son comunes en la adolescencia y las conversiones religiosas son características de esta edad.

3.º *Era Científica o Moderna*. El estudio del cuerpo ahuyenta para siempre el fantasma satánico del campo sexual y las relaciones sexuales pasan del dominio de la religión al de la ciencia. Siendo una manifestación normal y necesaria del cuerpo, no pueden ser un pecado. El divorcio viene como espada salvadora que corta el nudo gordiano, que, según la Iglesia, es indisoluble e incortable. Ya no tiene la mujer que ser esclava de un hombre toda su vida y sufrir sus vejaciones y brutalidades sexuales y sociales. El divorcio es la carta magna de la libertad sexual. Las relaciones sexuales armoniosas sólo pueden existir en una sociedad donde el hombre y la mujer disponen de la misma libertad para terminarlas; donde la mujer no tenga que vender sus caricias al mejor postor; donde la mujer, libre de toda coacción religiosa, moral y económica, y movida tan sólo por sus instintos biológicos, pueda elegir el quién, el cómo y el cuándo de las relaciones sexuales. Sólo esta dictadura de la hembra puede poner un dique eficaz a la lujuria y rapiña del macho y salvar a ambos de vicio y la corrupción en que se están hundiendo cada vez más.

El papel del Estado debe limitarse a educar los individuos y a iniciarlos en los conocimientos del cuerpo humano, especialmente en lo que toca su salud y funciones sexuales, peligro y excesos de las mismas y también a proveer las condiciones económicas que hagan posible el ayuntamiento de los individuos tan pronto éstos lo juzguen necesario; este requisito es de suma importancia y probablemente sea el factor más importante en la solución del adulterio y la prostitución. Cuanto menos el Estado, la Iglesia o la sociedad se inmiscuyan en la vida y relaciones sexuales de los individuos, mejor será para el individuo y para la sociedad. Malinowsky nos presenta un curioso ejemplo que como hecho a la medida nos demuestra las ventajas de la no intervención y los perjuicios de la misma. En una isla del Pacífico (cuyo nombre se me escapa en estos momentos) dice que encontró que a los niños se les deja en amplia y completa libertad en sus juegos y vida sexual desde la niñez. Nada de: «No hagas esto o lo otro», o esto es vergonzoso o pecado, crecen en ambiente libre de toda represión. La bondad de este sistema está demostrada por la completa ausencia de neurosis entre sus habitantes. Del otro lado, en una isla también del Pacífico, a unas doscientas millas de distancia, existe un proceder completamente distinto y parecido al nuestro. El niño es reprimido y su impulso sexual obstaculizado, con el resultado de que las neurosis son más comunes.

Eduquemos al individuo en el cuidado y alimentación de su cuerpo, proveámoslo un medio ambiente propicio para el desarrollo de lo bueno y el problema de las relaciones sexuales se resolverá por sí mismo.

V I S A D O P O R
L A C E N S U R A

El problema sexual en las prisiones



ALGUNOS teóricos han pretendido negar la existencia del problema sexual en las prisiones. Se han atrevido a afirmar que sólo es el producto de un sentimentalismo inconveniente, aunque su argumentación haya carecido siempre de base seria y científica.

Para comprender la expugnabilidad de tal afirmación basta adentrarse en la realidad misma de las prisiones. De 1927 a 1930, bajo la dirección de mi malogrado maestro, el doctor Hermi-

nio Valdizán, realicé, en algunos establecimientos penales del Perú, el estudio personal de cerca de doscientos penados. Puedo afirmar que en estas prisiones, el 100 por 100 de aquellos infelices sufrían ensueños eróticos acompañados de pérdida seminal, que el 90 por 100 se masturbaban, y que el 25 por 100 eran invertidos sexuales, bien activos o pasivos. Y como la naturaleza humana no difiere grandemente en las distintas regiones de la Tierra, podemos prejuizar que, con ligeras variantes, lo que acontece en las cárceles peruanas sucede en todas las prisiones del mundo. Preguntamos ahora, frente a estas cifras de por sí elocuentes: ¿Cabe seguir negando la existencia del problema sexual en las prisiones, como algunos pretenden?

Los delincuentes, por el hecho de caer en prisión, no pierden sus características humanas. El hombre, en el fondo, no es menos, pero tampoco mucho más que un animal, que lleva en su subconsciencia una herencia de milenios en la que predominan, con fuerza especialísima, los instintos.

Son estos instintos los que regulan su existencia. Gracias a ellos se cubre, se nutre, se defiende, procrea. Son, en verdad, los verdaderos motores de la existencia humana, que la dirigen a su arbitrio.

Pero de todos estos innumerables instintos, el más importante es, sin duda, el instinto sexual, como bien lo afirma Freud. En toda la escala zoológica podemos observar cómo predomina sobre los demás, lo que ha hecho decir a Marañón: «Los instintos que mantienen al hombre sobre la tierra son el de la reproducción y el de la conservación.»

Si leemos las páginas admirables de *La vida*

de los insectos, de Horacio Fabre, podemos constatar un hecho por demás significativo: hay insectos que no viven más que para evitar que la especie desaparezca de la faz de la tierra, en que el macho muere una vez fecundada la hembra y que ésta, cuando ha colocado los huevos en un lugar seguro, también deja de existir. Lo cual nos señala que hay algunas especies de animales que viven solamente el tiempo preciso para dejar descendencia, cumpliéndose el alto objetivo de la función sexual. En ellas, pues, el instinto sexual prima de manera inobjetable.

La función reproductora es, indudablemente, la que predomina entre todas las demás. Es el principio de la conservación de la vida el que rige, ampliamente, el destino de todos los animales y vegetales que existen. Y en el hombre es este principio el que, justamente, lo ha movido a realizar los más nobles sucesos, las más trascendentales idealidades. La hembra sufre los más terribles dolores, el varón lucha con peligro de su existencia por la defensa del hijo. La Naturaleza permanece sorda ante estos sufrimientos. Para ella lo necesario, lo imprescindible es que la especie no perezca, sino que se conserve sobre la superficie del planeta, por los siglos de los siglos.

Por otra parte, debemos tener presente que las cárceles son lugares de reclusión, no de castigo. Este principio tan repetido no se cumplirá jamás debidamente si se condena a los penados a una vida continente, perfectamente involuntaria. Ello significa la privación de una necesidad primordial en la vida de los reclusos, quienes lógicamente conservan sus características humanas.

Además, debemos recordar que palpita en el cerebro de una minoría selecta la hermosa idea de que los establecimientos penales —impropiamente así denominados— deben ser verdaderas escuelas de reeducación y clínicas de curación del delincuente, donde se procure su transformación integral. Y que el delincuente no es otra cosa que un enfermo, víctima de la herencia, de la sociedad o del ambiente, y que el delito no es más que la campanada que da a conocer la anormalidad del sujeto.

¿Cómo curar al delincuente, a este enfermo, si se le priva de una función tan vital como lo es la genésica? Si se intenta seriamente la curación del delincuente se debe, ante todo, procurar que la vida del penado se desarrolle lo más armoniosamente posible con las leyes naturales.

Los autores de esta reglamentación absurda y antinatural que obliga a los penados a guardar una estricta continencia, no son capaces ellos mismos de cumplirla. ¿Con qué derecho, entonces, se atreven a ordenar tal prohibición si ellos mismos no son capaces de vivir en una

continencia perfecta ni resistir a la tentación sexual?

Entrando de lleno al estudio de las diversas escuelas formadas alrededor del problema sexual de las prisiones, podemos constatar que existen tres primordialmente:

a) Contraria al trato carnal de los penados, porque estiman beneficiosa la continencia para el individuo.

b) Contraria al cumplimiento de la función sexual de los reclusos, por estimar que el hambre sexual puede amortiguarse, no siendo deseable, entonces, romper con las normas morales existentes sin necesidad atendible.

c) Partidaria del trato sexual de los penados, por estimar que es ésta la única solución verdadera al problema sexual en las prisiones.

Tendencia de la continencia, por beneficiosa.—Crean algunos fisiólogos que la energía que se consume al efectuar el acto genésico puede transformarse, provechosamente, en energía de carácter intelectual. Suponen, pues, que la potencialidad erótica puede convertirse fácilmente en potencialidad cerebral. Para confirmar su tesis citan a varios genios, entre otros a Newton y Beethoven, quienes, llevando una vida de casi perfecta continencia, sobrepasaron en mucho, intelectualmente, a la gran masa de sus contemporáneos.

Ante todo, juzgamos poco honrado el citar excepciones para confirmar una ley que debe comprender a todos los hombres por igual. Yo me atrevería a preguntar a las personas que integran este grupo: Junto a esos pocos hombres considerados continentes —no está firmemente confirmado que lo fueran—, ¿cuántos inferhombres podríanse colocar? Porque la verdad es ésta: Si un hombre genial es continente, todos conocen el caso y la ciencia lo estudia y lo da a conocer en forma amplia. Pero del millón o más de individuos vulgares o inferiores que también son continentes como el genio, nadie repara. La historia recoge la biografía del genio, pero ignora por completo la del millón o más de espíritus mediocres. Además, reconociendo que Newton y Beethoven fueron hombres geniales indiscutibles, no debe olvidarse que sus vidas fueron en extremo desgraciadas, debido a sus caracteres que, seguramente, no harían brotar la envidia de ningún hombre sensato. Quizá en sus vidas atormentadas pudiera encontrarse la razón de su continencia, aunque últimas investigaciones niegan la pretendida continencia del genio musical.

Lo normal, por el contrario, no es que la continencia aumente la potencialidad cerebral del hombre, sino que, conduciéndolo a enfermedades y trastornos nerviosos impiden, generalmente, un asiduo trabajo intelectual. Debemos considerar a la continencia, más que como productora de energías provechosas, como una pervertidora de ellas. La intranquilidad espiritual provocada por la continencia conduce más bien a que estas nobles energías se perturben en vez de aumentarlas y robustecerlas.

Por otra parte, no depende de nosotros quitar a un órgano su vitalidad, para dársela a otro cualquiera. Las energías pueden ser intercambiables en la física, pero no en el hombre. Si tuvieran razón los que sustentan tan descabellada tesis, bastaría dejar a los hombres en com-

pleta inmovilidad, orientando todas esas energías así ahorradas hacia un cauce intelectual, para lograr una humanidad de genios. Y bien sabemos que esto no sería jamás posible.

Las facultades intelectuales no aumentarían en absoluto; más bien, se disminuirían y arruinarían, al igual que los demás órganos, porque es indudable que sólo mediante el desarrollo armónico del todo, se logra el perfeccionamiento de las partes.

Puede afirmarse que la opinión de la mayoría de los hombres de ciencia se orienta en el sentido de que la continencia no aumenta la potencialidad creadora del pensamiento, y que, por el contrario, la agota. Es interesante conocer lo que dice Freud: «Yo no creo, como suponía Moebius, que son incompatibles el trabajo intelectual y la actividad sexual. Soy de opinión que la indiscutible inferioridad intelectual de la mujer es debida a la inhibición que se le impone para lograr en ella la represión sexual.»

En todo caso, en lo que respecta a los penados, yo no comprendo el interés que existiría en que éstos, dada la vida que llevan y la pobre educación que poseen en su enorme mayoría, transformarían sus energías eróticas en energía intelectual.

Existen otros autores —defensores también de la renuncia a los placeres sexuales— que afirman que los continentes poseen un carácter vigoroso y enérgico y una férrea voluntad, nacidos de la vida de castidad que soportan. Pero sus argumentos carecen de toda base científica seria.

Así como el hambriento sólo piensa en alimentarse, el continente siempre está pensando en el sexo. Esta idea lo persigue noche y día, no le deja tranquilo un instante, lo perturba profundamente, y en esta lucha perenne contra la sexualidad que exige lo suyo, gasta sus mejores energías y aniquila su propia voluntad.

Tendencia para amortiguar el hambre sexual.—En este segundo grupo encontramos a aquellos que se declaran contrarios al trato carnal de los penados, porque estiman que, si bien es cierto que la continencia no es beneficiosa para los individuos, puede amortiguarse el apetito sexual mediante ejercicios físicos e intelectuales, lo que, según ellos, quitaría toda trascendencia al problema sexual en las prisiones.

Es natural pensar que el desgaste de energías físicas que significa el deporte, produce un notable descenso en la magnitud del deseo genésico. En los Colegios y Universidades de los Estados Unidos de Norteamérica, comprendiéndolo así, dan gran importancia a toda clase de ejercicios físicos con el objeto de atenuar el hambre sexual, que es lógico suponer en los jóvenes educandos de ambos sexos que asisten a ellos. Sus resultados parecen ser buenos. Aunque no debemos generalizar en estos casos, puesto que bien sabemos que el factor ambiente y racial influye en el aumento o disminución del hambre sexual entre los hombres.

Havelock Ellis no cree en los efectos de los ejercicios físicos sobre el instinto genésico. En todo caso, piensa, el ejercicio debería extremarse hasta el agotamiento para que surta sus efectos.

Personalmente disiento de la opinión de Ellis. No creo que sea necesario extremar el cansancio

producido por el ejercicio físico para lograr la atenuación del deseo erótico. Pero aclaramos. Creo que el deporte disminuye las ansias sexuales, sin hacerlas desaparecer por entero. Sólo se amortigua este hambre sexual, no se le mata. Los efectos de la libido se hacen borrosos, menos apremiantes, pero continúan manifestándose. Con lo que siempre quedaría el problema en pie, ya que el deseo erótico no dejaría de actuar.

De toda suerte, es altamente recomendable el ejercicio físico entre los continentes. Deberá, por lo tanto, introducirse en las prisiones toda clase de deportes, sabiéndose que de esta manera se amortigua el hambre sexual de los penados.

Otro tanto podré decir de los ejercicios intelectuales. Estos harán disminuir las ansias sexuales de los reclusos. Pero deberé repetir: las atenuan, no las hacen desaparecer por completo.

Entre los diversos ejercicios intelectuales, unos poseen una acción amortiguadora mayor que otros. La poesía no posee ninguna, quizá las acrecienta a veces. Por el contrario, el estudio de las matemáticas es el que mejores resultados da a este respecto. Así lo atestiguan las experiencias de varios pastores protestantes, que han empleado este método para disminuir su apetito sexual.

Las preocupaciones morales, sentimentales o intelectuales amortiguan también el apetito genésico. En estos periodos la idea del placer parece huir, aunque, en verdad, sólo se esconde momentáneamente, para aparecer después con fuerza incontenible, principalmente al ponernos en relación con personas del sexo opuesto.

La huida de la vida mundana también atenúa el deseo sexual. Pero basta volver a ella para que reaparezca. Por lo demás este método no es recomendable en absoluto, puesto que el sistema nervioso, en la soledad, puede sufrir lo inconcebible, resintiéndose y enfermándose en forma grave.

Havelock Ellis se manifiesta contrario al ejercicio intelectual con el objeto de calmar la excitación erótica. Cree que sus efectos son más bien contraproducentes, y que, pasado el primer entusiasmo por el estudio, los deseos sexuales vuelven a molestar al continente, pero esta vez en forma hipertensuada, de tal manera que el pensamiento se escapa por completo de toda labor intelectual, para dirigirse, casi de manera absoluta, al objeto erótico que existe en el alma de todos los humanos.

Podemos sintetizar nuestro pensamiento diciendo que el hambre sexual se atenúa con los ejercicios físicos o intelectuales. Pero que siempre éste continúa existiendo, con mayor o menor fuerza, según las circunstancias. El problema, pues, no se habría solucionado con ello. Y en lo que respecta a los penados, sería conveniente preguntarles a los partidarios de esta tendencia sobre los ejercicios intelectuales, qué podemos darles, sabiendo que más del 90 por 100 de los reclusos en los establecimientos penales son analfabetos.

Tendencia partidaria del trato carnal en los penados.—Por último, llegamos al tercer grupo, que estima necesario que los penados, como todos los humanos, cumplan con la función genésica, por imponerlo así una ley natural, de carácter irrefragable como todas ellas. Sostiene que

las leyes de la Naturaleza no pueden violarse, pues tarde o temprano ésta tomará su desquite, siempre terrible, que conduce al individuo a trastornos y enfermedades que le harán arrepentirse de su actitud absurda.

Es indiscutible que la Naturaleza forma a sus seres de acuerdo con las normas que mejor les benefician. Basta observar cualquier animal o planta para aceptar como un axioma esta verdad inobjetable. Desde las protofitas, tan microscópicas y primitivas, hasta el hombre, dotado de sus admirables facultades intelectuales, vemos que esta ley sapientísima se cumple en forma perfecta. No existe en ellos un solo órgano, una sola porción de su ser, que no posea una noble función que desempeñar. Hasta los detalles más nimios responden a un fin especial. Parece, si se profundizara un poco su estudio, que alguna inteligencia superior rigiera todo aquello que con la vida de éstos se relaciona, y que la única forma de mejorar y existir fuera la de obedecerla y respetarla.

Privemos de luz al alga y languidecerá lentamente hasta quedar convertida en un desecho; viciemos el aire que respira el sucio escarabajo, y se asfixiará; quitémosle todo el alimento al rumiante, y enflaquecerá hasta morir; privemos, en fin, de cualquier función vital a un ser de la creación, y lo veremos transformarse y perecer por último. ¿No es lógico que en el hombre, más delicado, por la misma razón de encontrarse en el tramo más alto de la escala zoológica, se produzcan los mismos fenómenos amigiladores, si se presentan causas similares?

No debemos pretender separar arbitrariamente las funciones que «deben» cumplirse, de las que está «vedado» realizar. Esto es completamente absurdo.

Todas las funciones, por igual, son absolutamente respetables y todos los órganos de nuestro cuerpo deben merecer la misma atención. Sólo así alcanzaremos la salud que anhelamos y la paz espiritual que todo hombre necesita para la realización de los altos fines que le corresponden.

Si la causa del problema es la continencia a que está sometido el penado, lo lógico, entonces, es hacerla desaparecer, permitiendo el normal y fiel cumplimiento, por parte de los reclusos delincuentes, de sus necesidades sexuales.

Todo parece fortalecer esta idea, especialmente razones de orden fisiológico, que son, justamente, las que deben primar en todos los problemas de la vida.

Sintetizadas, estas razones son las siguientes:

a) Es innegable que el hombre normal debe realizar los imperativos del instinto sexual.

b) En el caso de que no se dé cumplimiento a esta función, el sujeto está condenado a diversas perturbaciones nerviosas y de otro carácter.

c) La continencia no fortalece, como algunos suponen, el carácter y la voluntad, ni aumenta la potencia intelectual.

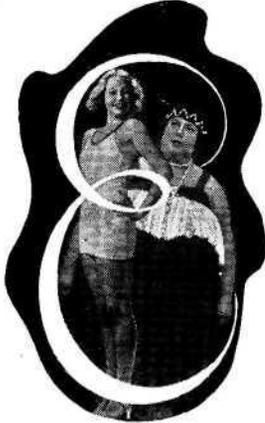
d) Aquellos que renuncian a realizar el acto sexual, pueden mantener su propósito sólo de modo irregular y excepcional.

e) No existe medio alguno que permita, a un sujeto normalmente constituido y en pleno goce de sus facultades, dominar por completo sus necesidades eróticas. La vida del claustro, los ejercicios físicos o las labores intelectua-

Dr. Leonardo
C. Perrusi

Desarrollo, crecimiento, inteligencia

Todo depende del buen funcionamiento de las glándulas de secreción interna, que regularizan también la belleza de las formas.



N el artículo anterior habíamos aclarado el concepto que debe tenerse de lo que constituye una glándula de secreción interna. Y también, después de enumerarlas sucintamente, las dividimos según su ubicación en el cuerpo humano. Así teníamos glándulas de la cabeza, glándulas del cuello y glándulas del tronco.

Detallamos también su modo de funcionar y habíamos visto cómo esos pequeños órganos

celulares que eran las glándulas, fabricaban cada una un especialísimo producto. Este producto pasaba a la sangre, cuyas arterias iban a buscarlo hasta la más profunda intimidad de los tejidos secretores, y luego con esa misma sangre llegaba a todas las partes del organismo, influenciándolas de modo diverso. Las glándulas de secreción interna son, pues, órganos que fabrican especiales productos, los cuales, vertidos a la sangre, provocan en otros órganos reacciones y alteraciones de carácter particular en sus funciones.

Pues bien; vamos a enumerar ahora cada una de las glándulas de secreción interna, explicando su situación topográfica dentro del cuerpo, sus características de forma y la especial acción funcional de sus productos de secreción.

les, aunque atenúan el deseo genésico, no lo vencen ni lo hacen desaparecer totalmente; y

f) Las condiciones étnicas y psicológicas son factores del hambre sexual, que difícilmente se pueden contrarrestar.

Las razones anteriormente expuestas deben ser extendidas a todos los hombres. Nuestros reclusos penales, como es perfectamente natural, no hacen excepción a la regla, puesto que el solo motivo de convertirse en delinquentes no les hace perder sus características humanas. Muy por el contrario: son ellos, justamente, los que deben sujetar sus vidas a los dictados de la Naturaleza de la manera más estricta posible.

Generalmente, cuando se defiende la necesidad de la función sexual, nuestros detractores nos creen defensores de todos los excesos. Caen, indudablemente, en un craso error. Lo único que se desea es el cumplimiento de las leyes naturales.

La epífisis o glándula pineal.—La epífisis es una pequeñísima glándula del tamaño de un garbanzo situada entre ambos hemisferios cerebrales. Asienta sobre los órganos interhemisféricos y mira hacia atrás, hacia la nuca. Como hemos dicho, es pequeñísima y, sin embargo, las funciones que influyen el especial producto que segrega son importantísimas. Estas secreciones de la epífisis ejercen una acción de freno sobre el desarrollo sexual. Predomina hasta los doce o trece años, en que su acción se debilita y entonces el desarrollo sexual de los jóvenes se puede realizar completamente. Cuando una enfermedad, un tumor, una afección diversa destruye esta glándula en un niño todavía demasiado joven como para tener desarrollo de su sexualismo, éste se produce inmediato y prematuramente. Se exagera el volumen de los órganos correspondientes y entran a funcionar como en un adulto, no obstante tratarse de niños de pocos años. Es de notar que las manifestaciones de desarrollo sexual que se producen en esos casos no son sólo de forma, aumento de los órganos y capacidad de funcionar, sino también psicológicas. El niño se siente poderosamente atraído por el sexo contrario, provocando la sorpresa consiguiente entre sus familiares.

Al mismo tiempo se produce en esos niños un extraordinario desarrollo físico, gran estatura, corpulencia, recia musculatura y casi siempre adiposidad.

El caso que mencionamos es el de una alteración grave de la glándula epifisaria o pineal. Al lado de estos casos de total destrucción glandular, existen otros más leves en que esos mismos síntomas aparecen más atenuados.

Las secreciones de la glándula epifisaria o pineal detienen el desarrollo sexual y musculoso-grasoso hasta la pubertad. Cuando su acción se debilita antes de ese tiempo se produce una maduración general y sexual que es precoz, pues no aguarda a la pubertad para manifestarse, como dejamos dicho. En cambio, cuando la acción de la epífisis se mantiene enérgica aun después de los años de la pubertad, ésta se retarda, la maduración sexual no se efectúa normalmente, los órganos continúan pequeños y las funciones genitales, débiles. El niño tampoco adquiere corpulencia, ni desarrolla su esqueleto y sus músculos como los normales.

Estas breves líneas servirán para que los lectores aprecien la singularísima importancia de esta glándula tan pequeña y sin embargo tan fundamental.

La hipófisis.—La glándula hipofisaria, llamada también pituitaria, está situada en la base del cerebro y mira hacia adelante, hacia la cara.

Tiene la forma de una alubia y está unida al sistema nervioso por un péndulo del cual pende.

Sus funciones, es decir, la acción que las secreciones internas de la hipófisis ejercen sobre todo el organismo son importantísimas.



Dos casos contrarios de funcionamiento de la hipófisis, escaso en uno, enérgico y excesivo en otro.

Cuando la hipófisis es destruida totalmente en un animal o en una persona, por tumores, infecciones o lesiones diversas, el organismo se va hundiendo rápidamente, entrando en una caquexia total y la muerte sobreviene a breve plazo. Se atrofian los músculos, desaparece la grasa, la fuerza se pierde y los enfermos entran en un marasmo en el cual terminan. ¡Y sólo se ha destruido una pequeña glandulita del tamaño de una alubia!

Puede suceder que las enfermedades de la hipófisis no la destruyan completamente, sino que simplemente la debiliten, haciendo que sus secreciones sean más escasas o de acción menos enérgica.

En estos casos los sujetos presentan un aumento de peso, debido a la grasa que los invade por doquier; el crecimiento se detiene; los órganos genitales se debilitan en sus funciones y se atrofian; el carácter se feminiza y se hace pueril y hasta infantil y la inteligencia retrocede gravemente.

Todos estos síntomas se aprecian en mayor o menor grado de acuerdo también a la insuficiencia mayor o menor en que la glándula quede funcionando después de la enfermedad. Muchos niños presentan insuficiencias de las secreciones de la hipófisis por debilitamientos constitucionales o hereditarios de esa glándula.

En la mujer esas insuficiencias hipofisarias repercuten gravemente sobre las funciones ováricas,

retrasándolas y aun haciéndolas desaparecer.

Y veamos ahora qué sucede cuando la hipófisis, en lugar de funcionar débilmente, lo hace con gran energía.

En estos casos se produce un desarrollo extraordinario del esqueleto. Los huesos se hacen más pesados, de mayor volumen y grasa. La mandíbula se hace recia y grande. La nariz se agranda. Se agrandan las manos y los pies en forma llamativa. La lengua se hace ancha, gruesa y larga. La inteligencia puede permanecer normal, pero en general se embota y los pacientes se hacen torpes.

La tiroides.—Y ahora veamos cómo funciona la tiroides.

Esta glándula está situada en el cuello. Apoyada contra la laringe, toma nombre del cartilago tiroides de la misma, sobre el cual descansa. Tiene esta glándula una forma rara. Son dos lóbulos aplastados de 5 a 7 centímetros de largo y 3 ó 4 de ancho, y ambos están unidos por un istmo de sustancia glandular, que pasa delante de las primeras anillas de la tráquea, encima de la horquilla del esternón.

La tiroides es uno de los órganos más irrigados del cuerpo. La sangre llega profusamente y



Una familia de obesos. La obesidad en estos casos obedece a perturbaciones de glándulas, como la hipófisis, la tiroides y otras, cuyo desequilibrio está señalado a través de generaciones enteras.



Vista de frente y perfil de un enfermo afecto de idiocia por deficiencia principalmente de la glándula tiroidea, llamada también glándula de la inteligencia. Las facultades intelectuales de estos pobres seres están reducidas a su mínima expresión, y ofrecen en este sentido el aspecto de criaturas de corta edad, aun cuando se trate de jóvenes o adultos.

arrastra el especial producto que caracteriza su secreción interna, que es la «tiroxina».

Veamos qué sucede cuando la tiroidea funciona débilmente y qué pasa cuando lo hace con exceso.

Esta glándula es un estimulador o acelerador de todas las funciones. Cuando trabaja perezosamente todo se realiza con lentitud. Lento el funcionamiento cardíaco, lento el funcionamiento de los riñones, lenta la función de los músculos, lento el desarrollo del esqueleto y del aparato sexual y lento también el funcionamiento cerebral. Las ideas no se articulan velozmente, los juicios son tardíos, las respuestas llegan atrasadas y sin brillantez.

El sujeto acumula reservas, por lo mismo que todo se realiza lentamente y sin gran desgaste de energías, y se hace obeso, reposado y torpe. Son llamados hipotiroideos, que quiere decir función tiroidea disminuída.

En cambio, cuando la tiroidea funciona enérgicamente, es decir, cuando la sangre del sujeto es rica del producto de esa glándula, la «tiroxina», las funciones se alteran en una forma totalmente y diametral a caso anterior.

Contrariamente a lo que sucede cuando existe insuficiencia tiroidea, en esos casos en que la glándula produce hormonas con exceso, todas las funciones del organismo son asiento de una gran aceleración.

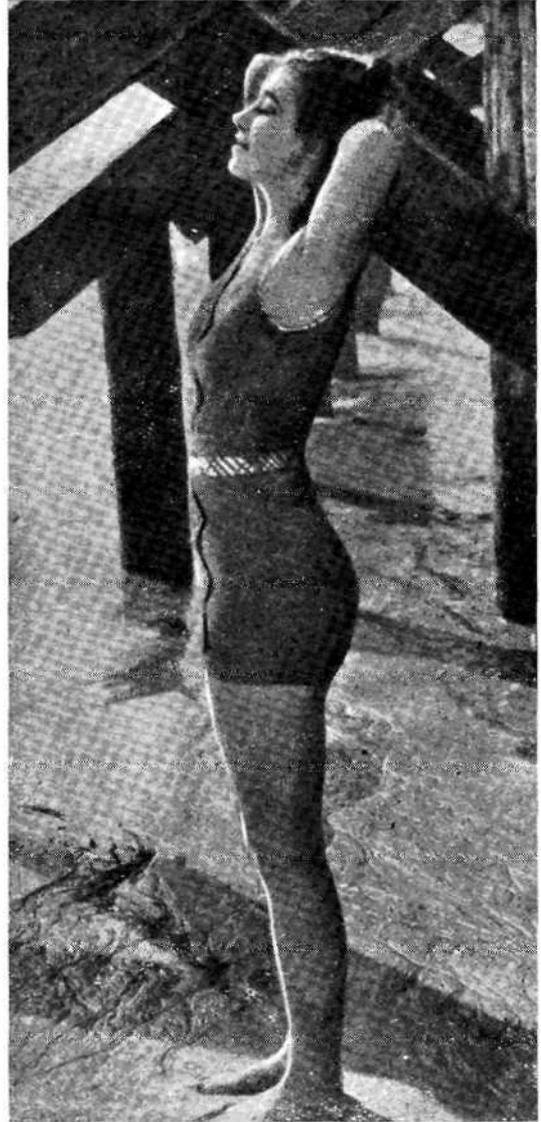
Se estimula el aparato circulatorio, aumentando el

número de latidos. Se excitan los riñones, aumentando la cantidad de las orinas. El esqueleto exagera su longitud a costa de sus espesores, por lo cual los huesos se hacen largos, gráciles y livianos. La musculatura es de tipo rápido, es decir, sin gran volumen, pero de funciones rapidísimas, por lo cual sus contracciones son veloces y precisas. La secreción cutánea se exagera. El sistema nervioso funciona velozmente y la inteligencia es brillante, vivaz, apasionada y con franca propensión a la imaginación artística.

Estamos mencionando el ejemplo de un sujeto con función tiroidea enérgica, pero sin llegar ésta a desequilibrarse demasiado. Cuando ésta



El equilibrio glandular se comprueba por el peso normal y por la belleza armónica de las formas.



El equilibrio en las proporciones de los distintos segmentos del cuerpo humano, condición de la belleza, puesta muy en evidencia por los antiguos escultores helénicos está en íntima relación con el modo particular de funcionamiento de las pequeñas pero importantes glándulas de secreción interna. La longitud o grosor de un miembro dependen en gran parte de la hipofisis.

La guerra mundial se aproxima



LOS dictadores de Italia y Alemania (Nerones de esta época) han puesto la paz mundial en peligro de tal modo, que sólo puede evitarse actuando rápidamente todas las naciones democráticas. La insensatez y crueldad de nuestro enemigo interno llega a tal grado, que al verse derrotado pretende vender España a los dictadores porque él no puede ya tenerla por más tiempo esclavizada. La Sociedad de Naciones, después de consentir

el atropello de Abisinia y ahora el de España, queda ya calificada ante la Historia.

Si además no hace respetar los convenios internacionales, su fracaso es ruidoso, de no reaccionar rápidamente y enmendar sus yerros.

Aparte de su actuación, nuestro Gobierno legítimo por un lado y los Sindicatos por otro, deben dirigirse en seguida a sus similares de las naciones democráticas (por lo menos) para que, nombrando un representante cada uno, se reúnan en Congreso internacional para tratar: 1.º, de la guerra de España, en la que se nos ha de dejar solos con nuestro enemigo interno, obligando a que se respeten las normas internacionales que en todas guerras se han respetado menos en ésta; y 2.º, para hacer una nueva Paz de Westfalia. En la última, de hace siglos después de la guerra de los Treinta Años, se consiguió para toda la humanidad el derecho a pensar y creer libremente, lo que ahora quieren suprimir estos dictadores, con lo que la humanidad re-

trocedería veinte siglos. En la nueva Paz Internacional se conseguiría la libertad económica, única útil y eficiente, con derecho para todos a vivir y, por lo tanto, a comer. Este problema económico tan tergiversado, es de fácil solución con una lógica administración de matemáticas caseras.

Aunque Malthus dijo que la reproducción es mayor que la producción, hoy no existe tal problema, puesto que el planeta produce para mantener a toda la humanidad actual y dos más si hubiera.

El desbarajuste actual es sólo resultado de la administración tan inmoral del actual burgués, que consiente tirar al mar o dejar pudrir el exceso de producción para sostener sus monopolios que hacen perder la libertad económica a la humanidad toda y hasta al mismo monopolizador. Nuestro planeta está en su apogeo para poder plasmar una vida humana dando satisfacción a todas sus necesidades, con mayor perfección para todos, que la que hoy disfrutan los más grandes burgueses.

En el Congreso Internacional se probaría por unanimidad la necesidad de otra administración, y hasta los burgueses conscientes habrían de persuadirse que su actual administración es irracional y perjudicial hasta para ellos mismos. Sobre esto se ha escrito poco y convendría salir en seguida a la palestra todos los sabios actuales (tan encastillados en sus torres de marfil) a defender a la humanidad que está en peligro. Sociólogos y biólogos especialmente han de probar que la sociedad a que aspiramos es más humana, más moral, conviene a todos y es realizable inmediatamente.

Todos los retrocesos que la humanidad ha sufrido han tenido como única causa la incompreensión de este tosco problema que nos tiene atacados. Ya es hora de que la humanidad lo resuelva para que pueda evolucionar el intelecto humano en horizontes más altos.

se exagera más allá de lo tolerable sobrevienen las enfermedades típicas de la glándula, de las cuales la más conocida es la de Basedow, en que sobrevienen gran adelgazamiento, temblor, proyección hacia adelante de los globos oculares, aceleración del corazón, insomnio, sudores profusos, etc.

La glándula tiroidea no sólo interviene en la aceleración o estimulación de todas las funciones del organismo, sino también particularmente en el desarrollo general. Se ha experimentado con muchos animales y se ha comprobado con dos cachorros, por ejemplo, que si se le saca la tiroidea a uno de ellos y se le respeta al otro, mientras el uno crece y se desarrolla, el operado se detiene en estatura y conserva proporciones reducidas.

Además, la tiroidea preside la belleza y armonía de las líneas generales del cuerpo. Estiliza las formas y perfecciona los detalles. La mujer cuya tiroidea funciona perfectamente es aquella de elegantes líneas, de ojos profundos y grandes, de arqueadas y largas pestañas, cabellera abundante y hermosa, manos alargadas, sutiles, cuyos bellos dedos terminan en uñas ovaladas y amplias.

En artículos posteriores detallaremos otros aspectos que evidencian la importante participación que la tiroidea tiene en la determinación de las variaciones de las formas y de las funciones que caracterizan la constitución de cada sujeto.

Dr. F. Martí Ibáñez

Director general de Sanidad y
Asistencia Social de Cataluña
Subsecretario de Sanidad de
la República

Sanidad, Asistencia social y Eugenesia en la Revolu- ción social española



CREO de interés para mis fraternales compañeros, lectores de ESTUDIOS, ofrecerles una breve reseña de lo que en Sanidad, Asistencia social y Eugenesia hemos realizado en Cataluña en los meses que lleva la C. N. T. en el Consejo de Gobierno, bajo las orientaciones de mi admirado camarada Dionysios, que tan espléndidamente inició estas tareas, y Pedro Herrera, que tan entusiásticamente las continúa.

Ofrendo este artículo a la ministro de Sanidad de la República, Federica Montseny, nuestra infatigable compañera y luchadora, mujer nueva, romántica Walkiria de la Revolución, de cuya inteligente y entusiasta actuación surgirá una Sanidad y Asistencia social henchidas de humanismo y sentido revolucionario.

La Revolución ibérica ha significado aparte de la subversión de las antiguas estructuraciones sociales, una renovación de los valores espirituales de nuestro país y la creación de un subsuelo histórico esponjoso de humanismo, sobre el cual florecen nuevas y felices iniciativas. Y con la manera del arado fuertemente empuñada, los hombres de la Revolución estamos dispuestos a llegar hasta los confines del campo donde se desarrolla nuestra actuación, esparciendo a voleo la semilla de una nueva ordenación social.

Así es como la Sanidad y la Asistencia social han emprendido en Cataluña la orientación revolucionaria que marcaban las exigencias históricas del momento y la satisfacción de las eternas necesidades en el orden higiénico de la clase trabajadora. La Sanidad y la Asistencia social fueron en tiempos pretéritos y en bastantes casos una ficción humanista, demasiado ligada a la beneficencia particular para que pudiesen desarrollarse como un instrumento al servicio del mejoramiento nacional. Porque aquella beneficencia se hallaba tan hueca de contenido social como grávida de vanidades individuales, por lo cual toda la antigua Asistencia social resultaba tan sólo una gota de agua turbia de humillaciones y favoritismos. La Sanidad llegó a nuestras manos —las manos henchidas de afán creador de los hombres de la Revolución— convertida en

un simple perfil, vacío de realizaciones, y nuestra primera preocupación fué henchir ese contorno de un profuso contenido programático.

En conjunto recogimos una triste herencia de ruinas sanitarias y una arquitectura asistencial tambaleante, a pesar de los esfuerzos y la buena voluntad de algunos de nuestros predecesores en esta tarea, que habían fracasado, por representar la crisis actual de la Sanidad el eslabón presente de una larga cadena histórica en la cual la Medicina ha atravesado una serie de ciclos desde los tiempos mágicomísticos de la Medicina oriental, comenzando su decadencia en la Medicina teocrática de la Edad Media, para venir a caer finalmente en el momento actual y ello debido a una serie de causas que debemos destacar brevemente.

Ante todo, la Medicina se hallaba en crisis por haber desaparecido la libre y espontánea iniciativa del médico, que la había convertido en los tiempos renacentistas en un ser dotado de una recia personalidad histórica. Mediatizada la espontaneidad creadora del médico por la influencia abrumadora del laboratorio y la técnica —lo que un notable investigador ha denominado «el pensamiento microquímico y electrológico», el médico se había convertido muchas veces en un profesional mecanizado, bajo cuya escafandra científica latía un corazón ansioso siempre de ayudar al desvalido, pero que no podía traducir sus anhelos en realizaciones por vedársele a veces su propia preocupación y aun penuria económica.

Por otra parte, las ansias de lucro del capitalismo habían fomentado la creación de una serie de empresas particularistas que hacían de la Sanidad un instrumento al servicio de sus propios intereses, todo lo cual contribuía a fomentar lo que Lazarte ha llamado la «proletarización del médico», es decir su conversión en un asalariado desprovisto de toda libertad profesional.

Nuestra acción sanitaria partió de la base que representaba lo que el impulso popular había edificado en las primeras jornadas revolucionarias; es decir, aquel sembrado de hospitales de sangre, dispensarios y clínicas de urgencia que habían florecido en las horas trágicas del 19 de julio; cuando, sobre todo las mujeres, se dedicaron a realizar una aportación a la causa revolucionaria, estructurando en un romántico anhelo de creación, una serie de instituciones que, a la vez que representaban la salvaguardia de los proletarios heridos, cristalizaban el deseo del pueblo tanto tiempo reprimido, de tener centros sanitarios creados por él y para él.

Después de aquella fase que simbolizaba esa

pasión creadora que ha caracterizado los grandes momentos históricos del proletariado, se impuso la tarea constructiva, que debía convertir la impulsividad un tanto caótica del comienzo, en la labor ordenada y orientada hacia una finalidad concreta.

La Sanidad debía asentarse en Cataluña, en primer término, sobre el fondo humanista de satisfacer las necesidades de la salud proletaria; en segundo lugar, sobre una nueva ordenación económico-social de la misma. Porque siendo la Sanidad una función social económicamente improductiva, debe nutrirse de los sectores productivos y, además, fundamentarse en el principio de que la única base potente para la Sanidad es la descentralización de la misma y la municipalización o adaptación del médico a la comarca o localidad en que trabaja, así como la adaptación de la organización sanitaria a las necesidades y recursos específicos de cada localidad.

Por otra parte, era absolutamente preciso establecer una conexión entre todo el personal sanitario, que englobase a cuantos laboran bajo el pabellón de la Sanidad, en una amplia red de profesionales. Y esa fué la misión del Sindicato de Sanidad en nuestro país, gracias al cual desvanecidos los receios espirituales de antaño, iban a lanzarse juntos los trabajadores de la Sanidad a la gran empresa de labrar el campo árido de la misma. Paralelamente a este propósito arraigó la decisión de incorporar al nuevo ritmo revolucionario de la Sanidad, a todas aquellas zonas geográficas hasta hoy desconectadas del movimiento sanitario en las capitales. Nos referimos a la comarca, que en Cataluña posee características geográficas y económicas bien delimitadas y que, además, por representar el acúmulo de raudales médicos de energía creadora y fresca vitalidad, podían renovar cuanto de arcaico había en la vieja Sanidad.

El decreto de reestructuración de los organismos informativos y asesores de la Sanidad y Asistencia Social en Cataluña representa la importación de la voz sonora de las comarcas a los atrios de la arquitectura sanitaria. Así, al constituir Consejos locales y comarcales, de estructura netamente proletaria y aptos para resolver los problemas sanitarios y de Asistencia Social, soleábamos la vieja legislación y abríamos puerta libre al paso recio de las comarcas, huesos de bronce de la anatomía catalana.

Conexión sindical de todos los sanitarios, organización sobre una base comarcal de la Sanidad y adaptación de la misma a las posibilidades de cada localidad o comarca, integran este primer paso dado hacia la socialización de la Medicina.

Nuestra intención fué y es que cada pedazo comarcal de Cataluña posea una amplia autonomía para organizar su Sanidad y Asistencia Social, dentro de las limitaciones de color y contorno de ambas, para que no desentonen dichas piezas en el gran mosaico regional.

El nuevo mapa sanitario de Cataluña demuestra gráficamente las fantásticas posibilidades de esta nueva orientación de la Sanidad. La creación de Hospitales intercomarcales que puedan abarcar un radio de cien kilómetros, liga a las comarcas que en aquél se incluyan y establece la cooperación económica de las mismas, en beneficio del Hospital, que recoge la afluencia

de enfermos de las comarcas incluídas en un radio sanitario. Independientemente de los grandes centros sanitarios de la capital y de los Hospitales comarcales, cada zona sanitaria de nuestra región se forjará su propia Sanidad, gracias a la cual podremos borrar la estampa dramática del médico rural cabalgando en la noche bajo cortinajes de lluvia a llevar unos recursos al moribundo, que llegaban tarde muchas veces. Nuestro afán es llevar todas las innovaciones de la Medicina al puebluco serrano más recóndito o al más diminuto pueblecito costero, para lo cual ya están en preparación en Cataluña los equipos volantes de Sanidad, autocars perfectamente instalados con quirófano, aparatos portátiles de Radiología, Electricidad médica y laboratorio, que marcharán por toda la región, a fin de que no reste un palmo de terreno sin asistencia médica.

Al propio tiempo, nuestra óptica revolucionaria atalayaba el problema de la Asistencia desde un ángulo nuevo: Quienes precisan de la Asistencia social —sea el niño enfermo, el inválido, el vagabundo, el delincuente, el anormal o la mercenaria de amor— son, en último término, más que enfermos, desadaptados vitales, inadaptados al ambiente, que huyen de su fracaso en la vida refugiándose en esa protesta subconsciente que representa la enfermedad, la delincuencia o las múltiples variantes de conducta del fracasado. Con lo cual, aquel principio que von Uexküll ha llevado a la Biología moderna; Stefan Zweig, a la Biografía, y Van Loon, a la Historia —referente a la interdependencia y mutua penetración de los dos ingredientes biológicos, de cuya interacción brota la vida, o sea el ser y el medioambiente que lo rodea—, lo hemos llevado a la Asistencia social.

Estudiar tan sólo al factor humano, sin preocuparse de su escenario vital, es mutilar el problema. E interesa medir ambos factores cuando se trata de enfocar una cuestión histórica, social o biológica.

En el caso de la Asistencia social, el capitalismo valoró —y defectuosamente— tan sólo al individuo necesitado y los factores patógenos (infección, tóxicos, etc.) que sobre él podían actuar, descuidando deliberadamente el ambiente social dañoso que era la auténtica causa, ya que haberlo considerado equivalía a declarar públicamente el fracaso del capitalismo.

La Revolución ha subvertido tal orden de cosas y al convertir la Asistencia en solidaridad, en Socialterapia, ha facultado al individuo objeto de la asistencia, para que en vez de ingresar en reformatorios o en asilos sobre cuya puerta podría haber figurado la inscripción pavorosa que Dante contempló sobre las puertas del infierno, fuese a hogares, a centros de reeducación en donde se le tratara con cariño y afecto y se le permitiese readaptarse al mundo. Convirtiendo así la Socialterapia —o sea la nueva Asistencia Social— en una resocialización del hombre desadaptado, atendiendo a un tiempo al necesitado y a su escenario social.

La Socialterapia, en función de tales factores, se propone reedificar la personalidad del hombre doliente, anormal o necesitado, investigando las energías disponibles que conserva y las causas de su situación actual. La Socialterapia, tal y como la instauraremos en Cataluña, será una organización médicosocial, extensiva en una

pauta unificada a todos nuestros establecimientos. En cada uno de ellos se verificara un examen médicopsicológico y sociológico del asilado y las causas de su fracaso vital: su historia personal y familiar, sus relaciones con el ambiente social, su desarrollo psicofísico, su capacidad de trabajo, el pronóstico social para el porvenir y su resocialización, mediante recursos médico-psicoterápicos y sociológicos.

En esta serie de etapas, que se verificarán dentro de los establecimientos de Socialterapia por el médico, el pedagogo y el sociólogo, se elaborará la ficha biotipológica y sociológica del individuo analizado, su estudio caracterológico y el de los factores subjetivos y objetivos que han influido sobre su personalidad, a fin de deducir su actitud ante la situación en que se encuentra y sus posibilidades de dominarla; actuando después socialterápicamente sobre él mediante influencias individuales (físicas, intelectuales y espirituales) y ambientales (recursos económico-sociales, selección de un trabajo adecuado).

Esta psicoterapia social, despertando en cada sujeto las energías paralizadas por su fracaso, las transformaría en fuerzas creadoras, volviendo a conectarle con la sociedad.

El fortalecimiento de las energías sociales (mediante aumento y selección de sus posibilidades de trabajo y mejoramiento del ambiente), espirituales (facilitando el acceso a una vida cultural y despertando el sentir de la comunidad fraternal con otros hombres) y psíquicas («apoyando y fortaleciendo el sentimiento de la propia estimación»), conduciría a combatir las enfermedades desde ángulos terapéuticos nuevos, a readaptar los fracasados y fortalecer el «yo» de cada individuo ante la mirada fiscal de ese «tribunal del espíritu», que, según Ibsen, llevamos todos en nuestro interior.

Y esta orientación se extiende ya a toda nuestra obra.

Nuestros establecimientos para niños han reemplazado el régimen carcelario de antaño por la vida libre en régimen abierto, con lo cual el sol que irrumpa a raudales en los establecimientos simboliza también la luz que penetra en las viejas normas. El niño ya no consume su forzado ocio en una inactividad perturbadora y determinante de esos complejos de inferioridad de los asilados que después llevaban toda su vida como un estigma, sino que asimila una cultura y un nuevo concepto de la vida y los deberes que ella nos marca. El anciano ya no es en los asilos un recluso que camina a marchas forzadas hacia la demencia senil, sino que al respirar esa atmósfera cultural que para él hemos creado en nuestras instituciones especializadas en asistir los viejos, afirma su equilibrio mental y se pone a salvo de las temibles e inexorables alteraciones que en él determinaba el antiguo vivir entre las cuatro paredes mohosas de humedad y esmaltadas de nostálgicas añoranzas.

En conjunto, la Asistencia social se convierte a marchas agigantadas en una obra de solidaridad y Socialterapia, obra que comenzamos nosotros y que no nos importa quién la termine, porque en estos instantes revolucionarios la tarea como el sacrificio han de ser impersonales. Y a la vieja historia de caudillos, historia romántica de individuos heroicos, hay que sustituir por la nueva historia, la del romanticismo maravilloso de quienes actúan y laboran en la

sombra fecunda del anónimo colectivo. Y paralelamente a esta labor, hemos acometido la reforma eugénica.

Cataluña ha abordado brillantemente la reforma eugénica, que significa aun en la actualidad una de las más espinosas cuestiones sanitarias. Y es que la eugenesia —el malogrado Sanchis Banús así lo reconocía— no ha podido nunca ser abordada con serenidad. Por ser una encrucijada en la cual convergen una serie de ciencias, artes e inquietudes humanas y en donde desembocan mil sendas sociológicas, fué el problema eugénico eternamente palestra de combate a la cual descendían los hombres a batallar, y no a discutir friamente el asunto con la misma serenidad con que diseña el entomólogo la mariposa.

Pero la Revolución marca el final de las viejas timideces y el comienzo de una nueva era, en la cual van a plasmarse en realidades los anhelos de antaño.

Resultaba difícil enfocar la reforma eugénica, por la vaguedad de contornos de la misma que dificultaba todo intento de realización en dicho orden de cosas. Y análogamente a como Stendhal en su inmortal *Tratado del amor*, decía que no pudiendo dibujar una representación gráfica del mismo, era preciso queuviésemos el sentimiento del amor para llegar a comprenderlo, así también, para abordar la reforma eugénica, precisaba que previo un recuento mental de los mil problemas que la cuestión sexual nos planteaba, nos decidiésemos a delimitar el contorno de las soluciones eugénicas a los mismos, para, lanzándonos sobre ellas, arrancar el pedazo palpitante de una nueva orientación social a tal respecto. Y hemos emprendido la tarea con la misma alegría del artista que, habiendo incubado largos años una inspiración pictórica sin poder jamás llegar a plasmarla, se viese al fin provisto de pinceles y color, ante un lienzo sobre el cual pintar sus plásticas fantasías.

El primer problema planteado al enfocar la reforma eugénica fué el de la mujer y el niño, eje central de dicha labor.

De las ruinas sanitarias que nos había legado la sociedad capitalista anterior al 19 de julio, ningunas humeaban tanta injusticia como las que se referían a la mujer trabajadora y al niño proletario. Eran por una parte, aquella legión de infantes que existían en hospicios y asilos, controlados por elementos religiosos, en cuyos ojos brillaba una lucecita pálida de tristeza, niños que reflejaban en los estigmas de su cuerpo y en el complejo de inferioridad de su espíritu, tanto la ignorancia eugénica de sus padres como el egoísmo de una sociedad que fomentaba dicha ignorancia. Uno de los nudos del problema era la mortandad espantosa y el aterrador porcentaje de enfermedades desarrolladas en el sexo femenino, a causa, por una parte, de trabajos inadecuados y antihigiénicos, y de otra, por la nula preocupación eugénica de los gobernantes. Las estadísticas de Hirsch en Alemania y Aznar en España, lo demostraban con la hecada pero elocuente expresividad de los guarismos. Así lo reconocieron, en las primeras jornadas eugénicas españolas, los maestros de la Biología y las Ciencias sexuales. Todo lo cual nos indujo a otear el problema de la maternidad con una óptica nueva. Ante todo se imponía el «birth-control» o control de la natalidad, y paralelamente al mismo urgía rectificar de un

solo golpe de timón la ruta de la maternidad en Cataluña. Solamente la maternidad física se había atendido —y ello de modo deficiente y siempre bajo la mediatización confesional—, descuidándose en absoluto esas dos expansiones ex-céntricas de la maternidad física que son la maternidad *espiritual* y la *social*. Ambas de gran importancia, puesto que si la maternidad física es generalmente accidental y ostenta un simple matiz zoológico, las otras dos maternidades representan el cultivo material y espiritual del hijo, para que éste pueda florecer en su plenitud y engranarse a la sociedad, en mutuo intercambio de beneficios de toda índole.

La antigua asistencia en las maternidades se ocupaba solamente de la maternidad física y dejaba desamparada a la madre después del alumbramiento, con la pavorosa interrogante del hijo a quien era forzoso atender sin tener recursos para realizarlo. El nuevo orden revolucionario debía tender un puente de humanidad sobre este peligroso abismo abierto ante los pies de las mujeres proletarias. Nuestra reforma inició sus tareas en el círculo de la maternidad física. Y no solamente nos contentamos con verificar una transformación en los equipos sanitarios, en el material y locales a utilizar, sino también cortando los atentados a la libertad de conciencia de la embarazada e instaurando la primera *escuela de maternidad consciente*, que, gracias al esfuerzo abnegado de compañeros de trabajo, funciona ya en nuestra Maternidad de las Cortes, y en la cual la vieja costumbre griega de rodear a la embarazada de bellas formas plásticas, armonías, luces, color y sutiles poemas —a fin de que el nuevo ser viniese precedido por una dulce y espiritual preparación de la madre—, reverdecía con un ropaje social y eugénico moderno. Dichas escuelas transforman la vieja casona repleta de resonancias medievales que era la antigua Maternidad —la «casa de parir»— en una institución abierta a todos los vendavales de cultura, soleada de humanismo y en donde la embarazada recibe una serie de conocimientos que le serán de vital utilidad para su futura vida sexual y para el cuidado de su hijo.

El aspecto social de la maternidad ha resultado atendido, no ya procurando que durante el embarazo perciba la embarazada el subsidio extraordinario preciso para cuantas necesidades tenga, sino además estableciendo aquella estrecha conexión entre los organismos de trabajo y las casas de maternidad que permita evitar aquel drama angustioso de la madre que al salir de dicha institución se encontraba ante la vida con el hijo y sin trabajo.

La asistencia maternal descrita viene completada con la campaña de propaganda eugénica que soplando sobre los cielos sociales de nuestro país borrarán de los mismos las nubes de prejuicios que hasta hoy velaron la cuestión sexual. La propaganda eugénica intensiva que en forma de pasquines murales, conferencias radiadas, cursillos populares, edición de folletos, películas educativas y grandes jornadas eugénicas en las cuales se movilizará un día al mes la atención del país sobre este problema, constituirá un subsuelo espiritual regado por la nueva cultura, en el cual podrán florecer toda clase de reformas eugénicas. «Solamente puede arraigar un árbol cuando la tierra está preparada para recibirlo —dijo Gautama el Buda, centinela de eternidades, piloto

de abismos espirituales— e igual sucede con las doctrinas filosóficas.» En el caso de la Eugenesia, de nada serviría nuestro afán innovador si no se depositase la semilla de nuestras iniciativas en un pueblo que las acogiese con simpatía y cariño. Y la propaganda eugénica, que ya va difundiendo la buena nueva de nuestras reformas por el país, creará esa atmósfera adecuada para que en ella luzca la llama de una nueva espiritualidad sexual.

Reformar la Maternidad y crear —como proyectamos— centros e instituciones dedicadas al «birth-control», a la información popular de los recursos anticoncepcionales, a que en vez de la reducida instrucción seudopornográfica y clandestina del folleto anónimo, pueda tener la masa obrera instituciones científicamente dotadas, a las cuales acudir en demanda de cuantos datos precisen, no sería suficiente a no haberse comenzado ya una reforma básica, complementaria de la de la maternidad, como lo es la del aborto.

Un decreto recientemente aprobado autoriza la práctica libre del aborto a las mujeres que lo soliciten en las instituciones sanitarias dispuestas al efecto, terminando así con los desaprensivos traficantes que comerciaban subrepticamente con el mismo.

Destaquemos dos perfiles fundamentales de esta reforma: Por una parte, extraemos del turbio dominio de clandestinidad en que hasta hoy existieron con grave riesgo para la madre, las maniobras abortivas; y en segundo lugar, instauramos la práctica científica, controlada y exenta de peligros de la interrupción del embarazo, en centros sanitarios anexos a los grandes hospitales y clínicas de la Generalidad en toda Cataluña.

En segundo término, el aborto podrá verificarse no solamente por causas terapéuticas o eugénicas, sino también con la finalidad de limitar voluntariamente la natalidad y evitar el nacimiento de un hijo cuando poderosas razones sentimentales así lo exijan.

Mientras que Suiza, Checoslovaquia y aun la misma U. R. S. S. establecen limitaciones para la práctica del aborto, Cataluña, que de un solo golpe de timón va a enfilar su proa hacia los mares de la libertad eugénica, implanta un servicio popular de interrupción artificial del embarazo, sin más tope que el de sobrepasar el embarazo los tres meses, o bien existir graves alteraciones psíquicas o corporales de la madre que contraindiquen el aborto.

Hemos instituido una ficha previa médico-psicológica de la madre que nos permitirá en pocos meses realizar un estudio y una estadística de las motivaciones psicológicas y los factores semánticos que intervienen en la práctica del aborto. Con ello, además, la maternidad —eliminados los casos en que era indeseable para la madre— alcanzará aquellas irradiaciones sociales y aquel matiz de espiritualidad de que careció hasta la fecha. El proletariado recibe con la libre práctica del aborto un instrumento eugénico de vital importancia para que la maternidad sea en lo futuro finalidad y no accidente y vaya aureolado de un sentido de responsabilidad que le fué ajeno hasta la fecha.

La reforma eugénica del aborto, unida a la campaña de educación sexual que vamos a emprender y a la institución de centros sanita-

rios dedicados a la difusión y enseñanza de los recursos anticoncepcionales, nos permitirá disminuir el número de abortos que anualmente tenían lugar en Cataluña, evitar las trágicas muertes motivadas por las maniobras abortivas curanderiles, suprimir el tráfico vengozoso con la vida sexual femenina en este aspecto y mejorar así cuanto a la maternidad se refiere, consiguiendo con una libertad eugénica absoluta lo que nunca pudieron realizar las brutales represiones que la ley ejerció antaño sobre esta práctica.

La autorización para verificar el aborto representa, pues, una vigorosa afirmación de la maternidad en cuanto representa de responsabilidad para la mujer. En adelante, en cuanto a su vida sexual se refiere, la mujer quedará liberada de la tiranía egoísta masculina y tendrá unos derechos —de los cuales destaca el derecho a disponer de sí misma y a decidir sobre su maternidad— que comprará a costa del precio de unos deberes hasta hoy olvidados.

Nuestra reforma eugénica atiende a la madre y complementa la asistencia atendiendo al niño, aspecto que no puede ocuparnos en este artículo. Pero también nos hemos preocupado de problemas que afectan un área social más lejana como lo es el de la prostitución.

Durante mucho tiempo en España se ha venido hablando de abolicionismos; y hasta un pintoresco político derechista intentó falsificar tal reforma desde las páginas de la *Gaceta*. Existían tres posturas en torno al problema del mercenarismo amoroso. Una de ellas —que arranca de tiempos de Carlo-Magno y hacían suya los espíritus arcaicos tan frecuentes en España— combatía acerbamente a la prostituta y asentándose en bases seudocientíficas como las teorías de Lombroso, asimilando la mercenaria de amor al delincuente nato, y favoreciendo brutales represiones que en la Historia son una continuidad de la ejercida por Luis IX de Francia en su tiempo. Al pretender humanizar este criterio, no se hizo sino estructurar una reglamentación —cuyo precedente histórico databa de Enrique III de Francia— tan ineficaz como vergonzosa de la prostitución.

Nuestra reforma eugénica en Cataluña adoptará como instrumento de trabajo el abolicionismo, que nos permitirá combatir las enfermedades venéreas con toda eficiencia. Mas el abolicionismo eficaz estará integrado por una serie de factores, entre ellos la instauración de «liberatorios de prostitución», es decir, hogares colectivos en los cuales se pondrá en práctica una reeducación de la mercenaria, su examen psicológico y psicotécnico, a fin de investigar las motivaciones espirituales que le indujeron a su profesión (?) y las causas de su fracaso social. Dichos establecimientos estarán en conexión con Bolsas del Trabajo al igual que se verifica en la U. R. S. S., a fin de que, al salir de ellos la antigua mercenaria, ya reformada psicológicamente, pueda ir a desempeñar una profesión que le permita no volver a incurrir en el primitivo y odioso medio de vida. La instauración por otra parte de un censo en el cual se haga constar la justificación por parte de cada mujer de sus medios de vida, evitará recaídas en el vengozoso morbo social que nos ocupa.

Y esta magnífica labor mediante la cual el abolicionismo será una realidad vigente en la vida social de Cataluña, se completará mediante

aquella propaganda eugénica, que estableciendo un nuevo concepto del amor considerado como radiante plenitud, tan lejana de aquella helada concepción romántica que conducía el amor a olímpicas y silenciosas terrazas en donde junto a Beatriz la frente de los enamorados se coronaba de polvo de estrellas y guirnaldas de rosas, como de aquel fango materialista e instintivo a ras del cual pretendían rebajar los fisiólogos al amor, tendrá por consecuencia que las mujeres liberadas material y espiritualmente en cuanto a la vida sexual se refiere, puedan, en uso de la total posesión de sus derechos biológicos, vivir libremente su sexualidad y sus anhelos amorosos sin que los prejuicios sociales que imperaban antaño las puedan empujar hacia los abismos de la prostitución.

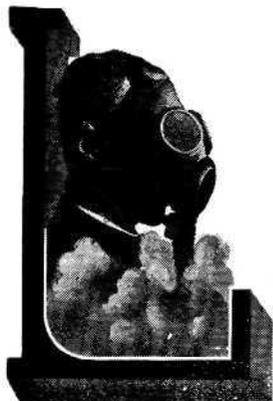
Dos instituciones nuevas en nuestro país representarán acaso las más altas cimas de nuestra reforma eugénica: En primer lugar los consultorios de orientación juvenil psicosexual, destinados a educar y a aconsejar a los jóvenes de un modo sincero y amistoso en los conflictos espirituales y sexuales que se les planteen. En dichos consultorios la actuación conjunta del psicólogo y el pedagogo conducirán a la juventud por rumbos acertados a través del enmarañado panorama de su vida sexual, terminando así de un modo definitivo con aquella trágica desorientación juvenil, fuente de las neurosis sexuales de adolescencia y de aquella serie de turbias inquietudes que hacían del púber un ciego vagabundo que buscaba en vano la senda que le condujese al refugio amable en el cual encontrase la clave de su armonía amorosa.

La segunda institución que paralelamente a esta red de dispensarios psicosexuales funcionará en Cataluña, será el Instituto de Ciencias Sexuales, de orientación en ciertos perfiles similar a aquel otro inolvidable Museo de Ciencias Sexuales que fundó Hirschfeld en Alemania, y que fué destruido al plantarse el espadón fascista sobre aquel país. El Instituto de Ciencias Sexuales de Cataluña representará ante todo un valioso centro de investigación y enseñanza en cuanto a Eugenesia y Sexología se refiere. En el citado Instituto no solamente podrán estudiar y profundizar en los problemas biológicos de la sexualidad cuantos investigadores lo deseen, sino que al propio tiempo funcionarán cátedras populares desde las cuales se difundirá al pueblo trabajador teórica y prácticamente todas aquellas verdades eugénicas que hasta hoy le fueron ocultadas, siendo al propio tiempo ésta una institución de tratamiento, corrección psicoterapéutica y reforma en toda clase de anomalías sexuales y conflictos psiconeuróticos.

La reforma eugénica en Cataluña representa por lo tanto una empresa de alta trascendencia social e histórica que nosotros hemos iniciado con el deseo de hacer una obra que pueda ser continuada por nuestros seguidores, puesto que si bien los hombres pasan, las obras perduran cuando representan una utilidad positiva para la humanidad a la cual va dirigida toda nuestra tarea.

Cataluña, que en estos momentos representa el norte en la rosa náutica de la Revolución española, demuestra, al acometer la reforma eugénica, que por encima de todo interés material sitúa la suprema ansiedad de crear una nueva, vigorosa y libre generación de trabajadores,

Los gases de guerra



Antigüedad de su empleo

A única novedad del empleo de los gases tóxicos en la guerra radica en la eficacia que la técnica moderna les concede. Fuera de esto, han sido empleados desde los tiempos más remotos.

Nos cuentan que ya en los tiempos casi legendarios de la antigua China se empleaban gases irritantes y pestilentes para hacer huir al enemigo haciendo irrespirable la atmósfera. Pero no debemos fiarnos mucho de este cuento, porque a los chinos les han sido atribuidas falsamente y en tiempos remotísimos casi todas las invenciones modernas y, entre ellas, la de la pólvora.

Cuatrocientos treinta y un años antes de Jesucristo, en las guerras del Peloponeso, los espartanos pretendieron ahogar a los atenienses de Platea quemando junto a las murallas y a favor del viento haces de leña impregnados de azufre y pez griega.

para lo cual se preocupa sobre todo de establecer un nuevo concepto de la maternidad, una educación sexual y una libertad eugénica, gracias a la cual alboreará un nuevo sol de verdad en las tinieblas que envolvían la vida sexual del proletariado. Liberadas sexualmente, las mujeres proletarias del porvenir serán las creadoras de esa nueva generación de obreros, adalides románticos de la nueva era. Y aquella invocación que Goethe pone en boca de Faust al decir: «¿Por dónde penetrar en ti?, ¡Oh infinita Naturaleza!», habrá respondido la Ciencia Eugénica en Cataluña abriendo una brecha en la muralla que cercaba la vida sexual de nuestro proletariado, por la cual entrará a raudales el sol de una nueva vida.

Se trata de realizar la gran Revolución humanista. Y para conseguirlo hay que eliminar de la Sanidad y la Asistencia social las sombras fatídicas. ¿Recordáis la leyenda germana, la rubia balada nórdica de Pedro Schlemil, el hombre que marchó largo tiempo caminando errabundo hasta que percibió que había perdido su sombra? No era un prodigio. Era lo que sucede al llegar el mediodía. También la Sanidad y la Asistencia social han llevado largos años a su vera la sombra humillante de los egoísmos, los lucros particularistas y vilipendiosa beneficencia. Pero ya se borró la sombra. Porque llegó el mediodía triunfal de la Revolución. Y un mediodía que abre a Iberia liberada las puertas de la Historia.

Tucídides cuenta que en el sitio de Deluim los beocios emplearon un verdadero lanzallamas que los hizo dueños de la plaza.

Plutarco cuenta otra estratagema parecida del general romano Sertorio, lugarteniente de Pompeyo en su guerra contra César, que murió en Huesca asesinado por los ilergetes que intentaba romanizar. Cuenta que, durante la noche, y frente a los bárbaros que combatía —bárbaro, para los romanos, quiere decir extranjero—, formó un gran montón de ceniza y de polvo. Al amanecer, y aprovechando un viento favorable, lanzó contra aquel montón la caballería al galope y los bárbaros fueron cegados y casi asfixiados por la nube de polvo que el viento empujaba contra ellos, de lo que se aprovechó Sertorio para derrotarlos.

Sexto Junio Africano indicaba en el siglo III de nuestra era la manera de envenenar las fuentes, los ríos y hasta la atmósfera empleando una mezcla en la que entran el salitre, el azufre, el sulfuro de antimonio y el asfalto.

La historia de las Cruzadas nos habla con frecuencia del empleo de «fuego griego», que se remonta al siglo IV, empleado por los mahometanos y que estaba constituido por una mezcla de pez griega, resina, petróleo, azufre y cal viva. Tal mezcla, en contacto con el agua, al hidratarse la cal, desprendía el calor suficiente para inflamar los demás productos, emanando de la combustión del azufre ácido sulfuroso irrespirable y otros gases asfixiantes, con la particularidad de que el agua, en lugar de apagar este fuego, lo avivaba.

El árabe Hassam Abrammhah, en una obra sobre la guerra escrita el siglo XIII, habla de la producción de vapores tóxicos mediante la combustión de materias a base de opio y arsénico.

La literatura alquimista y guerrera alemana de los siglos XV y XVI, y con ella el gran Leonardo da Vinci, da numerosas fórmulas para asfixiar al enemigo en la guerra. Los compuestos volátiles de arsénico inician ya el horrible papel que han de jugar en la Gran Guerra las arsinas. Los escrúpulos de conciencia comenzaron ya a preocupar a los inventores y guerreros, y el austríaco Senftemberg los salvó, estableciendo que dichos gases podían ser empleados contra los infieles, pero nunca contra los cristianos. (¿Y cuándo fuesen los infieles quienes los empleasen?)

Fiorabanti, en el siglo XVII, preparó el «aceite asqueroso» a base de trementina, azufre, asafétida y excrementos humanos, todo cuidadosamente destilado. Los fascistas prefieren el empleo de aceite de ricino mezclado con gasolina.

En 1690, Luis XIV no aceptó el ofrecimiento que le hizo el doctor Dupré del «líquido infernal» e hizo destruir los documentos del invento «en bien de la humanidad».

Otros ejemplos hay más recientes, habiendo sido hechas experiencias asfixiando perros con granadas cargadas de gases tóxicos en tiempos

de Napoleón III, pero lo dicho basta para demostrar que el empleo de los gases en la guerra es antiquísimo y que su gran importancia en la Gran Guerra nace de los perfeccionamientos de la técnica, lo que constituye una horrible amenaza para el porvenir.

¿Quiénes comenzaron a emplear los gases en la Gran Guerra?—Ninguno de los beligerantes quiere confesar haber sido el primero en emplearlos. Sin embargo, es cierto que los primeros que lo emplearon produciendo efectos de trágica importancia fueron los alemanes el día 22 de abril de 1915, en Bélgica, entre Bixchoote y Langemar. A las cinco de la tarde vieron desde las trincheras francesas salir de las alemanas una nube de vapores pesados color verde rojizo que avanzaba a ras de tierra empujada por una débil brisa y se vieron, a poco, atrapados por aquella niebla extraña que era... de cloro. Toda la línea ocupada por una división francesa fué víctima de aquel asesinato, experimentando un 35 por 100 de bajas.

Esta horrible sorpresa de los aliados tuvo su desquite poco tiempo después, el día 25 de septiembre del mismo año, en la batalla de Loos. Los aliados estaban dispuestos a luchar en el terreno adonde se les llevase, y dicho día, los soldados alemanes fueron sorprendidos por un ataque semejante y los muertos por asfixia fueron enterrados a millares.

¿Quiénes fueron los primeros? Lo más probable es que comenzaran en ambos campos con tanteos de escasa importancia hasta poder llegar a operaciones tan trágicas como las señaladas. Pero no podemos desmentir a los alemanes cuando afirman que el ejército francés disponía, con anterioridad a la guerra, de una granada de 26 milímetros cargada de cloro y bromo-acetona, que había sido empleada para hacer capitular en su casa-reducto de Choissy-le-Roy a los últimos miembros de la banda de Bonnot.

Preparación industrial.—Aunque mucho más potente la alemana, ambos contendientes disponían de industrias químicas muy adelantadas y susceptibles de preparar los gases en grandes cantidades. Disponiendo de tales elementos, y con la barbarie que la guerra representa, forzosamente tenía que llegarse al horrible resultado a que se llegó. Porque la guerra fué —y lo será siempre ya en adelante— tan industrial y científica como militar.

Alemania poseía, no sólo una técnica química más adelantada, sino una poderosísima empresa llamada «Interessen Gemeinschaft», formada por otras siete grandes empresas cada una con un capital en marcos oro, en 1914 y en 1924, indicado en el siguiente cuadro:

	1914 Millones	1924 Millones
Ochster Fabriken	50	176
Badische Anilin Soda Fabrik...	54	176
Farbenfabriken Bayer u. C ^o ...	54	176
Berliner Actien Gesselchaffts.	19'80	59'60
Chemische Fabriken Wessler- Teer-Meer	8	13'46
Leopoldo Casella C ^o	25	60'86
Chemische Fabriken Guesheinn	16	14
TOTAL	226'80	675'92

Todas estas importantísimas industrias químicas controladas por una sola entidad, aparte de las que había muchísimas otras menos importantes en detalle, pero no en conjunto, fabricaban productos de los que podían derivarse gases tóxicos y hasta, para la obtención de los productos que elaboraban, tenían que emplear dichos gases en grandes cantidades, de manera que los alemanes disponían en abundancia extremada de los elementos necesarios para hacer la guerra de los gases.

Pero es que además contaba Alemania con 30.000 químicos y técnicos de primer orden, lo que le permitió fabricar el ácido sulfúrico sin piritas, que no podían recibir de España; y el alcohol, sin cereales ni patatas; extraer el nitrógeno del aire para fabricar abonos y explosivos; fabricar el petróleo partiendo de los lignitos; hacer vestidos de papel; fabricar caucho artificial, aunque malo, utilizable; encontrar sustitutos para el cuero, el jabón y las grasas; resolver, en una palabra, incontables problemas que les planteaba la guerra y, entre ellos, la fabricación abundantísima de gases de guerra para asfixiar al enemigo.

En cambio, al comienzo de la guerra, Francia se encontraba en este aspecto en franca inferioridad. La única gran fábrica de productos colorantes que poseía, en Saint-Denis, estaba, antes de romperse las hostilidades, ligada íntimamente a las combinaciones de los fabricantes del otro lado del Rhin y, a pesar de haber sido la primera en montar racionalmente la fabricación de la anilina y de haber sido inventada en sus laboratorios la difenilamina, prefería, en 1913, encargar a la «Badische» los 25.000 kilos de este producto que suministraba cada año al Estado francés. Al ser declarada la guerra no contaba más que con 4.375.000 francos de capital, el que fué necesariamente aumentando hasta alcanzar, al ser firmado el armisticio, la cifra de 24 millones. En febrero del 17 se fundó otra gran fábrica en Villers Saint-Paul con 40 millones de capital, que después se fusionó con otra aumentando el capital hasta 100 millones, trabajando en ella 1.200 químicos, empleados y obreros.

Otras fábricas francesas de productos químicos también ampliaron su capital y sus instalaciones para poder atender a las necesidades de la guerra, pero, a pesar de todo, después de la guerra, Francia compraba al extranjero materias colorantes por valor de 60 millones de pesetas cada año.

¿Qué gases se fabricaban en estas fábricas?

—El anhídrido sulfúrico, la clorhidrina sulfúrica, el tetracloruro de estaño, el tricloruro de arsénico y otros cuerpos parecidos eran utilizados por los humos que despedían, cargando con ellos proyectiles explosivos; pero el primer gas de combate empleado en operaciones de gran envergadura fué el cloro, que, como el bromo, fabricaba Alemania en gran escala antes de la guerra para usos industriales y cuya fabricación tuvo que improvisar Francia en el curso de la misma, llegando a producir hasta treinta toneladas diarias.

Firmado el armisticio, no sabía Francia en qué utilizar tan importante capacidad productiva, logrando llegar, no obstante, a utilizarla en la producción de tetracloruro de carbono, tricloracetileno, clorbenzol, cloruro de bencilo y ben-

cilidinas, productos todos ellos empleados en fabricación de colorantes, aparte de la producción del mal llamado cloruro de cal (polvos de gas) empleado como desinfectante en el blanqueo y en la fabricación de lejías.

El bromo también ha sido empleado y lo extraían los franceses en cantidades respetables de las lagunas saladas de Zarzis, en Túnez.

El ácido prúsico o cianhídrico es uno de los venenos más activos que existen, pero su empleo en la guerra carecía de eficacia por su extremada volatilidad. Para hacerlo más pesado y eficaz fué preciso unirlo al tetracloruro de estaño, obteniéndose así el gas llamado «vicensita», del que fabricó Francia durante la guerra 400 toneladas. Este es precisamente el gas que, al decir de algunos astrónomos, había de envenenar la atmósfera de la Tierra al atravesar nuestro planeta la cola del cometa Halley.

Los gases pueden ser clasificados por los efectos que producen, en asfixiantes, tóxicos, lacrimógenos, estornudatorios, vesicantes, gozando algunos de varias de estas propiedades simultáneamente. Los llamados fosgeno, la palita y el cruz verde son sofocantes y provocan la tos. El bromuro de bencilo es lacrimógeno e irrita las mucosas de los ojos. El nitroclorofórmico es sofocante y explosivo. La bromoacetona es sofocante y lacrimógena. El nitroclorofórmico es mortal en la proporción de ocho décimas de miligramo en un litro de aire y es muy pesado, por lo que su acción virulenta dura cuatro o seis horas. La iperita es sofocante, lacrimógena y vesicatoria. Los derivados arsenicales de la serie aromática, como la difenil-cloro-arsina y la difenil-dicloro-arsina, son estornudatorios; la difenil-cloro-arsina es el gas que los alemanes llamaban «Clark número 1» y «Cruz Azul», e irrita fuertemente la garganta y la nariz, siendo peligrosísimo si penetra hasta los pulmones, y anula la acción de los combatientes en la proporción de tres milésimas de miligramo por litro de aire.

Pero aun existen otros gases más potentes y terribles, como, por ejemplo, la difenilaminocloroarsina, llamada adamita por haberla inventado en 1918 el químico Adams. Este gas fué empleado por los americanos y es de efectos terribles, puesto que basta con una parte de este gas en treinta millones de partes de aire para que sus efectos sean mortales, atravesando también instantáneamente las caretas ordinarias, por lo que ha sido llamado también «rompe caretas».

De la serie grasa de las arsinas es muy interesante la etil-dicloroarsina, «levisita» o gas M de los americanos. Estos tenían preparadas 150 toneladas que no llegaron a utilizar por haber sido firmado el armisticio cuando se disponían a hacerlo y fueron inutilizadas arrojándolas al mar. Se trata de un gas muy pesado y a propósito para dejarlo caer sobre el enemigo en forma de lluvia arrojándolo desde aviones, por lo que se le llamaba también «el rocío de la muerte».

Uno de los gases que fueron más empleados fué el «fosgeno» u oxiclóruo de carbono, obtenido por la unión directa del óxido de carbono y el cloro a la simple acción de la luz —de donde le viene el nombre— o bien en presencia de polvo de carbón de acción catalítica. También puede prepararse por la acción del ácido sulfúrico fumante sobre el tetracloruro de carbono. Si el cloro ocasiona la muerte mezclado con el aire en la proporción de tres miligramos por litro, el

fosgeno necesita veinte veces menos cantidad. Además se trata de un producto empleado corrientemente en la industria química para la síntesis de la acetona, para la del azul Victoria y para la de la violeta cristalizada y otros colorantes de la serie de las anilinas, así como para la síntesis de las ureas. La producción francesa durante la guerra fué de 16.000 toneladas.

Pero el gas más terrible de todos es indudablemente el que los franceses llamaban iperita por haber sido empleada por primera vez en Ipres, gas mostaza por los ingleses y «cruz verde» y «sentgas» por los alemanes, formado por la acción del etileno sobre el cloruro de azufre, productos ambos muy utilizados en la industria química.

La iperita es imperceptible al olfato y al gusto e invisible en tiempo seco y apenas visible en tiempo húmedo y produce efectos definitivos, comenzando por los ojos, con tal de que exista una parte de este gas por catorce millones de partes de aire. Su principal antídoto es el hipoclorito de cal.

En tocando la piel se producen al cabo de pocas horas ampollas sumamente dolorosas y traumatismos profundos en la piel, originándose procesos purulentos de tratamiento que dura varios meses y son propensos a todo género de infecciones. Los daños son tanto mayores cuanto más delicada es la piel, por lo que los niños sufren heridas más graves que las personas mayores. La acción no se limita a la epidermis, sino que inflama la conjuntiva del ojo y la pupila, llegando a supurar, siendo atacada hasta la córnea y llegándose en muchos casos a la ceguera completa. Pero los efectos más graves, que ocasionan casi siempre la muerte, se producen cuando este gas penetra por las vías respiratorias.

Cerca de Grenoble existe una fábrica que estaba durante la guerra dedicada a la producción de este gas y en su jardín existe un nutrido cementerio en el que descansan los numerosos ingenieros, químicos y obreros que murieron fabricando la iperita. Parece ser que el cuarenta por ciento del personal se encontraba de una manera permanente en el hospital curándose las lesiones sufridas en fabricación tan peligrosa.

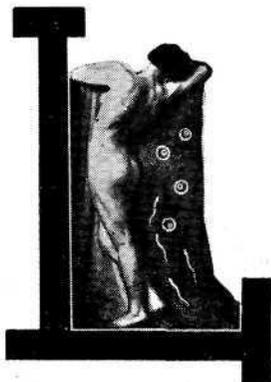
A pesar de todo, Francia fabricó durante la guerra 250 toneladas de iperita.

Defensa contra los gases.—Parece ser que, a pesar de la potencia destructora de los gases, es posible defenderse de ellos de manera bastante eficaz gracias a una técnica adecuada, como se desprende de las estadísticas.

Los primeros ataques a fondo fueron catastróficos para las fuerzas gasificadas, a causa de la sorpresa y de no disponer de ninguna especie de defensa. En el primer ataque por el cloro el día 22 de abril de 1915, de 15.000 hombres atacados por el gas murieron 5.000, o sea un 33 por 100. El 2 de mayo de 1915, en Bolinof, en el frente oriental, los regimientos siberianos números 53 y 54 quedaron completamente aniquilados, y de 9.110 atacados por el gas murieron 6.000, o sea el 66 por 100.

Pero pasada la sorpresa de los primeros momentos y adoptadas las debidas precauciones, el porcentaje descendió de una manera casi vertical. Así, en Francia, desde el 1.º de enero al 30 de septiembre de 1918, fueron atacados con

Esterilidad y fecundidad en la mujer



AS teorías de Ogino y Knaus sobre las fases de fecundidad y esterilidad en la mujer han producido gran expectación en los círculos científicos del mundo entero.

Antes de exponer separadamente las bases científicas en que reposan las teorías de Ogino y Knaus, creo útil ofrecer una idea de conjunto de las conclusiones y del razonamiento seguido

por dichos sabios para establecer que: en toda mujer normal hay un período entre las dos menstruaciones, durante el cual es fecunda; período que es precedido y seguido de dos períodos de esterilidad fisiológica.

He aquí la síntesis del raciocinio: La fecundación se realiza en la mujer cuando un espermatozoo *vivo* penetra en un óvulo *vivo*. Esto presupuesto, la ovulación o puesta del óvulo tiene lugar *una sola vez y en fecha fija y determinable* (del 16.º al 12.º días, según Ogino; del 16.º al 14.º días, según Knaus, antes de la menstruación futura) durante cada ciclo menstrual.

El óvulo, una vez «puesto» en libertad no conserva su poder pasivo de fecundación más que *horas contadas*, veinticuatro a lo sumo. Por lo tanto, si la fecundación ha de tener lugar, *ha de ser precisamente* en esas pocas horas en que vive el óvulo. Como, por otra parte, la fecunda-

ción depende también del gameto masculino o espermatozoo, y éste no conserva su poder fecundante más allá de 72 horas, síguese como conclusión lógica que la fecundación es solamente posible durante 24 más 72; en total, 96 horas, esto es, cuatro días del ciclo menstrual.

Esto *absolutamente* hablando, porque la ovulación tiene lugar en un *momento preciso* del ciclo. La determinación exacta de ese momento no ha sido posible, contentándose Ogino con establecer que dicho momento se encuentra entre el 16.º y 12.º días, y Knaus, entre el 16.º y 14.º días *antes* de las reglas venideras.

Los restantes días del ciclo serán, por lo tanto, estériles. Al tratar de la aplicación del método, explicaremos más detenidamente este ligero esbozo.

La verdad de las conclusiones depende de la verdad de las premisas de donde fluyen. Enumeremos, por tanto, en primer lugar, dichas premisas o proposiciones:

I. La ovulación o puesta del óvulo apto para la fecundación tiene lugar del 16.º al 12.º días, según Ogino; del 16.º al 14.º días, según Knaus, antes de la menstruación por venir.

II. En la mujer normal ocurre con periodicidad fija o constante la menstruación o hipermia menstrual.

III. El óvulo pierde su aptitud para ser fecundado a las pocas horas de ser puesto en libertad (ovulación).

IV. El espermatozoo pierde su poder fecundante a las 48 horas después de ser emitido (Knaus); a las 72 horas, por lo regular, pero excepcionalmente a los ocho días después de ser emitido (Ogino).

V. La ovulación o puesta en libertad del óvulo tiene lugar una sola vez durante cada ciclo menstrual.

Veamos ahora cómo Ogino y Knaus fundamentan cada una de estas proposiciones:

Ovulación.—La ovulación o puesta del óvulo apto para la fecundación tiene lugar del 16.º al 12.º días, según Ogino; del 16.º al 14.º días antes de la menstruación por venir, según Knaus. En la última obra de este autor se fija ya más el momento de la ovulación, a saber, el 15.º día antes de la hiperemia futura.

Hasta época relativamente reciente la ciencia médica opinaba que la ovulación tenía lugar durante la menstruación, inmediatamente antes o inmediatamente después. Pouchet, en 1842; Bischoff, en 1843; Leopold y Capellman, en 1883, basaron en este falso concepto científico sus opiniones sobre ciertos períodos de esterilidad en la mujer.

Desde hace una veintena de años los trabajos

gases 58.000 combatientes, de los que solamente murieron 1.758, o sea un 3 por 100, porcentaje que descendió al 2'9 por 100 en los primeros días de agosto, según una estadística que mandó hacer Clemenceau. Los ingleses, según *History of the great War medical service*, desde 1.º de septiembre de 1918 al 7 de diciembre del mismo año, tuvieron 24.563 atacados, de los que únicamente murieron 540, lo que corresponde a un porcentaje de 2'2 por 100.

Entretanto, el porcentaje de las defunciones, debidas a las explosiones de los proyectiles, sube hasta el 25 por 100.

Resulta, pues, que el empleo de los gases en la guerra es únicamente una exteriorización de la ferocidad colectiva de dos pueblos en guerra, pero que, gracias a la técnica defensiva, sus efectos mortíferos son ocho veces menores que los de los proyectiles de cañón.

de Frankel han demostrado que no hay tal coincidencia entre ovulación y menstruación. La ovulación precede siempre a la menstruación. Y no solamente la precede, sino que está ligada a ella por un nexo causal. La ovulación, según las explicaciones de Frankel, generalmente aceptadas por los ginecólogos, hace desencadenar un fenómeno, a saber: la formación del *corpus luteum* o cuerpo amarillo, que por su secreción interna regula la menstruación. Expliquemos más detalladamente este concepto. Una vez desprendido el óvulo maduro del folículo de Graaf (ovulación), recúbese éste de una sustancia que por su color ha sido denominada cuerpo amarillo. Este segrega una doble hormona, o, lo que es lo mismo, en frase de Latz, envía a través del torrente sanguíneo una doble orden, en virtud de la cual inmoviliza o vuelve átomos los músculos del útero y, al propio tiempo, hace que se vayan acumulando en un repliegue del útero los materiales necesarios para alimentar al óvulo si llega fecundado. Si así sucede, el óvulo fecundado «se implanta» y se inicia la gestación. El cuerpo amarillo sigue ejerciendo la doble función antes mencionada. Si el óvulo llega sin fecundar, el cuerpo amarillo degenera y muere; los músculos del útero, al faltarles la acción inhibitoria del cuerpo amarillo, comienzan de nuevo a moverse, y las materias acumuladas para alimentar el óvulo fecundado son arrojadas afuera con los menstrosos. Por eso la menstruación es síntoma que se produce después de cada ovulación no seguida de fecundación.

Si la ovulación está en relación causal con la menstruación siguiente, la conclusión clara y neta que se imponía para determinar la época de la ovulación, era partir del primer día de la menstruación esperada. Si hemos de creer a Howell, Frankel en sus primeros trabajos llegó a afirmar que la ovulación ocurre normalmente catorce días antes de la menstruación por venir. Sin embargo, el mismo Frankel, primero, y luego los demás ginecólogos posteriores a él, contaron siempre a partir de la menstruación precedente para determinar la fecha de la ovulación. El resultado fué la discrepancia más completa entre los ginecólogos sobre dicho particular. Además, muchos de ellos computaron el ciclo en semanas, y hasta algunos llegaron a suponer que todos los ciclos eran de cuatro semanas, cuando en realidad la longitud de un ciclo puede oscilar entre veinte y cincuenta días, según Latz. La diversidad de métodos, ninguno de ellos infalible, habrá también contribuido a la disparidad de criterios sobre la fecha de la ovulación.

Resumamos brevemente los métodos utilizados por los diversos autores y las fechas de ovulación propuestas por cada uno de ellos.

1. *Inspección de las diferentes fases del cuerpo amarillo y de la mucosa uterina en ovarios de laparatomizadas.*—Frankel, Meyer, Ruge, Schroeder, Villemín, Ancel, Bouin, Reusch, Shaw, Miller, Halban, Koelher y Schickel. He aquí los resultados obtenidos, contando a partir de la menstruación anterior: Frankel, 18.º y 19.º; Meyer, los primeros catorce días; Ruge, del 8.º al 14.º; Schroeder, del 14.º al 16.º; Villemín, Ancel, Bouin y Reusch, también del 14.º al 16.º; Shaw, el 14.º; Miller, el 20.º; Halban y Koelher, del 8.º al 18.º; Schickel, del 10.º al 20.º.

2. *Esterilización por medio de los rayos X en distintas fechas del ciclo.*—Ejecutada en la pri-

mera mitad del ciclo, invariablemente se pierde la menstruación siguiente; en la segunda mitad del ciclo, todavía hay menstruación. Conclusión (Seitz y Wintz): primera mitad del ciclo, con mayor probabilidad el día 14.º.

3. *Método propuesto por Robert Frank de inyectar en la sangre cierta cantidad de foliculina.*—Esta existe solamente durante catorce días del ciclo y bruscamente desaparece. Conclusión: hacia la mitad del ciclo.

4. *El método de masaje ginecológico cotidiano.*—Este experimento hizo concluir a Stapfer, que la hinchazón del ovario, que coincide con el momento de la ovulación, sucede hacia la mitad del ciclo.

5. *Examen de cinco óvulos recogidos durante laparatomías.*—Este examen realizado por E. Allen, Pratt, Newell y Bland les hizo coincidir en que la ovulación se había realizado del 12.º al 14.º. Este método es el único, según Hartmann, que «prueba absolutamente» la fecha de la ovulación. Recientemente ha sido recuperado un sexto óvulo en una mujer de ciclos largos e irregulares, y calcúlase por los especialistas que su dehiscencia del folículo tuvo lugar el día 22.º.

6. *Examen de la edad de los embriones extraídos durante laparatomías.*—Hay discrepancias entre los autores: Stieve y Mayeck, el 16.º; Tripel, 18.º y 19.º; Grosser, del 2.º al 24.º Volkmann, del 4.º al 25.º; Treutler, en cualquier parte del ciclo.

7. *Sistema del dolor intermenstrual (Mittelschmerz), coincidente con la ruptura del folículo en algunas mujeres:* entre el 14.º y 22.º (Tschirdehwanh).

8. *La presencia de ciertas mucosidades cervicales en las vías genitales bajas.*—Dichas mucosidades coinciden con la ovulación, según Devraigne y Seguy, y se presentan en la mayoría de los casos del 10.º al 15.º días. «La ovulación se verifica durante el período de estas mucosidades cervicales, casi siempre al final.»

9. *Método adoptado por Knaus.*—El ha demostrado que el útero se contrae después de una inyección intrauterina de pituitrina durante los primeros catorce días del ciclo; a partir del décimosexto no hay más contracción del útero hasta la vigilia de la menstruación. Esta inhibición de la contractibilidad ha sido observada por medio de la radioscopia después de una inyección de aceite yodado. Knaus concluye que la ovulación tiene lugar el día 14.º del ciclo normal de 28 días.

Todos los cálculos de los autores mencionados, incluso los de Knaus, partían de la menstruación precedente para determinar la fecha de la ovulación. Entonces apareció Ogino en la palestra científica. Ya había publicado este autor en publicaciones de su patria (Japón) los años 1923 y 1924 sus ideas sobre dicha cuestión tan discutida entre los ginecólogos. El año 1930 fueron conocidos sus descubrimientos por medio de un extenso artículo que publicó en una revista alemana de Medicina.

Dos son los méritos principales de Ogino, a saber: a) Haber hecho hincapié sobre el nexo causal que liga toda ovulación a la menstruación siguiente, según las teorías del *corpus luteum* de Frankel, y luego sacar la conclusión lógica: para determinar la fecha de la ovulación hay que tomar como punto de partida no la menstruación pasada, sino la menstruación

futura. En consonancia con esta idea, después de un examen detenido de folículos turgentes o rotos hacia poco de 118 laparatomizadas y comparando las diferentes fases del cuerpo amarillo y de la mucosa uterina (primer método antes citado), concluyó que la ovulación había tenido lugar del 16.º al 12.º días antes de la menstruación venidera. b) Haber llamado la atención de los ginecólogos sobre la necesidad de fijar exactamente la longitud del ciclo menstrual en días y no en semanas como antes se venía haciendo.

Aplicando Ogino su nuevo criterio y poniendo todos los datos constatados por él en paralelismo con los obtenidos por los profesores alemanes Frankel, Ruge, Schroeder, Halban y Seitz, que suman en total otros 557 casos, llegó de nuevo a la conclusión que la puesta ovular tiene lugar siempre del 16.º al 12.º antes de la menstruación esperada.

Knaus, en sus trabajos posteriores, adoptó estas innovaciones de Ogino, y en su última obra, publicada en 1934, coloca el momento de la ovulación en el 15.º antes de la menstruación futura.

Comparando las opiniones de los diversos autores con las de Ogino y Knaus, vemos que las de éstos están de acuerdo con las de Schroeder, Seitz, Wintz, Reusch, Willemin, Ancel, Bouin, Stieve, Hayek y Shaw; se acercan mucho a las de Allen, Pratt, Newell, Bland, Devraigne y Seguy; no se concilian con las de Fraenkel, Meyer, Ruge, Miller, Halban, Triepel, Schickelé, Tschir-dewanh, Grosser y Treutler.

Muchos de los autores citados han puesto en tela de juicio las conclusiones de Ogino y Knaus.

Especial atención merece la crítica que hacen Devraigne y Seguy sobre la fecha de ovulación propuesta por Knaus. Según dichos autores, Ogino y Knaus confunden la ovulación con la fecundación. Del hecho que la fecundación no es posible más que durante un período determinado de cada mes, concluyen ilegítimamente que la ovulación tiene lugar solamente durante ese período limitado de días. La ovulación, dicen Devraigne y Seguy, es posible en todas las fechas del ciclo, aunque con mayor frecuencia hacia la mitad. La fecundación no tiene lugar cuando en el cuello uterino existen ciertas secreciones que imposibilitan la entrada en las vías genitales superiores de los espermatozoos, siendo por el contrario posible la fecundación en ciertos otros momentos del ciclo, en que existe en el útero una secreción mucosa y transparente que permite el ascenso de los espermatozoos hasta llegar en contacto con el óvulo. La existencia de dichas secreciones tan diversas es lo que explica que unos días sean aptos para la fecundación y otros no.

Por lo que llevamos dicho se echa de ver lo difícil que es tener como definitivas las conclusiones de Ogino y Knaus.

A la tesis, por tanto, sostenida por Ogino y Knaus: «para todas las mujeres bien regladas la ovulación está a la misma distancia de la menstruación futura», contraponen muchos ginecólogos en la actualidad esta otra: «La ovulación no tiene fecha fija, aunque sucede con más frecuencia hacia la mitad del ciclo.»

Menstruación.—Según Ogino y Knaus, existe una relación fija y constante entre la fecha de la ovulación y la de la menstruación por venir.

Por lo tanto, si se puede determinar la fecha exacta o aproximada de dicha menstruación, podrá fijarse también la fecha de la ovulación. Si aquello no es posible, tampoco esto es posible.

¿Puede predecirse para cada mujer la fecha exacta o aproximada de la menstruación futura? Ogino, Knaus y muchos otros ginecólogos responden afirmativamente. Otros, por el contrario, afirman que es imposible predecir con exactitud o aproximación dicha fecha, repitiendo la conocida frase de Fraenkel: «Lo regular acerca de la menstruación es su irregularidad.»

Con todo, la oposición es más aparente que real. No todos los autores dan a las palabras «regular» e «irregular» una significación uniforme. Hácese, pues, necesario precisar ambos conceptos. ¿Cuándo es regular un ciclo? Un ciclo es regular: 1.º Cuando entre ambas menstruaciones media siempre el mismo número de días; por ejemplo, 28 días, 30 días, etc. 2.º Cuando entre ambas menstruaciones no media siempre el mismo número de días, sino un número variable de días, pero constante dentro de su variedad, por ejemplo 25-30. De mes en mes varía; un mes tendrá 25, otro, 30, otro, 26, etc., pero ni excede de 30 ni baja de 25. A la primera clase de estos ciclos regulares, el menos frecuente, se le conoce con el nombre de *ciclos regulares simples*; a la segunda, con el de *ciclos regulares múltiples o alternantes*, siendo duplos, triplos, cuádruplos, quintuplos, etc., según que las oscilaciones que presenta sean de dos, tres, cuatro, cinco, etcétera, días. El doctor Aberdele, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Yale, opina que «variaciones de ocho y hasta de diez días no son raras en mujeres normales que poseen ciclos regulares». Estos ciclos con oscilaciones de ocho y diez días son perfectamente fisiológicos, esto es, se deben considerar como procesos vitales normales, y a ellos son aplicables las prescripciones de Ogino y Knaus.

Cuando las oscilaciones exceden de diez días deben tenerse ya, en opinión de Ogino, como fuera de lo normal, entrando entonces en el dominio de lo patológico. El sistema Ogino-Knaus no ofrece al presente, para estos casos, solución alguna. A estos casos, y a éstos solamente, es a los que conocen Ogino y Knaus con el nombre de *irregulares*.

La confusión resulta del hecho que la mayoría de los autores incluyen entre los genuinamente *irregulares* a los ciclos *regulares múltiples*, resultando entonces muy cierto que «lo regular en la menstruación es su irregularidad».

Es preciso, sin embargo, notar con el doctor Vital Aza que «son frequentísimos los casos de mujeres que por mil circunstancias, de base endocrina casi siempre, tienen tal cantidad de baches en su ruta menstrual, tal número de silencios y pausas unas veces, de tumultuosos apresuramientos otras, que es imposible llegar a establecer los límites máximo y mínimo, en que la duración de sus ciclos se desenvuelven... Las lactancias prolongadas, los puerperios recientes, los regímenes alimenticios, los cambios de clima y de ambiente alargan unas veces, acortan otras, las que hasta entonces eran habituales normas en la expresión del fisiologismo menstrual».

En estos últimos años han aparecido varias estadísticas sobre la longitud y ritmo del ciclo menstrual, que, aunque dejan mucho que desear

según Knaus, coinciden en que «lo regular acerca de la menstruación es su irregularidad».

Nakagawa, en 2.080 mujeres examinadas por él, encontró que el 97 por 100 de ellas menstruaban regularmente. Heyek, en 1.480 casos, el 82 por 100 ofrecía ciclos menstruales reguladores. Kennedy, entre 1.768 mujeres observadas por él, tenían ciclos regulares el 81 por 100. Vignes hizo una estadística según la cual el 44 por 100 de las mujeres menstruaban cada veintiocho días (menstruación regular simple). Obata, escogiendo casi todos sus casos entre mujeres enfermas, encontró también un 44 por 100 de entre ellas que tenían ciclos regulares.

Podemos, por tanto, concluir con el famoso ginecólogo Schroeder, que el ciclo menstrual es «una función extremadamente constante en la mujer, y que sólo es alterada rarisimas veces y con grandísima dificultad».

Vida efímera del óvulo.—Una serie de datos acumulados por Hammond, Pincus, Hartmann y Allen han establecido el hecho de que la única manera de conservar al óvulo su vitalidad es que sea fecundado. Si eso no ocurre a las veinticuatro horas de la ovulación, no existe ya como célula viva. Obedece esto a una ley general de la Biología, según la cual en todos los animales de sangre caliente el óvulo pierde rápidamente su poder pasivo para la fecundación y está condenado a una muerte prematura, si no interviene el espermatozoo como mecanismo salvador. Sentábase antes que la especie humana constituía una excepción a esta regla y que la vitalidad del óvulo puesto en libertad era indispensable para el funcionamiento del cuerpo amarillo y para el mantenimiento del ritmo menstrual. Esto es lo que Meyer había dado a conocer con la denominación de «primacía del óvulo». Sin embargo, las experiencias de los autores arriba citados y también de Pratt demostraron que podían ser recogidos en laparatomías óvulos en su trayectoria a través de los tubos de Falopio, sin modificar en lo más mínimo el ritmo menstrual. En la mujer, las experiencias de estos sabios han demostrado directamente que los óvulos recogidos después del décimosexto día presentaban señales evidentes de degeneración. Que el óvulo vive apenas unas horas es la opinión unánime de los biólogos y anatomistas.

Poder fecundante del espermatozoo.—Sobre la vitalidad del espermatozoo hay que hacer distinciones importantes: *Primera:* No hay que confundir el tiempo durante el cual puede un espermatozoo conservar su vida *in vitro*, esto es, en un tubo de ensayo, con el tiempo que la puede conservar *in vivo*, especialmente en los distintos tramos del aparato genital femenino. *Segunda:* Vitalidad y movimiento en los espermatozoos no es sinónimo de poder fecundativo. Las experiencias llevadas a cabo por diversos autores han demostrado que el espermatozoo puede ser conservado vivo en un tubo de ensayo por un largo número de horas y de días. Brault últimamente recogió un quiste espermático intacto, lo introdujo en un tubo de ensayo esterilizado a una temperatura de 37° y pudo constatar que los espermatozoos estaban vivos y se movían durante dos semanas completas.

En los órganos de la hembra sucede muy de otro modo. En las abejas puede durar muchos

años. En el murciélago el acoplamiento realizado en otoño viene a ser fecundado en primavera. En los mamíferos, que son los más próximos al hombre, la sobrevivencia es menos larga y dura cuando más, en la mayoría de los casos, de dos a tres días.

En la mujer, observa justamente Vignes, la sobrevivencia de los espermatozoos es posiblemente muy variable. Se puede suponer que ciertos espermatozoos tienen una energía vital mayor que otros o que las condiciones en que tienen que encontrarse después de emitidos son unas veces favorables y otras no.

Nürnbergger, Fraenkel, Dührsen y muchos otros autores han visto en las trompas falopianas espermatozoos vivos catorce días después de realizado el acto conyugal. Sin embargo, no debe olvidarse que movilidad y poder fecundante son dos cosas diferentes.

Hoehne y Behne han probado hace ya veinte años, por una serie de observaciones y deducciones de indiscutibles bases biológicas, que los espermatozoos no conservan generalmente su poder fecundante más de tres días, y sólo como excepción ocho días.

Experiencias más recientes (las de Hammond y Asdell) han demostrado conclusivamente que los espermatozoos pierden su poder fecundante treinta y dos horas después de haber sido depositados en los órganos genitales femeninos. Moench, escribiendo en la revista *Journal of the American Medical Association* (17 de marzo de 1934), dice lo siguiente: «Según mis propias experiencias del año 1925 hasta la fecha, el límite máximo del poder fecundante de los espermatozoos no excede de treinta y siete o cuarenta y ocho horas.»

Por otra parte, la temperatura pélvica, más elevada que la temperatura escrotal, pasa por desfavorable a los espermatozoos. Esta opinión de Crew y Moore es sostenida por la mayor parte de los autores y ha sido confirmada por trabajos e investigaciones recientes. Hühner sostiene que los distintos tramos del aparato genital femenino son poco favorables a la vitalidad de los espermatozoos en virtud de ciertas secreciones existentes durante la mayor parte del ciclo, que actúan de verdaderos espermaticidas.

Aun más recientemente, Devraigne y Seguy han hecho investigaciones sistemáticas sobre las secreciones internas de los órganos genitales femeninos y han llegado a la conclusión de que durante un lapso de tiempo bastante corto y variable en cada mujer (del 10.º al 15.º días en el 80 por 100 de mujeres) se presentan ciertas mucosidades cervicales flúidas y transparentes, que permiten la permeabilidad fisiológica de las vías genitales bajas. Durante los días restantes del ciclo el camino está obstruido por la existencia de otras secreciones espermaticidas, que destruyen al espermatozoo antes de llegar al cuello del útero.

Ovulación provocada.—La ovulación ocurre una vez al mes y en época fija; no es provocada por aproximación sexual. Tal es la afirmación de Knaus, Ogino y de muchos otros ginecólogos. Tienen en su favor un argumento poderoso, a saber, que así sucede en todos los mamíferos, con excepción de los gatos, ratones y hurones.

Con todo, muchos autores de nota admiten la posibilidad de una ovulación provocada por la

Lo que los fascistas odian es la inteligencia



UN periodista extranjero, llegado de Salamanca, nos entrega las siguientes notas, en las que describe la sesión de la Universidad de esta población, en la que don Miguel de Unamuno, que se encontraba en Salamanca cuando estalló la rebelión y se había puesto de parte de los generales traidores, fué destituido

de su cargo por el general Franco.

Algunos días antes de la muerte repentina de don Miguel, nuestro colaborador pudo conseguir de él la conversación que reproducimos, y que atestigua un notable cambio de modo de pensar. Podemos asegurar de la manera más firme la exactitud de este relato.

El primero de octubre de 1936, con motivo de la apertura de curso en la Universidad de Salamanca, el señor Maconado, profesor de Literatura, pronunció el primer discurso. Este conjunto de lugares comunes, que la coacción obligaba a exponer, sobre la patria y la antipatria, la España y la anti España, etc., terminó por una dura crítica de los vascos y de los catalanes que reclaman la autonomía.

Unamuno presidía, representando al general Franco. Aunque no tuviese intención de intervenir, el ataque dirigido a los vascos provocó por su parte una apasionada réplica:

«Se ha hablado aquí de la España y de la anti España. ¡Pues bien! Yo afirmo que en los dos lados hay patriotas y antipatriotas. Yo me considero atacado, como vasco, y el obispo de Salamanca sentado a mi lado es catalán. Nosotros dos somos tan españoles como vosotros, por lo menos. Del lado rojo nos dicen que las mujeres van a luchar al frente. En este lado, las mujeres no toman noblemente parte en la lucha; pero, llevando medallas e insignias, asisten a los fusilamientos y a las ejecuciones...»

En este momento se produjo un escándalo indescriptible. El general Millán Astray, el «Goebbels» español, se levantó gritando: «Muera la inteligencia.» Este grito sacrilego en la Universidad de Salamanca causó una enorme sensación. El profesor Bermejo protestó e hizo notar: «¡Estamos aquí en la Casa de la Inteligencia!» La mujer de Franco, que asistía a la fiesta, se desmayó. El poeta monárquico Peman exclamó: «¡No, no digamos muera la inteligencia, sino mueran los malos intelectuales!»

La sesión terminó entre el murmullo, y Unamuno fué destituido de su cargo de rector vitalicio de la Universidad de Salamanca y sustituido por el profesor Madruga.

Unamuno fué entonces al Casino, donde le

aproximación sexual, aparte de la ovulación fija y espontánea. Citan el caso del conejo, que además de la ovulación fija tiene también la provocada por el coito, y eso de una manera normal. Más recientemente, Marshall, en observaciones hechas en la oveja, ha descubierto que la ovulación espontánea, por la que ella se rige, puede ser acelerada por el acoplamiento sexual. También los doctores Devraigne y Seguy opinan que la ovulación es posible en todas las fechas del ciclo.

Esta opinión, según la cual la ovulación es posible en cualquier fecha del ciclo, es la más común entre los ginecólogos, pero, como observa atinadamente Hartmann en *Birth Control Review*, mayo de 1933, «se basa en parte en datos que no es posible controlar, y en parte, en observaciones inexactas». Y añade luego: «Esta idea debe ser abandonada.» Así piensan también Asdell, y en fecha más reciente, Albrecht. El mismo Grosser, que fué quien introdujo en 1918 esta teoría de la ovulación provocada por el coito, y que ha insistido tanto sobre ella, en di-

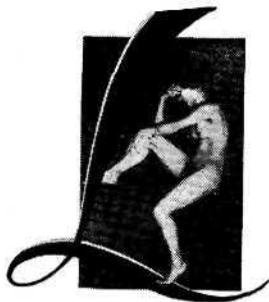
versas ocasiones, hubo de decir a una comisión de ginecólogos americanos el año 1932: «Una fecha fija de la ovulación es un postulado de la Fisiología.»

Los resultados prácticos obtenidos mediante la aplicación de la teoría Ogino-Knaus muestran a las claras que la ovulación a fecha fija es una verdad establecida y que la especie humana se rige por las mismas leyes que todos los demás mamíferos.

Conclusión.—Todo lo que llevamos dicho sobre los cinco pilares en que descansan las ideas sustentadas por Ogino y Knaus, pone de manifiesto el hecho de que no existe aún unanimidad entre los ginecólogos sobre tan delicada materia.

Los fundamentos doctrinales de Ogino-Knaus han sido confirmados de una manera sorprendente en la práctica.

Sin embargo, a la ciencia médica toca, en definitiva, enjuiciar críticamente las bases objetivas propuestas por dichos dos sabios.



A frigidez sexual en la mujer es todavía un fenómeno mal comprendido. A veces es psicogénico, y en ese caso es accesible a las influencias; pero en otros casos nos inclinamos a creer que está condicionado constitucionalmente por un factor anatómico.

Atribuimos a la mujer un alto grado de narcisismo o adoración de sí misma, de modo que para ella la necesidad de ser amada es más fuerte que la necesidad de amar. Su vanidad es en parte un efecto lejano de la envidia del órgano sexual masculino, que la inclina a prestar mayor valor a sus encantos físicos, como tardía compensación de su inferioridad sexual originaria. El pudor —que se con-

sidera una característica femenina por excelencia, pero que en realidad es más convencional de lo que podría creerse— tuvo su origen, en opinión nuestra, en el deseo de ocultar esa deficiencia genital. No olvidamos que más tarde asume otras funciones.

Se suele decir que la mujer ha contribuido poco a los descubrimientos e invenciones de la civilización; pero es posible que le corresponda el descubrimiento de un proceso técnico: el del plegado y el tejido. De ser así, sentimos la tentación de atribuir al hecho un motivo inconsciente. La Naturaleza misma podría decirse que le ofreció un modelo que imitar, produciendo, al iniciarse el periodo de madurez sexual, el crecimiento de pelos en la región del pubis, y velando de ese modo los órganos genitales. El paso que quedaba por dar era el de reunir las hebras de modo permanente.

Elección de objeto.—Las condiciones de la

silbaron estrepitosamente, y donde se le retiró su condición de socio, que poseía desde su fundación.

A partir de este momento la Junta de Burgos hizo vigilar estrechamente a Unamuno, haciéndole acompañar de un agente de policía, que no le abandonaba un solo paso, y había recibido orden de disparar sobre él sólo con verle poner un pie en el estribo de un coche.

Yo pude sin embargo burlar la vigilancia de la policía y hablar durante más de dos horas con el antiguo rector. Me declaró:

—Estoy aterrizado por las violencias, el sadismo, la crueldad inconcebible de la guerra civil, vista desde el lado nacionalista. Acabo de recibir una carta del frente, de un joven escultor vasco muy conocido. Estaba llena de lugares comunes y acusaba a los «rojos» de haber arrancado los ojos a los niños, violado a las monjas, etc. Yo comprendí perfectamente que la carta le había sido dictada por la Censura militar, y le contesté textualmente:

«Es usted un ingenuo; yo sé que su carta ha sido dictada y os contesto, precisamente, para que vean los censores que no se me engaña fácilmente. Por otra parte, todas las indignidades que usted me cuenta como habiendo sido cometidas por los «rojos» y en las cuales yo no creo de ninguna manera, no son más que pálidos incidentes si se las compara con la crueldad, el sadismo, sistemáticos y organizados, por los cuales vemos aquí, cada día, fusilar a las personas más honradas y las más inocentes, sencillamente porque son liberales y republicanas. Y, fíjese usted bien, que no se trata aquí de actos individuales o indisciplinados, sino de órdenes colectivas dadas por el Estado Mayor, que se dice nacional. Todos estos crímenes se ejecutan fríamente, como respuesta a la consigna contenida en el doble grito de ese general

demente que se llama Millán Astray: «¡Muera la inteligencia y viva la muerte!»

—¿Qué piensa usted, don Miguel, de la actitud de las mujeres en esta guerra civil?

—Son peores que los hombres. ¡Estas jóvenes y estas mujeres, estas solteras, vírgenes y piadosas, que han pasado su vida en el celibato y el renunciamento, van a buscar en el espectáculo de las ejecuciones el estremecimiento que no habían sentido nunca!...

Mi conversación con Unamuno se prolongó un buen rato; su indignación subía de tono a medida que relataba los excesos cometidos por las gentes de orden, los defensores de la religión y de la familia. Su elocuencia alcanzaba un tono bíblico:

—Franco recuerda mis declaraciones sobre la defensa de la civilización cristiana y occidental. Pero yo quisiera hablar de su defensa por métodos «cristianos», y no por los métodos del militarismo brutal o ignorante, por la violencia, por el asesinato.

«Cuando pienso —continuó don Miguel— que a una joven que iba a pedir clemencia para su marido, condenado a muerte sólo porque era sospechoso de simpatía hacia los republicanos, el Gobierno de Salamanca le respondió:

«¡Qué quiere usted! Es como en las corridas: cuando el público quiere caballos hay que dárselos!»

Y Unamuno, entonces prácticamente prisionero de los rebeldes, mientras sus dos hijos luchan en las filas de los milicianos republicanos por la defensa de Madrid, terminó la conversación exclamando:

—Ve usted, lo que estas gentes odian por encima de todo es la inteligencia. Son los enemigos jurados de todo lo que el espíritu representa en el mundo, en oposición a la fuerza brutal y ciega de destrucción y de violencia.

elección de objeto (amoroso) en la mujer, con frecuencia son difíciles de reconocer bajo el disfraz de las convenciones sociales. Cuando esa elección puede manifestarse libremente, ocurre con frecuencia de acuerdo con el ideal narcisista del hombre que ella hubiera deseado ser. Si la joven se siente especialmente ligada a su padre, es decir, si perdura en ella el complejo de Edipo, escoge entonces según el tipo paterno. Puesto que, cuando se apartó de su madre para ligarse al padre, la parte antagonista de sus sentimientos ambivalentes fué dirigida hacia la madre, tal elección debería asegurarle un matrimonio feliz. Pero con frecuencia surge un factor que pone en peligro tal solución del conflicto de ambivalencia. El antagonismo que ha quedado atrás puede seguir a la aparición del afecto positivo y extenderse al nuevo objeto. El marido, que en primer término heredó la posición del padre, llega con el tiempo a recibir la herencia de la posición de la madre también. Así puede fácilmente suceder que la segunda parte de la vida de una mujer se pase en una lucha contra su marido, tal como una breve parte de su vida anterior fué ocupada por la rebelión contra su madre. Después que este reacción ha sido vivida, un segundo matrimonio puede resultar más satisfactorio. Otro cambio en la vida de la mujer —para el cual ni marido ni mujer están preparados—, puede tener lugar después del nacimiento del primer hijo. Bajo la influencia de su propia maternidad, la identificación con su madre puede revivir (identificación contra la cual ha luchado hasta el momento de su matrimonio) y puede concentrar en sí toda la libido de que la mujer puede disponer; de modo que la repetición compulsoria puede reproducir el matrimonio desdichado de los padres. Que el antiguo factor de la falta del órgano sexual masculino no ha perdido aún su poder, se ve en la diferente reacción de la madre según la criatura que de ella nazca sea varón o hembra. Lo único que proporciona a la madre satisfacción plena es su relación con un hijo varón. Es la relación más completa que puede existir entre seres humanos, y la más libre de ambivalencia. La madre puede transferir a su hijo toda la ambición que tuvo que suprimir en sí misma, y puede esperar de él la satisfacción de todo lo que en ella ha quedado de su complejo de masculinidad. Aun el matrimonio mismo no está firmemente asegurado mientras la mujer no ha logrado hacer de su esposo un hijo y representar para con él el papel de madre.

La identificación de una mujer con su madre puede tener dos grados: el preedipal, que se basa en la tierna unión con la madre y la toma como modelo, y el que aparece después, derivado del complejo de Edipo, que trata de liberarse de la madre y de reemplazarla en su relación con el padre. Mucho de ambos perdurará en el futuro. Está justificado decir que ninguno de los dos es dominado lo bastante durante el proceso del desarrollo. Pero la fase de tierna unión preedipal es la decisiva; abre el camino a la adquisición de esas características que más tarde capacitarán a la mujer para representar adecuadamente su papel en la función sexual, y poner en juego sus inestimables actividades sociales. En esta identificación, además, adquiere ella ese atractivo para el hombre que transforma la unión preedipal de éste con su madre en

amor. Sólo que sucede con frecuencia que no es él quien consigue lo que él anhela, sino su hijo. Tenemos la impresión de que el amor del hombre y el amor de la mujer están separados por una diferencia de fase psicológica.

¿Posee la mujer el sentido de justicia?—

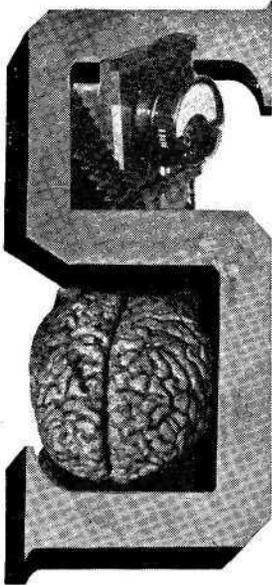
Debemos admitir que la mujer tiene poco sentido de lo que es justo, y esto sin duda está en relación con la preponderancia de la envidia en su vida mental. Porque las demandas de justicia son una modificación de la envidia; establecen las condiciones que, de realizarse, la suprimirían. Decimos también de la mujer que sus intereses sociales son más débiles que los del hombre y que su capacidad para la sublimación de los instintos es menor. Lo primero se deriva seguramente del carácter insocial que sin duda alguna es inseparable de toda relación sexual. Los amantes encuentran completa satisfacción el uno en el otro, y hasta la familia resiste a la absorción por organizaciones más amplias. La capacidad para la sublimación está sujeta a las mayores variaciones individuales.

A pesar de esto no puedo resistir al deseo de mencionar una impresión que he recibido una y mil veces al hacer labor de análisis. Un hombre de treinta años parece un individuo juvenil y en cierto sentido incompletamente desarrollado, que esperamos podrá emplear bien las posibilidades de crecimiento que el análisis abre para él. Pero una mujer de la misma edad, con frecuencia nos desconcierta por su rigidez psicológica y su inmutabilidad. Su libido ha asumido una posición final y parece incapaz de abandonarla para tomar otras. No hay sendas abiertas para su desarrollo ulterior; es como si el proceso entero hubiera sido cerrado y el todo erigido en algo inaccesible en el futuro; como si, de hecho, el difícil desarrollo que conduce a la femineidad hubiese agotado todas las posibilidades del individuo. Como terapeutas, deploramos este estado de cosas, aun en los casos que logramos resolver el conflicto neurótico de la interesada y evitarle el sufrimiento.

Esto es cuanto tengo que decir sobre la psicología femenina. Naturalmente, es fragmentario e incompleto y a veces poco halagador. No debéis olvidar, empero, que sólo hemos descrito a la mujer en aquella parte de su naturaleza que está determinada por la función sexual. La influencia de este factor se ejerce sobre un radio muy extenso; pero es preciso recordar que una mujer es un ser humano aun descartando ese factor. Si algo más queréis saber sobre femineidad, interrogad a los poetas, sondead vuestra propia experiencia, o si no, esperad hasta que la Ciencia pueda daros más profundo conocimiento.

Tenemos varios giros retenidos por desconocer a sus imponentes, bien por venir con el nombre ilegible o de población distinta a la que reside el imponente. Sería conveniente que los compañeros que giran desde localidad distinta a la que residen y reciben los paquetes, nos avisaran por carta o tarjeta, para evitar errores y confusiones.

Vida y electricidad



ON la vida y la electricidad una misma cosa? El doctor George W. Crile contesta afirmativamente. Su interesante e instructivo libro *The Phenomena of Life* es la defensa de su teoría. No sólo la vida es un producto de la electricidad, sino que también la mente es, según el doctor Crile, fabricada por esa dínamo compuesta de 4.000.000.000.000.000 (cuatro cuatrillones) de celulosa que es el cerebro. Las investigaciones en su laboratorio han demostrado que el cerebro del hombre y de los animales emite ondas

cortas y radiaciones infrarrojas; éstas causan la eyección de electrones del protoplasma cerebral y estos electrones inician corrientes eléctricas a las que se debe todo nuestro pensar y razonar.

Esto, al parecer, ha sido ya confirmado, pues por medio de un aparato eléctrico muy delicado aplicado al cerebro ha sido posible medir las ondas eléctricas que se producen durante la actividad cerebral. Más aún, se ha comprobado que cuando el cerebro está en actitud pasiva las ondas eléctricas con casi nulas, mientras que cuando el cerebro trabaja intensamente, éstas aumentan en volumen y complejidad. También ha sido posible demostrar que distintas actividades mentales producen distintos dibujos al ser transmitidos al papel por la aguja eléctrica. Todo esto abre un campo enorme a la investigación, y no cabe duda que el misterio de la vida y de la mente está a punto de ceder gran parte de su secreto.

La glándula adrenal, situada encima de los riñones, es, según el doctor Crile, la estación generadora de fuerza para el cerebro. La adrenal colabora con una hormona de la glándula tiroidea situada en el cuello; esta hormona de la tiroidea parece ser el supremo gobernador del intelecto. Si la cantidad de esta hormona disminuye, el poder cerebral también disminuye. «Las dinámicas del cerebro —dice el doctor Crile— parecen paralelas e idénticas a las dinámicas de los procesos energéticos de los mecanismos no vivientes, tales como la combustión interna de una máquina o de una pila eléctrica. La actividad cerebral —continúa el doctor Crile— depende de cuatro constantes físicas: temperatura,

conductividad eléctrica, capacidad eléctrica y potencial eléctrico. Estas cuatro constantes varían en el cerebro vivo en el estado normal, en el estado de intensa actividad y en el estado de depresión, y estas variaciones de las cuatro constantes físicas del cerebro normal corresponden aproximadamente a las variaciones en la capacidad cerebral.»

El interés en los fenómenos electrovitales ha traído a un buen número de investigadores que en varios laboratorios están estudiando el protoplasma como generador de electricidad. El doctor Herbert H. Jasper ha encontrado que los impulsos rítmicos que vienen del cerebro hacen posible el localizar áreas defectivas. Los cerebros de mellizos idénticos muestran idénticas ondas eléctricas. Según los doctores Lee E. Travis y Abraham Gottlober, es posible distinguir una persona de otra sólo mirando las ondas cerebrales eléctricas.

Especialmente interesante es la técnica y el aparato inventado por los doctores Harold S. Burr, Cecil T. Lane y Leslie F. Nims. El aparato que se llama Tubo-Vacío Microvoltómetro, puede medir cantidades de electricidad tan ínfimas como cinco millonésimas de voltio. Según estos señores parece posible el diagnosticar las enfermedades por medio de ese aparato, pues dicen haber notado que las ondas eléctricas varían si los órganos o tejidos están enfermos. Cosa muy lógica por cierto.

Otro descubrimiento muy importante si se verifica es el siguiente: El doctor Edgar Allen, jefe del Departamento de Anatomía de la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale, dice haber observado una variación en el potencial eléctrico de la coneja durante la ovulación. Los electrodos del potenciómetro fueron aplicados al cuerpo de la coneja, y cuando la ovulación tuvo lugar, el instrumento registró un gran aumento de energía eléctrica. Excusado es decir los dolores de cabeza que nos evitaríamos si este aparato y teoría trabaja en la mujer... Se le podría aplicar una campana que anunciaría la señal de alarma y no habría que andar mirando al calendario. El doctor Allen confiesa que su descubrimiento no ha pasado del estado experimental y por lo tanto tiene que ser comprobado.

Noticias cortas

Pesos y medidas. Para ilustrar lo delicado de algunos instrumentos y el progreso que se ha hecho en medir y pesar tanto lo infinitamente grande como lo infinitamente pequeño.

Se puede pesar una parte de oro en un billón de parte de agua de mar.

Se puede medir la fuerza que rompe un huevo lo mismo que la que aplasta un bloque de acero.

Se puede medir la millonésima parte de una pulgada.

Se pueden medir temperaturas desde casi cero absoluto (450 grados; Fahrenheit, menos) hasta 10.000 grados F. (la temperatura estimada en el sol).



Foto mostrando la curva de la Tierra, tomada a 72.395 pies de altura.

Abejas sin aguijón. Nunca me olvidaré de los sustos y picazonas de abejas que me llevé al ir a



El unicornio de la fábula convertido en realidad, creado por el doctor W. Franklin Dove, de la Universidad de Maine, por medio de una operación y trasplante de tejidos.

entre estudiantes, que una merienda ligera compuesta de cereal con un poco de leche o fruta evita el torpor y pereza cerebral, tanto, que el encuentro se manifiesta después de una comida abundante en carnes y otros alimentos pesados. Nosotros ya habíamos comprobado eso mucho tiempo, pero hay que ponerlo en términos científicos.

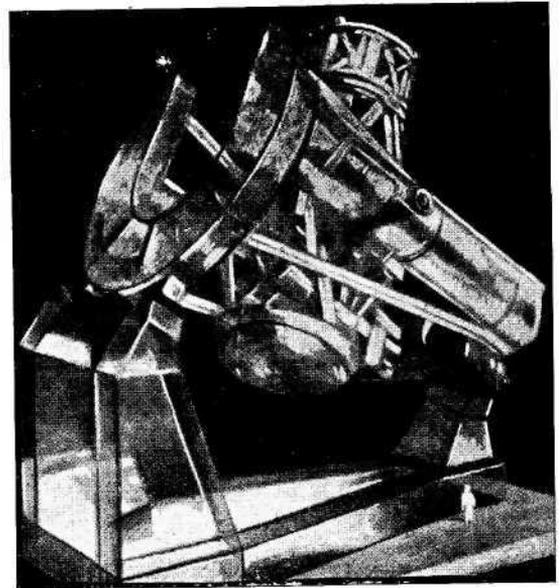
Rayos cósmicos que probablemente emprendieron su jornada desde alguna estrella moribunda antes de que la Tierra saliese de las entrañas del Sol, son usados en el Hayden Planetarium para abrir el circuito eléctrico que proyecta las tres mil estrellas sobre la bóveda del Planetarium. El contador que coge los rayos cósmicos ha sido designado de modo que el séptimo

rayo que entra en la máquina abre el circuito eléctrico y anuncia su entrada encendiendo una lámpara de neon y produciendo un chasquido que es perifoneado por un altavoz. El clásico debate entre los doctores Arthur H. Compton y Robert A. Millikan, acerca de la naturaleza de los rayos cósmicos, todavía continúa. Un grupo de investigadores mantiene que los rayos cósmicos representan los «últimos suspiros» de estrellas que están desintegrándose.

El número de elementos conocidos al Sol ha sido aumentado a sesenta y uno con el descubrimiento de tres nuevos elementos: osmium, iridium y thulium, los cuales son muy raros en la tierra.

Se ha confirmado la creencia de que la Nebula Pleiades (las Cabrillas) brilla con luz refleja y no con luz propia.

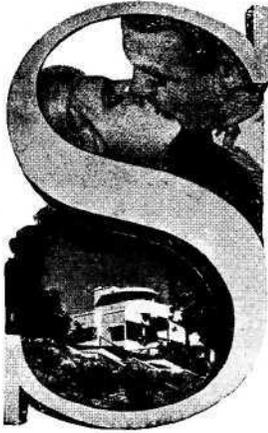
El nuevo telescopio que alargará nuestra visión del cosmos de quinientos mil años-luz (un año-luz representa la distancia recorrida por la luz en un año a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo) a un millón años-luz, está en el proceso de ser pulido y estará listo para el 1940. La gran masa de cristal de 200 pulgadas de diámetro ha dado bastantes dolores de cabeza a los astrónomos, pues tenían algún percance en su enfriamiento, el cual debe hacerse con el mayor cuidado; un pequeño descuido bastaría para



agrietar el cristal y estropear años de trabajo. El tubo del telescopio que se instalará en Monte Palomar, en California, pesa 500 toneladas, pero está tan finamente equilibrado que un niño puede moverlo y apuntarlo.

Otra teoría al cesto de los papeles. Repetidas veces hemos leído y se nos ha enseñado que los bonitos colores de los pájaros jugaban un papel importante en la selección del macho y por lo tanto en la evolución. Ahora resulta que los pájaros son color-ciegos, es decir, no distinguen colores. Pero como no podemos pasar sin teorías,

Una «utopía» sexual



Se ha puesto de moda vituperar la voluptuosidad cuando va desprovista de todo ropaje sentimentalista.

A este fin, se considera el placer sexual como una satisfacción bestial, como un goce bruto y despreciable, más propio de animales que de seres humanos.

¿Por qué esa vituperación, por qué ese desprecio? ¿Es que no es digna la satisfacción de los instintos sexuales?

Cohabitar cuando de ello se siente necesidad es tan digno, racional y humano como lo pueda ser el comer cuando se tiene hambre y orinar cuando se tiene gana.

Por el hecho de saciar mi sed sin ningún preámbulo sentimentalista, ¿soy ya un grosero, un hombre bestial?

Yo sé muy bien lo que hay. El romanticismo en amor, el apasionamiento morboso producido por la represión sexual, sigue siendo conceptualizado por muchos como un algo superhumano y elevado, cuando en realidad esto no es más que una supervivencia mística del ascetismo patológico florecido en la Edad Media.

Es preciso, opino, acabar con el misticismo en amor. Porque si no tomamos en serio las amenazas «divinas» de los sacerdotes, mucho menos debemos acatar y hacer nuestro el concepto esclavizante y patógeno que ellos tienen del amor.

Para seguir a la Naturaleza hay que dejar a un lado las religiones, sus mandatos y sus cumplices. Son dos cosas que se repelen fuertemente.



Se ha abolido en España la prostitución. Pero esto no quiere decir que haya desaparecido. Ni mucho menos.

En España hay las mismas prostitutas que había antes.

inmediatamente se ha propuesto otra para explicar el fenómeno. De acuerdo con esta hipótesis, el brillante plumaje del macho sirve para hacerlo más conspicuo que la madre y por lo tanto atraer los enemigos y siendo más fuerte poder repeler los ataques. Parece lógica, pero más lógica parecía la otra teoría y resultó falsa, así que pongámosla en cuarentena.

La prostitución no puede desaparecer mientras no haya un modo fácil de que las mujeres y los hombres satisfagan sus necesidades sexuales sin sentimentalismos de ningún género.

El sentimentalismo en amor es un pierdetiempo. No sirve más que para molestar, producir disgustos y convertir a los amantes en sádicos y masoquistas.

Bien entendido que no hago ninguna defensa de la sucia satisfacción sexual en la prostitución. Nada más distante de mis intenciones y de mi convicción naturalísima y sana.

Precisamente a lo que aspiro con mis estudios sexuales es a la creación de una ética sexual nueva y libre, que haga innecesaria la prostitución.

Para la supresión radical y efectiva de la prostitución, yo propondría la instauración de ciertos establecimientos de higiene, donde las mujeres y los hombres acudirían cada vez que fuesen compelidos por la necesidad.

No se trata de dedicar ciertas mujeres o ciertos hombres a poblar estos establecimientos para que se satisfaga todo (o toda) el que llegue.

Nada de eso. En dichos establecimientos no habrá más personal permanente que el personal médico y los encargados del establecimiento.

El personal a cuyo objeto se destina esta institución de higiene sería movedizo y transeúnte, estando integrado por todos aquellos individuos de ambos sexos que estuviesen sanos y en edad de razón y de expansionamiento voluptuoso.

La misión del personal médico sería el previo reconocimiento facultativo de todo el individuo que entrase al establecimiento; facilitando, además, los medios convenientes para evitar los embarazos no deseados e impedir que se reprodujeran todos cuantos individuos no fuesen factibles de procurar una descendencia sana desprovista de taras patológicas hereditarias.

El establecimiento deberá estar provisto de camas y demás útiles inherentes al fin a que se destina.

Además de las parejas formadas antes de la entrada, es muy posible que en las horas abierto al público acudieran al establecimiento hombres o mujeres sin amiga o amigo. En este caso, dentro del mismo establecimiento formaríanse electivamente parejas de amantes para «un momento».

La mujer o el hombre que no viese ningún individuo de su gusto, volvería otro día para ver si conseguía hacer elección.

Estos casos serían raros de darse, pues es de presumir que casi todas las parejas irían ya formadas al establecimiento.

Acabo de escribir esto y ya estoy oyendo las voces de los moralistas y beatos trasnochados:

—¡Qué escándalo! ¡Eso sería la caraba!
¡Cualquiera encontraría entonces una mujer decente!

Contesto: No es a ustedes, señores sin cabeza, gendarmes de la ignorancia y de la esclavitud mental, a quienes me dirijo. No es a ustedes para quienes escribo.

Escribo para las personas de buen sentido que tengan las cabezas limpias de telarañas y de herrumbre moralizante y dogmática.

No se me oculta que mi proposición asustará quizá hasta a muchos. que se llaman anarquistas y hombres «libres».

No obstante, como sé muy bien que el imperativo sexual exige ser satisfecho, no vacilo en exponer y defender mi criterio en una cosa que la creo necesaria y de gran utilidad práctica.

Conformes en que mi proposición es demasiado materialista. Pero yo no tengo la culpa.

Hombres como Luis Huerta, Martí Ibáñez, Armand, y hasta incluso la experiencia de la vida sexual en Rusia, han reconocido que el sexo tiene exigencias que no siempre van unidas al apasionamiento sentimental o psíquico de los amantes.

Se ha comprobado, según deduzco de la lectura de algunas revistas y folletos en francés, que una de las causas que motivaban la prostitución en Rusia era debida a la existencia de un cierto grado de represión sexual.

Esto hizo pensar en la posibilidad de establecer las llamadas «casas de satisfacción física», institución algo parecida a lo que yo propongo.

No sé si esto habrá tenido o no realidad en Rusia.

Luis Huerta también apunta la necesidad para el futuro, de instituir centros de satisfacción sexual, cuando ya la sociedad se decida a afrontar sin tapujos todas las necesidades del ser humano impuestas por la Naturaleza.

Y Armand, a quien tantos «anarquistas» miran de reojo por su camaradería amorosa, emite razones convincentes en cuanto a lo ineludible de instituir un medio sexual similar al suyo, si de verdad se quiere acabar con la prostitución, la represión sexual, los celos, los crímenes pasionales, la violación, el adulterio, etc.

Por otra parte: la educación sexual de la juventud, sin un medio fácil de dar libre curso a las necesidades sexuales, es pura majadería, son martillazos en el aire.

Estar «bien educado» sexualmente y no poder saciar los deseos cuando el imperativo biológico lo reclama, es una estupidez.

Yo entiendo que la educación sexual, como los demás aspectos de la educación, debe ser teórica y práctica, y si no es así, será incompleta y palabarrera, absurda y teorizante.

Los establecimientos de higiene que yo propongo, en último análisis, no son más que un complemento de la educación sexual, la cual debe tener como pináculo supremo admitir al sexo en el número de los problemas que deben tener un puesto reconocido en el mundo de las necesidades perentorias del ser humano.

Mi «utopía» no implica ningún estatizamiento de las satisfacciones eróticas de la comunidad.

Yo estoy contra toda organización que insinúe carácter gendármico o imposición autoritaria.

Pero no estoy conforme en abandonar a su propia espontaneidad a la gran masa de individuos apáticos a toda preocupación por el «después», y menos si se trata de una función de tan alta trascendencia como la sexual.

Si en lo económico, en los problemas que atañen al estómago, nos preocupa tanto el control social, ¿qué razón hay para no hacer lo mismo con los problemas del sexo?

PROTESTAMOS: *Hace ya varios meses se prohibió la entrada de ESTUDIOS en Cuba con el pretexto de que era pornográfica. No hicimos caso entonces, considerando que esperar un poco de juicio o sentido común del émulo del dictadorzuelo Batista, que en la Administración de Correos de La Habana ejerce sus funciones, era pedir peras a un olmo. Fué sometida nuestra Revista al fallo imparcial de una comisión de médicos y periodistas cubanos, quienes dictaminaron que las páginas de ESTUDIOS contenían artículos de carácter científico de gran utilidad para la vida sexual y privada, pero que en ninguna forma podían considerarse pornográficos ni inmorales. A pesar de lo cual, el pingüino administrador o funcionario que dió la orden de prohibición no ha querido anular su draconiana disposición.*

Pero ahora nos llega la noticia de que el Gobierno argentino se ha incautado de todos los paquetes destinados a nuestro corresponsal en Buenos Aires, callándose los motivos, que no son otros que su fobia antiespañola, de acuerdo con sus amos los jerifaltes fascistas de Italia y Alemania.

Y nuestro cónsul en Buenos Aires..., bien, gracias.

¿Existe la telepatía?



O faltará quien considere la pregunta que encabeza este artículo superflua y aun confusionalista. ¿A caso este fenómeno tan cacareado por los teósofos, místicos y metafísicos no ha sido probado ser ficticio? Por largo tiempo los científicos han esquivado

el ocuparse de este fenómeno y se han negado a tomar en serio las afirmaciones de aquellos que pretendían haber presenciado o experimentado algún fenómeno de telepatía. Alrededor de este fenómeno se ha formado una aureola de pecado, pudiéramos decir, que mancillaba a todo científico ortodoxo que se atrevía a mezclarse en este asunto e investigar su posibilidad.

Sin duda esto se debe al hecho de que estos fenómenos han sido siempre achacados a agentes sobrenaturales. Pero el espíritu orgulloso de los científicos del siglo XIX, que pretendía haber contestado a todas las preguntas y haber rasgado por completo el velo de Isis, ha sufrido varios golpes fatales que lo han humillado, pues a menudo se han visto forzados a aceptar lo que antes negaban rotundamente. Esto no dice nada en contra de la ciencia, ni la contradice, ni la pone en ridículo. Más bien al contrario. La ciencia es dinámica y elástica, siempre buscando la Verdad, siempre investigando las causas de todo fenómeno, siempre comprobando y siempre abriendo nuevos caminos hacia lo desconocido...

A medida que se han ido perfeccionando y aumentando los sentidos del hombre (porque, ¿qué son todos los instrumentos de pesar y medir sino una extensión de nuestros sentidos?), éste ha ido descubriendo fuerzas desconocidas y leyes y fenómenos que a veces contradecían las explicaciones admitidas y asentadas en los libros de texto. No es extraño, pues, que los científicos hayan comenzado a considerar su posición intransigente y a investigar fenómenos cuya existencia, aunque afirmada por grandes grupos de personas desde remotos tiempos habían sido considerados fuera del dominio de la física y de la realidad.

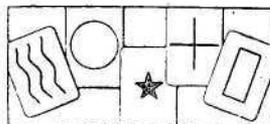
Confieso que yo también abrigaba mis prejuicios contra el fenómeno discutido en este artículo. Probablemente los lectores de ESTUDIOS no están tampoco exentos de ellos. Pero me parece un deber de todo escritor de temas científicos el informar a sus lectores de todo aquello que ocurre en el campo de la investigación, ya sea favorable o contrario a las creencias o ideas sostenidas, bien vaya en favor o en contra de nuestros deseos.

¿Es posible que un individuo pueda «leer» el

pensamiento que no ha salido de la mente de otra persona? ¿Es posible que un individuo «vea» un objeto completamente oculto de sus ojos y demás sentidos? Ante estas preguntas muchos se sonreirán con una sonrisa de incredulidad, como el autor se ha sonreído. No voy a pretender contestar esas preguntas afirmativa ni negativamente. Mi objeto es tan sólo presentar ante los lectores de ESTUDIOS las investigaciones y resultados conducidos por el doctor Joseph Banks Rhine, de Duke University, y sus asistentes. La prensa científica americana se ha ocupado extensamente de los sorprendentes resultados obtenidos y los ha comentado en detalle. Bueno será advertir, antes de seguir más adelante, que la honestidad y seriedad del doctor Joseph Banks Rhine están por encima de toda duda. Su trabajo e investigaciones han sido observados y vigilados por hombres de ciencia incrédulos y desconfiados. Todas las puertas por donde pudiese entrar el fraude han sido herméticamente cerradas.

No estará de más que definamos la telepatía y la clarividencia. Por telepatía se entiende la percepción de los procesos mentales de otra persona sin otra ayuda que el pensamiento. Clarividencia significa la percepción de objetos o hechos sin la ayuda de los sentidos. Es evidente que la ocurrencia de tales fenómenos viene a contradecir la famosa máxima: *Nihil est in intellectus quod non prius in sensu*. (Todo lo que hay en el intelecto ha entrado por los sentidos.)

Hace unos cuantos años que el doctor Banks Rhine, atraído por los fenómenos mentales, dejó el estudio de las plantas y se propuso investigar y aclarar los misterios del pensamiento. Careciendo de medios económicos para ello, se dirigió al notable psicólogo profesor William McDougall, de Duke University, donde comenzó a investigar la telepatía hace unos seis años. Comenzó por investigar qué adierto demostraban los niños en adivinar números estampados en cartas. De los niños pasó a los adultos. Las adivinaciones obtenidas no pasaban de las esperadas, de acuerdo con la ley de probabilidad, y por lo tanto podían considerarse como una coincidencia. Después comenzó a experimentar con sujetos hipnotizados y su curiosidad fué excitada por el gran número de aciertos o adivinaciones, demasadas para ser explicadas por la ley de probabilidad. Animado por los resultados, buscó y encontró la colaboración de estudiantes de la Universidad y de otros profesores. El doctor K. E. Zener dibujó las cartas aquí reproducidas, las cuales



Las cinco cartas usadas en los experimentos de telepatía y clarividencia por el doctor Banks Rhine y dibujadas por el doctor Zener

han sido usadas en los experimentos. Cada carta tiene grabado uno de los cinco símbolos, formando un conjunto de 25 cartas.

En los seis años de investigación, el doctor Banks Rhine ha conducido la friolera de 100.000 (cien mil) pruebas. Así que sus conclusiones no pueden ser acusadas de ser el resultado de un estudio precipitado e incompleto.

Los experimentos han sido variados, aunque la mayoría se han llevado a cabo estando los dos sujetos, receptor y transmisor, en el mismo cuarto, separados por una pared y también a muchas millas de distancia. El *modus operandi* también ha sido variado. En unos casos el receptor nombraba el símbolo de la última carta del paquete y otra persona verificaba el acierto o el error. En otros casos el sujeto transmisor miraba una carta y el receptor trataba de adivinar el pensamiento. Los errores y aciertos eran contados y calculados para ver si entraban en el dominio de la ley de probabilidad y por lo tanto podían explicarse como coincidencias.

¿Qué significa esta ley de probabilidad? Si tomamos una moneda y la tiramos al aire y tratamos de adivinar «cara o cruz», la probabilidad de acertar es mitad y mitad; en cien tiradas es probable que acertemos cincuenta veces. En una prueba de cien tiradas el promedio de error o adivinación puede variar en diez arriba o debajo de cincuenta. Pero si la prueba la aumentamos a cien mil tiradas, los errores y las adivinaciones serán casi iguales.

Si tomamos un paquete de 25 cartas, el promedio de aciertos probables será de cinco, y veinte errores. En mil pruebas de adivinación obtendremos un promedio de adivinación de doscientas, y en cien mil, unos veinte mil aciertos. Una pequeña fracción en más o en menos puede ser considerada como normal y explicarse como coincidencia. Por ejemplo: En veinticinco adivinaciones podemos acertar ocho veces o dos nada más, contra una probabilidad de cinco aciertos. Sin embargo, la probabilidad de que esto ocurra sucesivamente es remota. Un matemático nos dirá que la posibilidad de acertar ocho o dos veces en veinticinco adivinaciones es de una vez en quince, o sea un seis por ciento. Si continuamos y de cien adivinaciones obtenemos tanto como treinta y dos o tan poco como dos aciertos, podemos decir que la cosa se complica. Y si aumentamos las pruebas a cien mil con los mismos resultados, entonces podemos asegurar que ni la ley de probabilidad ni las coincidencias pueden explicar el fenómeno.

El número más grande de aciertos fué obtenido por Mr. A. J. Lizmayer, un estudiante de la Universidad, quien obtuvo una prueba de veintiún aciertos en cuarenta y cinco adivinaciones. De acuerdo con la ley de probabilidad sólo debiera haber obtenido nueve aciertos. De 600 cartas que trató de adivinar acertó 238. Pura coincidencia le daría sólo ciento veinte aciertos. La posibilidad de que esto ocurra, según las matemáticas, es de una vez en 1.034, o sea el número 10 multiplicado por sí mismo treinta y cuatro veces, cuyo resultado es un 1 seguido de treinta y cinco ceros..., o sea cien decillones.

En una sesión, Lizmayer nombró correctamente la carta veintiuna veces (quince seguidas) en

veinticinco pruebas. Mr. George Zirkle, en una serie de tres mil cuatrocientas pruebas, alcanzó un promedio de once aciertos en cada veinticinco adivinaciones. Esto es, cincuenta y dos veces más del error probable. La probabilidad de que este fenómeno ocurre accidentalmente, o sea coincidencia, es igual 1 en 10 elevado a la 268 potencia. En varias ocasiones Zirkle acertó veintidós veces en veinticinco llamadas. Esto se puede comparar al récord alcanzado por mister Hubert Pearce, quien en una sesión adivinó correctamente todas las cartas en un paquete de 25. La posibilidad de que esto ocurra por coincidencia es 1 en 298, 023, 223, 876, 953, 125. Para señalar la magnitud de este número apuntaremos que si un individuo nombrase cartas a la velocidad de una cada medio minuto diez horas al día, durante los trescientos sesenta y cinco días del año, tardaría la friolera de seiscientos billones de años para nombrar la cantidad de cartas mencionada. Es decir, una vez en cada seiscientos billones de años podríamos esperar que se repitiera la hazaña de Pearce.

En doscientas pruebas hechas a 250 millas de distancia entre el receptor y el transmisor, Miss Ownbey y Miss Turner, acertaron diez en cada veinticinco llamadas.

Podríamos seguir citando hazañas adivinatorias o telepáticas notables, pero «para muestra basta un botón».

El doctor Banks Rhine no pretende tener una explicación lista para los fenómenos que ha presenciado. Para él no tienen nada de sobrenatural y cree que la telepatía y la clarividencia son debidas a una «percepción extrasensoria», es decir, recepción de una forma de energía desconocida de un modo también desconocido, pero que envuelve el sistema nervioso igual que cualquier otro proceso sensorio.

En sus experimentos, el doctor Banks Rhine ha encontrado la habilidad telepática clarividente con la práctica, lo mismo que cualquier otro ejercicio muscular o proceso mental. Dicha habilidad es afectada por las drogas, el sueño, la fatiga y la distracción. Contrariamente a lo que se creía, la concentración más completa es necesaria y el individuo puede disminuir la cantidad de adivinaciones correctas con sólo distraerse. Tiene, pues, todas las características de ser una función bien natural y humana. También ha sido demostrado que la telepatía y la clarividencia son una misma cosa y que el sujeto que posee la una también posee la otra.

Al comienzo, el doctor Banks Rhine fué sujeto a severas críticas por meterse en «camisa de once varas»; pero hoy, que los resultados han sido comprobados, discutidos y aceptados por los científicos, el problema es el de encontrar la energía responsable por dichos fenómenos y su forma de transmisión, o por lo menos, una hipótesis que explique el fenómeno. Varias han sido propuestas, pero ninguna es satisfactoria. De ellas nos ocuparemos en otro artículo, si es que el asunto despierta suficiente interés en los lectores de ESTUDIOS.

No cabe duda que nos encontramos ante nuevos descubrimientos en el campo de la parapsicología. El doctor Banks Rhine ha iniciado la tarea y señalado el camino.

El negocio de los abortos



El consejero de Sanidad y Asistencia social de la Generalidad de Cataluña ha puesto en vigor un decreto por el cual se autoriza la interrupción artificial del embarazo, practicado por médicos capacitados en clínicas especialmente preparadas, siempre que la gestación no exceda de los tres meses y las condiciones físicas y psicológicas de la mujer que lo solicite permitan garantizar un feliz resultado en la intervención.

Tal disposición, además de su trascendental importancia eugénica y social, viene por sí misma a desbaratar

el negocio del aborto, el más nefasto de cuantos en torno a los problemas físicos de la mujer y al amparo de la comercialización de la Medicina vienen realizando gentes de conciencia tan sucia como sus procedimientos.

En este campo particular y privado, las mujeres son víctimas no sólo de los charlatanes y matasanos con o sin título académico, sino también de los fabricantes de pretendidos específicos abortivos, de resultados absolutamente inútiles, aunque sí notoriamente perjudiciales.

Un médico amigo de ESTUDIOS, gran ginecólogo y profesor de obstetricia clínica en una de nuestras mejores Facultades de Medicina, nos aseguraba hace pocos días que se puede afirmar, sin temor a ser desmentidos, que en España mueren cada año más de tres mil mujeres a causa de aborto clandestino. Pero además, por cada mujer que fallece hay muchas más que quedan incapacitadas, a veces de modo permanente, y otras muchas que sufren diversas lesiones ocasionadas por torpes maniobras abortivas que dejan arruinadas sus vidas para siempre.

La mayoría de las mujeres que se someten a las prácticas abortivas no son, como se supone generalmente, muchachas que desean ocultar las consecuencias de un desliz amoroso. Son madres que, habiendo dado a luz ya a numerosos hijos, no pueden arrostrar la posibilidad de traer al mundo otro niño a un hogar que carece de alimentos y vestidos adecuados.

Debido a que las leyes de este país han considerado como un acto criminal la provocación del aborto, a menos que existan razones mé-

cas suficientes para pensar que el alumbramiento terminaría fatalmente para la madre o pondría en grave peligro su vida, los abortos han venido y vienen todavía practicándose por comadronas y médicos de dudosa reputación y, por lo general, en las peores condiciones posibles.

Aun cuando el médico sea quizá bastante experto en la operación abortiva, que es la remoción quirúrgica del óvulo impregnado en las paredes del útero, las condiciones de ocultación y clandestinidad con que ha de actuar son con frecuencia tales, que ponen en peligro la vida o la salud de la mujer. El médico que hace abortos no dispone de clínica y asistencia apropiadas. Esto significa que los abortos han de practicarse sin las ventajas y materiales asépticos adecuados, sin la ayuda de un anestésista diestro y de la debida atención postoperatoria de la paciente.

El cuadro de los abortos practicados por comadronas es todavía más horrible, porque no solamente faltan la competencia y las condiciones necesarias, sino que a menudo estas mujeres utilizan los medios más crudos y rutinarios para provocar el aborto.

De esto se deduce que las consecuencias deplorables y la mortalidad ocasionada por tales prácticas van en su casi totalidad a cargo de la clase obrera. La mujer que puede pagar unos centenares de pesetas por un aborto está en situación de poder comprar y obtener servicios de más alta calidad, y hasta se simulará su caso como si se tratara de un aborto terapéutico, es decir, de un aborto justificado desde el punto de vista médico y por lo tanto legal, practicado en un hospital o clínica por un cirujano competente y con todas las condiciones adecuadas y necesarias. Pero la mujer que dispone de poco dinero es la que tiene que arriesgar su salud y su vida en manos inhábiles, a menudo incompetentes, cuya labor resulta muchas veces fatal, y casi siempre de consecuencias lamentables para su vida sexual futura.

Y es de notar que los honorarios de estos profesionales del aborto son siempre superiores para las mujeres solteras que para las casadas, que hasta ese extremo llevan esas gentes su ética profesional.

Otro truco de este comercio clandestino consiste en simular un aborto cuando no hay necesidad de ello. Una mujer, quizá con retardo de no más de una semana, va a visitar a uno de estos profesionales. Este le asegura que se halla en estado, provoca un ligero flujo de sangre, le cobra lo que cree que puede pagarle y la manda para su casa. No pocas veces ese retardo se debe a una simple amenorrea y no existió embarazo en absoluto.

Ningún médico, a menos que exámenes previos le hayan familiarizado con la anatomía de la mujer, puede afirmar por un reconocimiento digital si ha tenido o no lugar la concepción, hasta que el embarazo haya avanzado seis o siete semanas. A ninguna mujer puede dársele una respuesta definitiva una semana después de faltarle el período que espera. Únicamente por la prueba Ascheim-Zondek puede determinarse un embarazo a las tres o cuatro semanas.

Esta prueba se practica inyectándole a un conejo hembra una pequeña cantidad de orina de la paciente. Cuarenta y ocho horas después se mata y se examina el conejo. Si han ocurrido ciertas alteraciones en los ovarios y el útero del animal, es prueba de que la mujer está embarazada. Si se practica como es debido, esta prueba resulta casi siempre correcta. Pero este experimento únicamente están en condiciones para efectuarlo los laboratorios de primer orden, que lo realizan por un precio razonable. De ninguna manera los traficantes, que al amparo de la clandestinidad y a costa del dolor humano hacen su agosto.

Muchas mujeres, temerosas de las consecuencias que han visto sufrir a otras, no se atreven a someterse a manipulaciones abortivas en manos dudosas, no disponiendo de medios para procurarse una asistencia médica experimentada.

¡Ah!, pero también para estas infelices la red del comercialismo médico tiene extendidas sus mallas. Los fabricantes de específicos abortivos, de píldoras, tabletas, pastillas o perlas para el retardo menstrual, para la regulación del período fisiológico de la mujer, realizan un buen negocio y una constante estafa, con la tolerancia inexplicable de las autoridades médicas, que saben sobradamente que no existe droga ni combinación de drogas que haga abortar a la mujer ni reaparecer su flujo menstrual, a menos que tenga una fuerte y anormal propensión para ello.

Las revistas baratas están llenas de anuncios de tales productos, cuya absoluta ineficacia para sus desarreglos menstruales, aunque sí su acción perjudicial, comprueban las mujeres todos los días a expensas de su bolsillo y de su salud.

Las drogas que ocasionalmente producen el aborto, por predisposición patológica de la mu-

jer más que por la acción del producto, actúan envenenando la sangre y ocasionando graves trastornos orgánicos, por efecto del plomo contenido en la mayoría de ellos. En muchos casos, las mujeres sufren envenenamientos graves y hasta les sobreviene la muerte por el uso de esas drogas, sin haber expulsado el embrión. Los efectos del envenenamiento por el plomo o sus derivados son terribles. A la ingestión de este metal puede seguir una fuerte inflamación de todo el conducto digestivo e intestinal, la parálisis y trastornos mentales.

Algunas de las firmas productoras de estos específicos abortifacientes o reguladores de períodos demorados (específicos que, claro está se venden siempre a precios elevados) tienen su comercio tan bien organizado que sirven directamente por correo a sus ingenuas clientes y, además, lanzan al mercado dos productos o un mismo producto presentado en dos formas y nombres diferentes; si el primero no da los resultados deseados, se aconseja a la mujer que pruebe con el segundo.

La Asociación Médica Americana, ante el abuso de este comercio ilícito y sus estragos, ha denunciado recientemente a los fabricantes de productos abortivos o reguladores, después de un detenido estudio y análisis de los mismos, en los que se llegó a las siguientes conclusiones:

a) No se puede confiar en ninguna droga como abortiva para las mujeres que no tengan una fuerte predisposición al aborto.

b) Las dosis que no ponen en peligro la vida de la mujer fracasan.

c) Las dosis que tienen buen éxito ponen en grave peligro la vida de la mujer, cuando no son fatales.

Como todas las leyes coercitivas, la ley represiva contra el aborto clandestino que todavía rige en España (sólo Cataluña, que sepamos hasta ahora, se ha decidido a ponerse en este aspecto al nivel progresivo de otras naciones) penaliza y ejerce su rigor contra la clase trabajadora, pues las clases pudientes, aparte de que disponen de medios con que poder comprar la complicidad y los servicios de buenos especialistas, no se ven acuciadas por el móvil más corriente que induce a la interrupción artificial del embarazo: la miseria.

ADVERTIMOS A CUANTOS NOS PREGUNTAN POR NUESTRAS PUBLICACIONES **MEDICINA NATURISTA Y ANTOLOGIA DE LA FELICIDAD CONYUGAL**, QUE NO ES QUE HEMOS DEJADO DE PUBLICARLAS, SINO QUE LA DIFICULTAD PARA PODER ADQUIRIR PAPEL PARA LAS MISMAS HACE QUE LOS NUMEROS CORRESPONDIENTES SE PUBLIQUEN CUANDO PODAMOS Y NO CUANDO QUERAMOS. CONFIAMOS, NO OBSTANTE, EN QUE EL PROBLEMA DE LA ESCASEZ DE PAPEL HA DE QUEDAR PRONTO RESUELTO, Y ENTONCES PODREMOS PUBLICARLAS CON ENTERA NORMALIDAD.

Una extraña infidelidad



1. Ella amaba a su marido...; de ello estaba cierta. Le amaba con locura, intensamente, con todo el entusiasmo de su naturaleza apasionada, capaz de todas las abnegaciones, de los más grandes sacrificios; con toda la ternura que, durante tanto tiempo —¡hasta que le encontró a El!— vagó en su alma, sin objeto: con un cariño raro, anormal, casi patológico; ingenuo, infantil, a veces; otras, protector, casi materno. Le amaba con admiración respetuosa y ardiente...; adoraba en El...; era su amor...; su vida... A no dudar, la hubiera dado gustosa sólo por complacerle; ni un instante hubiera vacilado.

Y, sin embargo, le era infiel...

¿Cómo era posible tal anomalía? ¿Qué extraña, qué incomprensible aberración había en Ella, que la impulsaba, aun a pesar suyo, a traicionar al hombre a quien amaba de tal modo? Aun, si su marido fuera un viejo, un impotente, sería, si no lógico, comprensible. Pero, no. Su marido era joven, fuerte, físicamente bello, y unía a tales cualidades un espíritu selecto y una inteligencia nada común. Ni uno sólo de los titeres con quien le traicionaba podía comparársele... y ninguno la amaba como El. Además, y de ello dióse cuenta muy pronto, en sus primeros tiempos de adulterio, su marido no era, ni con mucho, un pazguato; sabía «tratar a las mujeres»...

Y, con todo, Ella le era infiel...

Cierto que su infidelidad era simplemente física, que no conmovía su carne, ni, mucho menos, su corazón. Ni uno sólo de sus amantes de un día obtuvo de Ella un adarme de cariño, ni la más ligera demostración de simpatía. Y es que nunca vió en ellos al hombre, al ser humano... Eran «objetos», simples «objetos» que nada significaban en su vida, de los que ni tan siquiera se acordaba nunca, a no ser para odiarles, como prueba evidente de su degradación. Por eso elegía a sus amantes entre los más abyectos y despreciables, para no verse tentada a concederles nunca la más íntima partícula de su afecto, de aquel afecto que sólo a El pertenecía. Por idénticas razones, jamás se entregó dos veces a un mismo hombre. No quiso ver en sus «caídas» otra cosa que lo que eran en realidad: experimentos, grotescos y dolorosos experimentos, en los que la verdadera víctima era el experimentador.

Los placeres más vergonzosos le fueron reve-

lados. Lo conoció todo. Lo más abyecto, lo más repugnante, lo más atrevidamente amoral. Nada se ocultó a sus ojos, afanosos de verlo «todo». Sodoma y Lesbos no tuvieron secretos para Ella... Vióse obligada a dominar su asco, sus invencibles náuseas...; pero Ella quería «saber»...

Ella no era una viciosa. Pese a sus locuras, pese a sus horribles aberraciones, no lo era. Nunca su carne, adormecida o muerta, sintió el punzante aguijón del placer... De ahí sus rarezas, sus cambios bruscos, intermitentes, que la transformaban, sin transición casi, en sádica o en masoquista. De ahí, también, sus frecuentes crisis nerviosas...

Ella era muy desdichada. Se advertía distinta a las demás mujeres, y, a veces, se creía mala, muy mala... Ella comprendía que su degradación era debida, no a un exceso de erotismo, sino a la carencia absoluta de él. De ello nacían sus excursiones al campo de lo prohibido, de lo anormal, sus desesperados escauceos en busca de un placer que la Naturaleza le negó. Aparentemente fogosa y sensual, era, en realidad, una pobre mujer condenada a la frigididad eterna.

Mas, ¿cómo explicarle esto a su marido?...

Seguramente, no lo comprendería, y su orgullo varonil le haría sentirse humillado. Tal vez pensaría que no le amaba...; acaso que amaba a otro... El hombre es demasiado vanidoso para comprender que una mujer no tiemble entre sus brazos sin pensar, al mismo tiempo, que otro hombre tiene la culpa...

Además, ¿cómo condenar a ese hombre joven, vigoroso, pletórico de vida, a la unión consciente y deliberada con una mujer anormal, que no podía, ni —ahora lo comprendía— podría nunca compartir su placer?

Mas, de otro modo, ¿qué hacer?...

¿Continuar eternamente esa comedia, ese grotesco simulacro de dicha que la destrozaba, y que, por otra parte, más tarde o más temprano, podía descubrirse? ¿Qué hacer, si llegaba este día y su marido se enteraba de todo? No. Ella le amaba demasiado para exponerle a semejante descubrimiento.

¿Y si se lo dijera Ella misma?...

¿No era eso mejor, más noble, que exponerse a que lo supiera de otro modo? Puesto que un día u otro había de saberlo, mejor que fuera de sus labios. Así no sería tan doloroso para El... y tal vez la perdonase, mientras que si se enteraba por otro lado, si al engaño se añadía el furor de verse burlado, entonces... Sí, era mejor decírselo. El era tan bueno que la agradecería su lealtad y, quizá, gracias a ella...

Sí, era mejor decírselo...

Pero, ¿cómo hacerlo? No, no podía ser. ¿Cómo destruir de ese modo su felicidad? El la amaba tanto, que no podría ya ser feliz sabiendo que Ella no compartía su dicha. Fué por eso que no se lo dijo nunca, por eso fingió día tras día una voluptuosidad que estaba muy lejos de sentir.

pero que —y Ella lo sabía— halagaba a su marido...

Al principio, cuando la iniciación, Ella creyó que su... «indiferencia» era momentánea..., que luego..., más tarde...

Acudieron a su mente sus repugnancias de jovencita, cuando, de manera harto brutal, le fué revelado el «secreto»... *y maldijo con toda la fuerza de su alma atormentada a sus educadores, por haberla inculcado una moral hipócrita y absurda, contraria a las leyes de la Naturaleza*, que luego, al levantarse inesperadamente el velo, le hizo considerar asqueroso el acto que le dió la vida... *y se lamentó de que todavía imperase esa falsa moral que la había convertido en algo peor que una prostituta...*

Sin embargo, a Ella le gustaba su marido...

Era el único hombre cuyas caricias no le daban miedo, cuyos besos le producían un placer íntimo, inefable, aunque puramente anímico. A Ella le gustaba su cuerpo, fuerte y delicado a un tiempo, tan perfectamente bello... su cutis de niño..., su linda boquita femenil... Ella adoraba sus bellos ojos, tristes y pensativos..., su aspecto grave y sereno..., la línea noble de su frente espléndida... Le encantaba contemplarle en silencio, hora tras hora, mientras dormía, con la inocente y casta desnudez de un niño o de una estatua. Pasaba horas enteras así, contemplándole, arrodillada junto a El, escuchando su rítmico y tranquilo respirar... Pero nunca la sombra de un pensamiento impuro manchó el suave reposo de aquel bello cuerpo inmóvil...

Mas, ¿cómo explicarle esto a El, cuya naturaleza sensual y poderosa hacía considerar el placer físico como algo natural necesario? ¿Cómo dárselo a entender a ese hombre, a pesar de ello tierno y sensitivo como un niño? No lo comprendería, y su incompreensión —por otra parte, comprensible— les separaría para siempre. Y eso... Ella no podría soportarlo.

Además, Ella no tenía derecho a hacerle sufrir así..., no podía..., le era imposible... Porque, a no dudar, tal confesión sería para El un golpe terrible, sobrehumano, que destruiría su serenidad, su hermosa confianza, y, tal vez, acabaría con su vida. Y Ella, que le amaba tanto, le vería sufrir por su culpa, abatirse, llorar quizá...

No. Era mil veces preferible continuar engañándole...

Pero, ¿cómo justificar, ante la propia conciencia, tal fingimiento? ¿Cómo continuar viviendo día tras día, hora tras hora, junto a un hombre a quien se ama, por quien se siente el más profundo respeto y admiración, y al cual, a pesar de ello, se ha traicionado? ¿Cómo continuar llevando un nombre que se venera, sabiéndose indigna de él?

Cierto que nadie lo sabía...

Ella tomó sus precauciones, pero, ¡ay!, ¿qué importaba que nadie lo supiera, si Ella no podía olvidarlo?

Cierto, también, que si le fué infiel no fué por amor, ni por vicio; que sus infidelidades ningún placer le proporcionaron, que sus amantes sólo asco y desprecio supieron inspirarla, asco y desprecio de ellos y de sí misma. Mas, ¿era, por ello, menos monstruosa su culpa? ¿No se hacía, por el contrario, más repugnante y odiosa?

Se puede perdonar, hasta cierto punto, que una mujer traicione a un hombre a quien no ama, pero que traicione a quien ama más que

a su propia vida, y que lo haga sin dejar de amarle, amándole más, si cabe, desde los abismos de su relajamiento moral, es inconcebible, absurdo... ¡Si hasta su alma se estremecía sólo al pensarlo!

¡Y pudo pensar en contárselo todo, a creer, incluso, que podría perdonarla! ¡Ah! ¡Con qué supremo desdén, si se lo dijera, la arrojaría de su lado, como inmunda y ruin alimaña!

Ella recordó su actitud cuando, hablando con unos amigos, El declaró, con su altivez característica, que todo lo perdonaría menos el engaño..., le pareció estar viéndole aún, erguida su hermosa cabeza, sosteniendo la verdad de su aseveración. Y al imaginar la expresión de aquel altivo y bello rostro al confesarle su conducta, Ella tembló... Su frente se llenó de gotitas frías, viscosas, y una corriente de hielo agitó su columna vertebral...

Y se vió arrojada de su hogar...

No. ¡Eso, no! Podía pegarle, si quería; insultarla, hacer de Ella lo que quisiera... Ella recibiría sus golpes con placer, como un castigo merecido; soportaría sus reproches, lo aceptaría todo, incluso la presencia de otra mujer...; pero ¡que no la alejase de El, que no la arrojarase de su lado!... No verle más, dejar, para siempre, de oír el sonido de aquella voz adorada... No. ¡Eso, no! Ella sería su esclava; sonreiría, sumisa, ante las mayores humillaciones... —¡Ella, tan orgullosa!—, pero que le dejase estar allí, junto a El; que le permitiese verle, cuidarle, arreglar sus cosas, hojear sus libros predilectos... No le hablaría nunca; desaparecería al menor atisbo de molestia, como un perro sarnoso que ni siquiera se atreve a solicitar una caricia, ni el consuelo de una mirada afectuosa... Todo, señor, todo, con tal de no dejar de verle.

Mas, ¡ay! ¿Cómo decírselo? ¿Qué significaban sus propósitos ante el sufrimiento del ser amado? ¿Cómo confesárselo sin hacerle daño, sin, al mismo tiempo, destrozarse su corazón? Tal vez fuera mejor no decir nada, que El no lo supiera nunca... permitir que siguiera creyéndola digna de su amor...

El no se enteraría... y aún podían ser felices...

Por otra parte, ¿qué derecho tenía Ella a destruir la existencia de ese hombre que la amaba, que había depositado en Ella su confianza, y a quien Ella, a su vez, amaba con locura? ¿No sería una ingratitud? Y todo, ¿por qué? Por un escrúpulo infantil, indigno de espíritus superiores. Pues, al fin y al cabo, se trataba de una tontería, de una nimiedad sin importancia... Aun, de haber tenido hijos...

En realidad, Ella nunca le fué infiel, ya que ni un solo instante dejó de amarle. Ellos, los otros, fueron sólo «objetos», sucios y despreciables «objetos»...

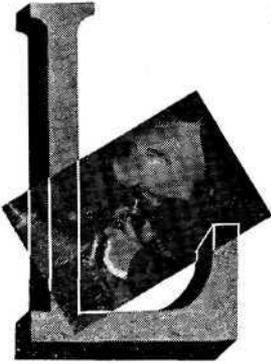
Pero, ¿acaso era Ella algo más?...

Sí, «todavía» era algo más que un «objeto» ruin y despreciable...

Aunque... ¿estaba segura? Sí, «todavía», era algo más. ¿No debía confesarlo todo, terminar de una vez aquella farsa innoble? Claro que no valía la pena..., que no tenía ninguna importancia..., absolutamente ninguna...

Luego no había necesidad de decírselo... Ella no tenía derecho a hacerle desdichado... Aunque... si se enterase..., era mejor decírselo... El era bueno, comprensivo... se haría cargo... Aún podían ser felices

El progreso de la Biología



A intensa y minuciosa labor investigadora que reina en los laboratorios no puede menos que dar abundante fruto. Los descubrimientos se suceden rápidamente. Poco a poco el hombre va rompiendo el velo de Isis y los fenómenos vitales van rindiendo sus secretos. Vamos a presentar y comentar algunos de los más recientes descubrimientos.

Enzymas.—Por primera vez en la historia de la química fisiológica, una enzima (sustancia química que juega un papel esencial en los procesos de digestión y fermentación) ha sido observada trabajando. Esta observación ha probado la verdad de una teoría sostenida por algunos fisiólogos por más de cincuenta años.

En el siglo XIX una enzima era una sustancia misteriosa que por su sola presencia causaba la transformación de los alimentos en sustancias celulares y en productos inútiles. Las teorías más modernas adscribían a la enzima una acción más directa en algunos de los estados de los procesos químicos. Los estudios del doctor Kurt G. Stern, del departamento de Química fisiológica de la Universidad de Yale, han venido a corroborar las concepciones modernas. Valiéndose del espec-

troscopio, el doctor Stern ha podido observar el ciclo químico de las reacciones que tienen lugar entre la enzima catalase y *mono-ethyl-hydrogeno peroxide*. Según su informe, la enzima actúa del modo siguiente: «La enzima actúa previendo un nuevo camino de reacción que lleva a una composición intermediaria, compuesta de la enzima y de moléculas sustraídas. Esta composición es inestable, pero dura lo suficiente para permitir su observación.»

Se supone que existen cientos de enzimas, y sin estas sustancias tan infinitamente pequeñas la vida sería imposible. Ellas toman parte y hacen posible todas las reacciones químicas, aun después de la muerte, pues ellas son las que destruyen el cuerpo, reduciéndolo a sus componentes primarios, poniéndolos otra vez en circulación para que sean usados por otros organismos.

Clorofila. — Pocas gentes sospechan el valor utilitario del verdor de las plantas. Clorofila, la sustancia que da a las plantas ese color verde tan atractivo, está íntimamente relacionada con *hemín*, la sustancia que da el color rojo a la sangre. Se ha encontrado que la estructura química de *hemín* y clorofila contiene una mezcla volátil de ciertas bases como idas como *pyrrols*, cuya exacta composición ha sido establecida. Estos *pyrrols* son construídos en compuestos conocidos como *porphirins*; los *porphirins* de las hojas y de la sangre son idénticos, con la sola diferencia de un átomo de carbón y varios de hidrógeno. En 1925 y después de quince años de continua labor, el doctor Hans Fischer consiguió sintetizar *porphirins*, pero hasta el presente los químicos no han podido sintetizar clorofila.

El doctor Richard Willstaetter ha probado que existen dos tipos de clorofila: A y B. Junto con ellas ocurren dos pigmentos amarillos: carotina, que es convertida por el cuerpo en vitamina A y *zabtophyll*, creída por algunos químicos ser la madre de la vitamina E, o sea la vitamina de la fertilidad.

Algunos científicos creen que el pigmento rojo de la sangre fué evuelto en alguna de las etapas de la evolución del pigmento de la planta. El pigmento sanguíneo tiene hierro, mientras que el de la clorofila tiene magnesio. Cuando la Naturaleza sustituyó hierro por magnesio, parece que ella tomó el primer paso para evolver la vida animal de la vida vegetal.

Willstaetter mantiene que una de las características principales de la química animal es la combinación del oxígeno traído por el hierro en el pigmento rojo de la sangre, mientras que la característica de la química vegetal es la expulsión del oxígeno producido por el magnesio del pigmento verde de la planta.

Uno de los primeros usos de la clorofila fué el usarla como sustancia para dar color al jabón y

Sí, Ella no debía engañarle... Pero, ¿y si no comprendía? ¿Y si, desesperado, la arrojaba de su lado? Si, por lo menos, la dejara explicarse... ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Si no le decía nada y El, por cualquier causa, se enteraba, no la perdonaría nunca, mientras que, diciéndoselo Ella..., tal vez..., y nunca sería tan doloroso para El. ¿Qué hacer?

Ella «debía» decirselo.

Esa era la amarga, la desoladora verdad que en vano intentaba ocultarse a sí misma. Pero, ¡qué desgarrador era darse cuenta! ¡Darse cuenta! ¡Cuánata amargura encierran esas dos palabras!

Aunque... El comprendería..., la amaba..., se haría cargo... ¡y Ella le amaba tanto! Sí, se lo diría todo.

El era bueno..., sabría comprender..., y la perdonaría... Al ver su dolor, no podría por menos que perdonarla. Y, más tarde..., pasaría el tiempo... y ambos olvidarían.

Sí, eran jóvenes... aún podían ser felices...

Se lo diría todo..., ¡todo!... Pero no hoy... mañana..., mañana..., mañana...

otros artículos del baño. Actualmente la clorofila ha encontrado otro uso muy útil en la preservación de alimentos y vegetales. Se ha descubierto que cuando el papel se trata con el verde de la clorofila, actúa como un filtro y sólo deja pasar los rayos de sol, que son benéficos, deteniendo los perjudiciales, retardando de este modo la putrefacción de los productos protegidos y manteniendo su sabor.

Química de la vida.—El doctor Irving Langmuir, que ganó el Premio Nobel por sus clásicas investigaciones y descubrimientos de química de la sangre, anuncia la formación de una sustancia que se compone igual que la pared celular de las células vivas. Esta pared celular sintética, según el doctor Langmuir, promete ser de gran ayuda en el estudio de las células y de las relaciones entre éstas y su medio ambiente. La pared celular sintética consiste de unas gotas de ácido esteárico disueltas en un hidrocarbón no volátil y es el resultado del estudio de los films formados por moléculas separadas de hidrocarbón, incluyendo aceites, flotando en la superficie del agua.

Se sabe que potasio, sodio, magnesio y calcio son elementos esenciales a la vida. Las nuevas investigaciones demuestran cómo esos ingredientes vitales actúan de modo que se equilibran, de cuyo equilibrio resulta la salud, y cómo los disturbios de su concentración producen la enfermedad y la muerte. Mucho sodio y potasio, según las conclusiones del doctor Langmuir, tienden a solidificar las paredes celulares, disminuyendo por consiguiente su permeabilidad de modo que las células no pueden recibir el alimento necesario del líquido que las rodea. Del otro lado, mucho calcio y mucho magnesio tiende a evaporar

la pared protectora de la célula en un estado gaseoso, dejando la célula sin ninguna defensa.

Genética.—El estudio de los elusivos genes continúa con resultados satisfactorios. El presente concepto del gene define éste como la unidad de la cual dependen todas las cualidades físicas del individuo tales como estatura, color de los ojos, pelo y piel y cualidad de los órganos internos. Estas unidades tan importantes están localizadas en todas las células y cada especie posee un número fijo y determinado, llegando a miles en algunos casos.

Faltos de una visión directa de los genes aun con el ultramicroscopio, los científicos han tenido que usar su imaginación para concebir su forma. Generalmente se han comparado a los guisantes, la cáscara representando los cromosomas y los guisantes los genes. Según la nueva concepción presentada por el doctor Dorothy Winch, los cromosomas son las estructuras primarias unitarias, mientras que los genes son diferencias en la largura de los cromosomas filamentosos. De acuerdo con esta concepción, la estructura del cromosoma es de dos tipos de elementos: uno es una serie de filamentos longitudinales compuestos de «secuencias idénticas de moléculas de proteína paralelas»; la otra parte es una especie de anillo de moléculas de ácido nucleico rodeando los filamentos de protóin y sosteniéndolos juntos.

La investigación de los cromosomas de las glándulas salivares parece sostener la concepción del doctor Winch. Pero todavía quedan grandes lagunas que llenar en nuestro conocimiento de los genes y numerosos enigmas que descifrar acerca de su mecanismo.

Almanaque Educativo de ESTUDIOS

Sinceramente lamentamos que la escasez de papel determinada por las anormales circunstancias actuales nos hayan impedido el poder preparar el Almanaque Educativo de ESTUDIOS, que tanto éxito alcanzó el año pasado. Teníamos preparado el original para el de este año, con una selección de efemérides, pensamientos y trozos de literatura útil y agradable, completamente distinta al año anterior. Además ofrecíamos una valiosa y eficaz novedad, que no revelamos porque nos guardamos para poner en práctica al año próximo, cuando ya la nueva era de libertad permitirá el normal desenvolvimiento a nuestra labor educativa con nuevos y dilatados horizontes.

Ya saben los camaradas que nos tienen hechos pedidos de dicho Almanaque el porqué de no haberles complacido, muy a pesar nuestro... y a esperar el próximo año.

Consultorio Psíquico-sexual



Pregunta (RESUMIDA)

DOCTOR Félix Martí Ibáñez: *Deseo consultarle mi problema de amor, pensando en si podrá tener interés para otras personas el conocerlo. Yo estoy en relaciones desde hace dos años con un joven intelectual, bastante conocido en los medios culturales obreros. Por temperamento, idealidad y sentimientos, somos muy afines. Soy bastantes años mayor que él, pero por mi aspecto y carácter juveniles*

represento para todos la misma edad que él. Hasta el 19 de julio hemos ido siempre acordes. Sexualmente, yo soy bastante fría —quizás por mi edad y mi temperamento retraído— y apenas si hemos tenido otro trato que el puramente platónico. Desde la Revolución, que él anda en cargos de alta responsabilidad política como Comisario en una retaguardia y delegado cultural en una comarca. Ha derrochado energía y se ha multiplicado en su labor. Pero en sus relaciones conmigo se muestra variable y muy diferente a tiempo atrás, frío, distraído y sin dar importancia a los lazos espirituales que nos ataban antes. Por el contrario, y aun sin llegar a nada serio, se ve atraído por todas las chicas jóvenes y guapas, con las cuales bromea y tiene relaciones de tipo sexual, si bien creo, sin llegar a la cópula. Le veo materializado sexualmente y como abstraído, sin ilusión por mí, si bien sé que esa ilusión la siente cuando está solo y lejos de mi lado. Sufro mucho. ¿Podría usted indicarme las causas de este conflicto que me tortura?—Gloria L. Castellón.

Respuesta: Altamente aleccionadora resulta la investigación de los múltiples conflictos espirituales, brotados en el subsuelo de la sexualidad española, al calor del movimiento revolucionario. Contemplada la multiformidad de los mismos desde la lejanía serena del espectador, advertimos en seguida cómo los enhebra a todos ellos —pese a su diversidad— el hilo común de ser modificaciones eróticas que dimanen de un reflejismo social; tal y como cuentas de vario tamaño y color engarzadas en una hebra que formase con ellas un solo collarite. Su conflicto, como todos, presenta, una vez considerados sus ribetes específicamente personales, unas líneas generales similares a las de cuantos han surgido

en el movimiento revolucionario sintetizables así: Una conducta erótica inmutable y ordenada, adopta, desde los comienzos del hecho revolucionario, una tonalidad absolutamente opuesta. ¿Por causa de la Revolución en sí? ¿Por ajustar el individuo su moral sexual a la nueva ética revolucionaria? No. Sencillamente, porque nuestra sexualidad no es un remanente estático y fijo en las arcaes del organismo, sino que es un potencial dinámico en incesante transformación y perennemente modelado por factores diversos, de los cuales es acaso el más intenso el medio ambiente. Cuando ese mundo que nos rodea se modifica, la sexualidad —espejo sensible de nuestra vida— experimenta mutaciones en apariencia inexplicables; porque no obedecen a nuestra voluntad consciente, sino a la presión inexorable de leyes biológicas de honda raíz social.

El individuo —hombre o mujer— cree detentar las palancas de mando sobre su sexualidad; pero la realidad le prueba que con toda su personalidad no es sino mandatario de altos poderes biológicos que rigen en todo momento los rumbos de su erotismo. El Destino, ese Destino tan manoseado por los malos folletínistas, es una ficción novelesca y una verdad biológica; y ese destino psicológico es el que en estos momentos está jugando una partida en la cual son ustedes simples peones de ajedrez movidos por la mano poderosa de los instintos.

Usted, físicamente atractiva —así lo traslucen sus frases— y espiritualmente joven, está ligada durante largos meses de paz a un joven intelectual que al enlazarse amorosamente a usted demuestra que, como tantos intelectuales, sitúa más alto y hondo el aliciente espiritual y la afinidad ideal hacia una mujer que la fascinación sexual por la misma. Lo atestigua el suave tono platónico de las relaciones y el haber buscado una mujer cuya belleza tiene la lozanía del espíritu más que la frescura de la carne joven.

Entre paréntesis, esta tendencia de los intelectuales a escoger mujeres levemente frías y además a que sus relaciones sean lo menos posible eróticas, representa una tendencia biológica de tipo económico. La energía espiritual que derrocha el intelectual en sus creaciones mana de la misma fontana que la energía sexual y ambas son manifestaciones de una sola fuerza vital. La intensificación de la vida erótica y la frecuencia en la comunión carnal conduce a una restricción en la obra del intelectual, puesto que su capital psíquico se gasta en aventuras sexuales. Por tal causa, la Naturaleza salva lo que más interesa, que es en este caso el intelecto, empujando al trabajador del espíritu hacia mujeres frías de vida sexual apagada, con lo cual al restringirse el área erótica del intelectual se economizan energías espirituales y se salva

su obra artística o científica. La economía erótica subconsciente que generan sus relaciones platónicas halla su compensación en una exuberancia intelectual. De los casos que contradicen este asunto —Baudelaire, Mirabeau—, nos ocuparemos otro día.

En el caso de ustedes la norma general se cumple, y unas relaciones amorosas serenas y armónicas marchan aunadas a la fecunda labor de su enamorado.

19 de julio. La mutación histórica del escenario social determina un cambio en la vida de los actores. El se lanza a una intensa acción social y educativa por la causa. Se adapta al momento revolucionario. Pero la adaptación social implica una adaptación biológica. Y en ella radica la puerta secreta de entrada a la explicación del caso. En primer término, al lanzarse a grandes empresas que suponen una abstracción del espíritu, su amigo pierde contacto consigo mismo. Se despersonaliza para fundirse en la acción colectiva; de ahí el verle siempre abstraído, confuso, vagamente lejano. La visión del panorama social anchuroso que se despliega ante él, le hace minimizar, desvalorizar los pequeños gratos detalles que antaño eran pilares básicos en su paisaje anímico. Su espíritu tiene el vértigo de grandes y nuevas realizaciones y la flora erótica no tiene interés para él, porque las florecillas amorosas resultan ocultas detrás de la lujuriosa frondosidad histórica de la hora actual. Usted no ha podido situarse en el mismo plano que él, porque características peculiarmente femeninas la tienen atada al plano que él abandonó, al menos temporalmente. Usted no se ha remontado a esa fase de abstracción mental y acción intensa de su novio. Entendámonos. No es que yo dude de su fervor revolucionario, sino que deseo que se percate que aun procurando usted atalayar la conducta de su novio con desapasionamiento y serenidad, en este caso, por ser mujer, su razonamiento conducirá por la vía falsa del detalle concreto —el novio frío, ausente, indiferente a usted— a la errónea conclusión de que ya no la ama. Error. Espiritualmente está alejado de usted por las causas indicadas, a pesar de que en sus momentos de soledad, o sea cuando toma contacto consigo mismo y desde su nueva línea de actuación descendiendo y toma tierra en el limo antiguo de sus afectos, es cuando renace el lazo primitivo e imborrable del amor que los unió y que ahora —bajo la realidad que temporalmente les separa— les sigue uniendo.

Pero en el aspecto erótico, los hechos son diferentes. La vibración revolucionaria ha puesto a flote en la personalidad de su novio tendencias e instintos adormecidos hasta hoy. Entre ellos ha alboreado un colorido más intensamente erótico de su amorosidad. ¿Por qué, se dirá alguien, sucede esto, si precisamente le interesa economizar energías eróticas para el buen desarrollo de su labor?... ¿A qué obedece esa súbita apatencia suya hacia las mocitas de cuerpo dulce y fino, con las cuales gusta comenzar escarceos eróticos inacabados?

En primer término, porque el período de guerra despierta en todos nosotros una gama de instintos de agresividad y combate, destrucción y muerte, que pertenecen históricamente a edades arcaicas de la Humanidad y psicológicamente están depositados en profundos estratos

del espíritu. La guerra extrae de los receptáculos en que dormitaban (el «Ello» de Freud) la manada de instintos profundos del espíritu —y los sitúa en el caso actual al servicio del sublime ideal proletario— que afluyen a los planos actuales del psiquismo. Con ellos despiertan nuevos matices eróticos. Y del mismo modo que el psiquismo de su novio, antes ocupado en altas divagaciones espirituales, retrocede a una etapa, a una forma de acción más juvenil y dinámica, a causa de esa actualización de instintos primitivos del espíritu, así también la sexualidad, adaptándose a un momento histórico en el cual juegan papel predominante las formas instintivas juveniles, adopta una directriz diferente al antiguo platonismo. E igual a como de la meditación espiritual que simboliza un estadio maduro y evolucionado del psiquismo, se desciende a manifestaciones más dinámicas aunque menos diferenciadas del mismo, así en el campo amoroso, desde las terrazas olímpicas del amor platónico, desciende su novio a formas más coloreadamente eróticas y sexuales. Por eso tiende hacia un mariposeo sobre diversas mujeres, libando en ellas unas gotas de erotismo sin llegar nunca a saciar la sed. Fenómeno de donjuanismo epidérmico, que se da también en ciertos períodos de la vida de Goethe. Con ello, la conducta del varón que la inquieta, se ajusta a la pauta biológica inexorable que la Naturaleza le marca, variando de objetivos eróticos —en vez de especificarlo en usted— y convirtiendo el amor en apetencia sexual, en lugar del primitivo idealismo amoroso hacia usted. Ambas características: Diversidad de objetos de amor y sentido erótico del mismo, son simbólicas de la fase transitoria de juvenilismo instintivo que está viviendo su novio.

Caso extraordinario. En un párrafo de un viejísimo papiro egipcio hallado en Karnac, se lee: «Y cuando Amenophis volvía de la guerra santa ya no quería a su esposa y buscaba las caricias de otras cortesanas, pues el cariño de su esposa no satisfacía su instinto guerrero. Pero no llegaba a la concepción con ellas.»

Para el psicólogo tiene este documento un interés extraordinario. En primer lugar observamos que aquí, como en nuestro caso, no se llega a la unión sexual. ¿Por qué? Recordemos una afirmación anterior. El organismo economiza energías eróticas y busca con simulacros sexuales satisfacer al hombre sin llegar a realizaciones finales más agotadoras.

Más lo interesante del caso es que a través de la Historia una leyenda mitológica se repite en un caso concreto actual. Reverdecen los viejos conflictos sexuales y, además, en el individuo renacen las mismas situaciones plasmadas por un mito colectivo. Fenómeno que pienso analizar detalladamente en otra ocasión, pues representa una fascinadora vía de investigación psicológica, la de hallar el sentido histórico de nuestras menudas anécdotas sexuales.

A usted, buena amiga preocupada, que es inteligente y culta, le bastará lo dicho para hallar una luz orientadora. Renueve usted su propio incentivo erótico y atraerá por otra faceta el interés de su novio. La mujer interesante es sobre todo la que sabe renovarse a tiempo. Y usted puede remozar ese hilito de interés erótico, enhebrándole sus gracias, que seguramente

Preguntas y Respuestas

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158.—Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, calle de Salvador Seguí, 19.—No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección.—Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTAS: *¿Puede ser motivo de esterilidad la operación de la apendicitis? ¿Cómo evitarle a una joven los dolores que tiene cuando menstrúa?*—Plasencia.

RESPUESTAS: A la primera: No, señor.

A la segunda: No puedo darle tratamiento sin saber más detalles. La dismenorrea (menstruaciones difíciles o dolorosas) puede obedecer a muy diversas causas, unas de índole mecánica (estrechez del orificio uterino, desviaciones o posiciones viciosas de la matriz), y otras, de origen endocrino (alteraciones ováricas). Puede pedir cuestionario si lo desea.

PREGUNTA: De Un autodidacta.

RESPUESTA: Aunque ya me he ocupado otras veces del asunto de la leucorrea o sea del vulgarmente llamado flujo blanco, son tantas las preguntas que recibo que insistiré de nuevo. Sirva, pues, esta respuesta para cuantos me pregunten sobre esta cuestión.

Un poco de flujo mucoso, transparente o blanquecino, sin olor demasiado intenso y desde luego no fétido, puede ser y es de hecho normal en muchas mujeres en los días inmediatos a la función menstrual. En estos casos carece de todo significado patológico. Pero cuando la secreción es exagerada y sobre todo fuera de los periodos menstruales, puede considerarse ya como una manifestación anormal, por lo menos indicadora de un estado irritativo de los genitales internos. Su significación morbosa se acentúa y es ya indudable si el flujo es amarillento y fétido, en cuyo caso podrá asegurarse un estado de infección.

En resumen: Que puede haber algo de flujo normal en los días alrededor de los que ocurre la menstruación, siendo esto normal en muchas mujeres; que otras veces este mismo flujo (no fétido ni purulento) es excesivo y puede significar estados irritativos uterinos o ser indicio de algunas otras alteraciones (casi siempre leves), y que cuando es abundante, amarillento y fétido implica seguramente una infección local.

Añadiré que el flujo blanco corriente si es abundante determina a la larga un acentuado efecto debilitante, por lo que convendrá en todos los casos inquirir las causas y tratarlas. En cuanto al flujo que haga sospechar alguna infección genital debe ser mirado con cautela, poniendo cuanto antes a la enferma bajo los cuidados del médico para evitar ulteriores y graves consecuencias.

PREGUNTAS: *¿Cómo se reproducen las anguilas? Por andar a caballo, ¿podrá sufrir una joven alguna anomalía de sus genitales?*—Un lector.

RESPUESTAS: A la primera: Hasta no hace aún mucho tiempo ha sido un misterio efectivamente la forma de reproducción de estos peccs. Hoy se conoce, sin embargo, relativamente bien, el proceso; y digo relativamente, porque es posible que todavía existan algunos puntos oscuros que se ignoran.

relegó hasta hoy a segundo plano. Al propio tiempo elevase al plano de acción ideal de su novio en lo posible. El lazo no se ha roto. Anúdolo con nuevas vueltas. Porque si salva este período de tránsito, ya pasó el peligro. La victoria antifascista le traerá la alegría del triunfo, el áspero perfume del amor que renace con el viejo cortejo de mimos románticos, pero con una fresca vitalidad y una libertad de acción que serán norma sexual en la nueva Era.

Desde luego, las anguilas son ovíparas contra lo que se creía. Se supuso antaño erróneamente que eran vivíparas por haberse hallado dentro de alguna unas especies de gusanos que siendo solamente parásitos se creyeron crías, pero hoy se sabe que ponen huevos. El encuentro de las anguilas hembras con los machos adultos tiene lugar siempre en el mar y a grandes profundidades no inferiores casi siempre a 500 metros. En esas profundidades se produce el desove, saliendo de los huevecillos crías o larvas pequeñas casi transparentes. Cuando estas crías de anguila crecen un poco (y lo hacen muy lentamente), alcanzando una longitud de unos seis o siete centímetros sufren algunos cambios morfológicos, semejando ya en su forma a la anguila adulta. En la primavera las anguilitas jóvenes (las hembras solamente), constituyendo las llamadas angulas (que se supuso equivocadamente durante mucho tiempo que eran especies diferentes de la anguila), remontan velozmente los ríos con facilidad extraordinaria y contra casi todos los obstáculos y corrientes para buscar lechos cenagosos o de marismas que constituyen el mejor sitio para su medro. Allí siguen su lento desarrollo invernal enterradas en el fango las que son aún pequeñas, hasta llegar a un estado adulto; a los cinco o seis años, en lugar de aletargarse en él en la estación otoñal, emigran río abajo hacia el mar, saliendo al encuentro de los machos para reproducirse. El hecho de que esta emigración la hagan siempre en noches oscuras y tempestuosas, es lo que ha impedido que durante mucho tiempo se ignorase esta particularidad.

A la segunda: Practicada moderadamente no es peligrosa la equitación. Sin embargo, con exceso, o en organismos predispuestos, podrían tal vez producirse algunas alteraciones genitales (congestiones uterinas, desviaciones).

PREGUNTA: De Antonio Soler.

RESPUESTA: El caso de usted es cuestión de que se ponga en manos de un buen dentista, porque seguramente padece de piorrea. En cuanto al de su compañera, no puedo aconsejarle sin verla personalmente.

PREGUNTA: *¿El aire de las habitaciones es más o menos respirable a más o menos altura?*—L. Martín.

RESPUESTA: Supongo quiere decir si el aire de una habitación cerrada es más o menos respirable cerca del suelo o del techo. En este sentido le contesto: Caso de hallarse cerrada una estancia de modo que se impida la normal ventilación, el aire es más enrarecido, mefítico o impuro cerca del suelo, porque el anhídrido carbónico más denso se deposita en las capas inferiores, en tanto que el aire es aún más o menos respirable a más altura. Por cilo, en casos, por ejemplo, de un derrumbamiento en una galería de una mina se han podido salvar algunos obreros remontándose lo más alto posible. Por la misma razón, una persona puede a veces respirar normalmente en una bodega o cueva donde haya una capa baja de anhídrido carbónico que hará perecer a un perro que le acompañe por su menor altura.

Sus otras preguntas, las del niño, necesitaría verlo, y la otra, referente a obras de estudio de Hipnotismo, ya ha sido contestada otras veces.

PREGUNTA: De F. García Román.

RESPUESTA: Desconozco la editorial donde se ha impreso la obra de Ros Rafeles *Nemotecnografía*; pero creo que si la pide en buenas librerías se la podrán servir o pedirla ellos si no la tienen.

PREGUNTAS: *¿Qué posición es más favorable para dormir? ¿Puede combatirse la bilis comiendo un limón en ayunas? ¿Pueden los enfriamientos ser causa de palpitaciones de corazón?*—Ticiano.

RESPUESTAS: A la primera: La de decúbito derecho, es decir, echados de este lado y con la cabeza no demasiado alta.

A la segunda: Supongo se referirá a los vómitos biliosos matinales que sufren algunos individuos. Pues bien; no es un tratamiento muy eficaz el que indica. Lo que hay que hacer es averiguar las causas de esas crisis biliares (alteraciones digestivas, disfunciones hepáticas, etc.) y tratarlas convenientemente.

A la tercera: No, señor. Esas palpitaciones que casi nunca responden a verdaderas afecciones cardíacas son generalmente de origen nervioso y sus causas son muy varias (hiperfunción tiroidea, falta de control del neumo-gástrico, simpaticotomía, aerofagia, etc), siendo por tanto de pronóstico benigno.

PREGUNTA: De F. Gamón.

RESPUESTA: No conozco ningún miembro Rosacruz en

España. Según tengo entendido, dada la rigidez de sus ritos y la meticulosa selección de los aspirantes, quedan pocos Rosacrucés ya, al menos en España, si es que hay alguno. No puedo, por tanto, complacerle.

PREGUNTAS: ¿Existe algún medio de curar las verrugas sin recurrir a la Diatermia o a la cauterización química? La hoja de geranio, ¿tiene alguna propiedad terapéutica?—R. Arroyo.

RESPUESTAS: A la primera: Sí, señor; la radiación de los Rayos X.

A la segunda: Algunas variedades de geranio tienen propiedades vulnerarias y astringentes, sobre todo en uso externo. Las hojas y la raíz de *Geranium maculatum* se han preconizado al interior en intusión contra las hemorragias por la orina.

PREGUNTA: De Isis.

RESPUESTA: Sirva esta contestación a cuantos me preguntan sobre eficacia de diferentes medios anticonceptivos que han visto anunciados. La gran mayoría de esos preparados, compuestos según fórmulas muy racionales, cumplen perfectamente su cometido de espermaticidas y por tanto anticonceptuales, pero hay que usarlos correctamente. No puedo, desde esas líneas, designar ningún preparado especial, por cuanto ello supondría sospechas de reclamo. Desde luego algunos preparados que se anuncian en ESTUDIOS son muy eficaces, si bien absolutamente infalibles, como algunos lectores exigen, no hay ninguno. Con todo, utilizados correctamente, la seguridad de resultados llega casi al 100 por 100.

PREGUNTAS: De José García.

RESPUESTAS: A la primera: El dormir con la boca abierta y roncar fuerte puede ser indicio (en los adultos) de alteraciones nasales, que impiden la normal respiración por dicho órgano. Otras veces se trata de una defectuosa posición de la cabeza simplemente. En los niños que habitualmente duermen de este modo deben sospecharse las vegetaciones adenoides.

A la segunda: Debe usted hacerse cuidar su boca por un buen dentista. Esas hemorragias gingivales pueden consistir en un síntoma de piorrea.

A la tercera: Hay algo mejor, efectivamente, para la lactancia del niño en sustitución de la leche de vaca sin preparación alguna: las leches maternizadas.

PREGUNTAS: ¿Que definición tiene el nigromanticismo? ¿En qué consiste que el cráneo dolicocefalo sea propio de individuos más inteligentes que el braquicefalo? Dado el desarrollo del cono, ¿hay alguna fórmula que permita averiguar su altura?

RESPUESTAS: A la primera: Nigromancia (que algunos confunden con Magia Negra) quiere decir adivinación de cosas ocultas, del porvenir, etc., mediante pretendidas conversaciones con los muertos.

A la segunda: En realidad no puede esto afirmarse categóricamente. Tiene mucha mayor importancia la abertura del índice facial que la longitud del cráneo, como expresión de inteligencia. Indudablemente, se ha fantaseado quizá un poco, llegando a inciertas conclusiones sobre las diferentes capacidades intelectivas del hombre según su morfología craneal.

A la tercera: Le advierto al amigo que yo no soy geómetra, sino médico, y... ya sabe aquello de «zapatero, a tus zapatos»...

PREGUNTA: De José Morante.

RESPUESTA: En el tratamiento de la tuberculosis por el neumotórax artificial lo difícil es lograr que el pulmón deje de respirar, que casi nunca se anula su función totalmente, sino que vuelva a recuperar su función, lo que tiene lugar rápidamente y de un modo completo en cuanto se deja de insuflar aire en la pleura durante algún tiempo. No tenga temor alguno por el porvenir funcional del pulmón neumotorizado, aunque haya estado comprimido dos o tres años. Una vez curadas las lesiones y suspendido el neumotórax se recupera dicho órgano rápidamente.

PREGUNTAS: ¿Qué funciones cumplen la epífisis y la hipófisis? ¿Qué es neurosis traumática?—Gonzamor.

RESPUESTAS: A la primera: La epífisis es una glándula endocranal de secreción interna de no muy definidas funciones todavía, aunque es probable que actúe sobre el metabolismo. Según muchos indicios, parece ser el vestigio de tercer ojo, hoy día atrofiado: un ojo impar del que aún en los reptiles algunos pueden verse claras señales en dicha glándula. La hipófisis, otra glándula endocrina, produce dos secreciones antagonicas en su acción (una procedente del lóbulo anterior y la otra del posterior) actúan, ante todo y principalmente, sobre la presión sanguínea y también informan el crecimiento del individuo, regulan las grasas y tienen acción asimismo sobre la función sexual. Las hipertrofias de la hipófisis conducen a la caromegalia y al gigantismo y su atrofia a la obesidad y, sobre todo, al llamado síndrome adiposo genital, que imprime al hombre caracteres feminoides, con morbidez grasosa de sus formas.

A la segunda: Se denominan neurosis traumáticas las afecciones mentales sin lesión aparente o visible que aparecen con motivo de un trauma (herida, golpe) y que más

bien parecen ser debidas a la impresión o shock nervioso súbito, al terror y al dolor, etc.

PREGUNTAS: En la larga vida sexual del hombre, ¿qué cantidad de semen puede sacar? ¿Se mide por años o por litros?—Un estudiante catalán.

RESPUESTA: Caramba, hombre, y qué cosas más raras le preocupan. Pues verá usted. Si se tiene en cuenta que en cada eyaculación normal (es decir, sin que sean demasiado frecuentes, para dar lugar a que se forme de nuevo el semen vertido) se vierten de 3 a 5 centímetros cúbicos, por término medio, multiplique esta cantidad por el número de eyaculaciones durante X años de actividad sexual y luego maldito como quiera, por litros o por toneladas. Usted verá.

PREGUNTA: Sobre el ayuno.—E. Ferradas.

RESPUESTA: Ciertamente, no deben asombrarle algunos resultados obtenidos por este eficazísimo recurso terapéutico que, debidamente controlado y regulado bajo metódica intervención médica, ha producido verdaderas resurrecciones y la curación de dolencias tenidas por incurables. Empero es un arma delicada, de muy difícil manejo y no siempre utilizable por las condiciones de los pacientes. Es posible, sin embargo, que sus panegiristas hayan exagerado algo, pero ello no resta importancia ni realidad a la eficacia de este tratamiento que, bien precisadas sus indicaciones, produce resultados maravillosos.

PREGUNTAS: ¿Por qué se produce la fosfaturia? ¿Es perjudicial mirar al Sol cara a cara? ¿Qué pan es mejor, el blanco dextrinizado o el integral?—Julio García.

RESPUESTAS: A la primera. La fosfaturia no es más que un síntoma que puede obedecer a diversos factores causales. Implica desmineralización y cuando es verdadera es indicio posible de tuberculosis. Y digo verdadera porque existen afecciones fosfaturias sin aumento real de fósforo, pero con precipitación de los normales, existentes en toda orina por el solo hecho de ser la orina alcalina o muy débilmente ácida.

A la segunda: Sí, señor, sobre todo en pleno día y más si se sale de un sitio menos iluminado. Pueden ocurrir inflamaciones de la retina y otros trastornos que dañen la vista.

A la tercera: Indudablemente, es mejor el pan integral.

PREGUNTAS: ¿Es perjudicial para un tuberculoso la abstinencia sexual? ¿Cuál es la norma de conducta preferible?—R. González.

RESPUESTA: Hay que distinguir diversos casos, según intensidad del proceso, actividad o latencia del mismo y, sobre todo, estado general del enfermo. En los tuberculosos avanzados, graves o muy desnutridos, será norma casi sin excepción la abstinencia completa que evite toda pérdida de energía; esto aparte de que si los contactos sexuales tienen lugar con su mujer existe el peligro de que sea engendrado un hijo débil o tarado.

En cambio, si el paciente de tuberculosis tolera bien su afección, mejorando de ella, con buenas defensas y buen estado general, no hay inconveniente alguno en que, siquiera sea de una manera moderada, verifique el acto sexual de cuando en cuando. Debe, eso sí, emplear procedimientos anticonceptuales para evitar una fecundación que pudiera producir un hijo enfermizo tal vez.

PREGUNTA: ¿Puede una desviación de la columna vertebral ser curada por la gimnasia?—Figaro.

RESPUESTA: Si la desviación no es muy acentuada y recae en un niño o joven es muy probable que se obtengan buenos resultados con la gimnasia sueca y algunos ejercicios complementarios con aparatos especiales (banco, aparatos de suspensión, etc.), claro que bajo una dirección competente. Después de los veinte años o aun algo antes, es muy problemático que se obtengan resultados claros.

Necesitan cuestionario, que pueden pedirme enviando sello: J. T.; José Usagre; A. M. D.; Libero; R. A.; Un joven libertario; Lectora X; Un socialista; Judex; R. Salvador; B. Palomares; J. C. G., de Vinaroz; Aniano Abad. En cuanto a Una naturista comunista, y Una libertaria sería mejor que consultasen personalmente a ser posible, no siendo suficiente con la consulta por correspondencia.

IMPORTANTE PARA LOS GALENISTAS.—En el número de ESTUDIOS correspondiente a abril de 1936 publicó, o mejor dicho, reproduje, un esquema de un aparato de galeno excelente por su rendimiento en potencia y selectividad. Algunos que lo han construido me informan que, efectivamente, capta tres o cuatro (y más) estaciones extranjeras, ELIMINANDO PERFECTAMENTE LA LOCAL si se dispone de buena antena.

Ahora bien, en el esquema citado se deslizó una errata. La bobina de reacción (o sea la que lleva una toma) debe bobinarse sobre un tubo de 65 (sesenta y cinco) milímetros y no de 55 como dice por equivocación. Por tanto, la bobina primaria o de antena se hace sobre tubo de 55 milímetros y la de reacción sobre tubo de 65 milímetros, sacando la toma como se indica en la explicación que acompaña al citado esquema.

Hacemos esta aclaración para responder a varios preguntantes que se han interesado en este circuito que realmente es de magnífico rendimiento.

NOVELAS, SOCIOLOGIA, CRITICA

De entre el inmenso arsenal literario que integra el acervo intelectual de nuestra época, destacan y destacarán siempre aquellas obras escritas con miras al bien común e inspiradas en un noble anhelo de superación. De estas obras selectamente escogidas por su valor imperecedero, está formada la presente sección.

	PESETAS	
	Rústica	Tela
El Pueblo, Anselmo Lorenzo	1'50	3'—
La esfinge roja, Han Ryner	3'—	4'50
La Montaña, Eliseo Reclus	2'—	3'50
El Arroyo, Eliseo Reclus	2'—	3'50
Evolución y Revolución, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Mis exploraciones en América, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Los Primitivos, Eliseo Reclus	3'—	4'50
Nieves, Ríos y Lagos, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Anisisa, León Tolstói	3'—	4'50
¿Qué hacer?, León Tolstói	2'—	3'50
La transformación social de Rusia, Máximo Gorki	2'—	3'50
Cuentos de Italia, Máximo Gorki	2'—	3'50
La vida de un hombre innecesario, Máximo Gorki	2'—	3'50
Los hermanos Karamazov, Fedor Dostoiewski	3'—	4'50
El botón de fuego, J. López Montenegro	3'—	4'50
Secretos del Convento, Sor María Ana de Gracia	2'—	3'50
El año 2000, Edward Bellamy	2'—	3'50
El dolor universal, Sebastián Faure	2'—	3'50
La vida trágica de los trabajadores, Dr. Peydoux	3'50	5'—
Geología y táctica del proletariado, Rocker	1'—	4'50
El calvario, Octavio Mirbeau	2'—	3'50
Sebastián Rock (La educación jesuítica), Mirbeau	2'—	3'50
El mundo hacia el abismo, Gastón Leval	4'—	5'50
Infancia en cruz, Gastón Leval	3'—	4'50
Problemas económicos de la Revolución española, Gastón Leval	3'—	4'50
El Prófugo, Gastón Leval	2'—	3'50
El imperio de la muerte, Korolenko	2'—	3'50
Ideario, Enrique Malatesta	2'—	3'50
Crítica revolucionaria, Luis Fabbri	2'—	3'50
Los cardos del Baragán, Panait Istrati	2'—	3'50
La Ética, la Revolución y el Estado, Kropotkin	2'—	3'50
La conquista del pan, Kropotkin	1'50	3'—
Palabras de un rebelde, Kropotkin	1'50	3'—
Campesinos, Fábricas y Talleres, Kropotkin	1'50	3'—
La Escuela Moderna, F. Ferrer Guardia	2'—	3'50
Las ruinas de Palmira, Volney	2'—	3'50
La Religión al alcance de todos, Ibarreta	2'—	3'50
Como el caballo de Atila, Higinio Noja Ruiz	5'—	6'50
La que supo vivir su amor, Higinio Noja Ruiz	4'—	5'50
Un puente sobre el abismo, Higinio Noja Ruiz	4'—	5'50
Hacia una nueva organización social, H. N. Ruiz	2'—	3'50
Gandhi, animador de la India, Higinio Noja Ruiz	1'50	3'—
La Inquisición en España en el siglo XVI	1'—	—
La desocupación y la maquinaria, J. A. Mac Donald	1'50	3'—
La Muñeca (Drama social en tres actos), F. C. Crespo	1'50	—
El Subjetivismo, Han Ryner	1'—	—
La Internacional Pacifista, Eugen Relgis	1'—	—
Rusia actual y futura, George F. Nicolai	1'—	—
Origen y desarrollo del trabajo humano, G. F. Nicolai	1'—	—
La bancarrota del capitalismo, D. A. Santillán	1'—	—
La Revolución en la práctica, Malatesta-Esteve	1'—	—
Dios y el Estado, Bakunine	1'—	2'50

En preparación:

Yo, Rebelde, F. Martí Ibáñez.
La Atmósfera, Eliseo Reclus.
El Océano, Eliseo Reclus.
La vida en la tierra, Eliseo Reclus.

FOLLETOS FILOSOFICOS Y SOCIALES

En esta Colección de Folletos Filosóficos y Sociales están comprendidos diversos temas, a cual de ellos más interesante, tratados por las mejores firmas del campo ideológico más avanzado. Todas las inquietudes del espíritu, todas las manifestaciones del pensamiento renovador y fecundo, palpitan en estos pequeños libritos, muy aptos para el proselitismo de sus tendencias. Estos folletos están magníficamente presentados, impresos en buen papel y con cubiertas a varias tintas, a pesar de su poco precio.

Generación voluntaria, Paul Robin ... 0'25
Amor y matrimonio, Emma Goldman ... 0'30
La virginidad estancada, Hope Clare ... 0'20

Maternología y puericultura, Nelken	0'25
La tragedia de la emancipación femenina	0'30
La prostitución, Emma Goldman	0'25
El matrimonio, Elías Reclus	0'30
La libertad y la nueva Constitución española, H. Noja	0'30
El sindicalismo, Anselmo Lorenzo	0'30
¿Maravilloso el instinto de los insectos?, Lorulot	0'30
La libertad, Sebastián Faure	0'30
El sindicalismo revolucionario, V. Griffuelbes	0'30
El problema de la tierra, Henry George	0'30
Educación revolucionaria, C. Corneliasen	0'30
¿Qué es el comunismo libertario?, Ramón Segarra	0'50
El comunismo libertario, Isaac Puente	0'40
Superpoblación y miseria, E. Lericolais	0'40
Feminismo y sexualidad, J. A. Munárriz	0'50
Los principios humanitaristas, Eugen Relgis	0'30
La propiedad de la tierra, León Tolstói	0'30
La fabricación de armas de guerra, Rocker	0'30
Entre campesinos, Malatesta	0'35
Las fealdades de la Religión, Han Ryner	0'50
La Iglesia y la libertad, Lorulot	0'40
La lucha por el pan, Rocker	1'50
Crainquebille, Anatole France	0'50
La muerte de Oliverio Béalile, Emilio Zola	0'50
El mareo, Alejandro Kuprin	0'50
Luz de domingo, Ramón Pérez de Ayala	0'50
Infanciaida, Joaquín Dicenta	0'50
Urania, Camilo Flammarion	0'50

COLECCION POPULAR

«AYER, HOY Y MAÑANA»

Nos proponemos, con esta colección, dar a conocer en folletos de 32 páginas, presentados como jamás se habían presentado esta clase de publicaciones, al módico precio de treinta céntimos, los juicios más notables de escritores de primera fila de todos los países, sobre temas de palpitante actualidad en cualquier época: temas políticos, económicos, sociológicos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos, etc., etc.

El conjunto de estos folletos constituirá un caudal de conocimientos, original y sugestivo, con el que muy pocos podrán compararse. Será, en efecto, una verdadera enciclopedia, redactada nada menos que por las plumas más ágiles de todos los tiempos. Cada folleto encierra tantas ideas como varios volúmenes que traten de lo mismo. Ideas claras, concisas, certeras, creadas por los más altos cerebros de ayer y de hoy.

TITULOS PUBLICADOS

Pobres y ricos	0'30
La política y los políticos	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo	0'30
Periódicos y periodistas	0'30
Capital, dinero y trabajo	0'30
La guerra	0'30
La sociedad actual	0'30
Criminales, leyes y juzgadores	0'30
Socialismo, sindicalismo y anarquismo	0'30
El amor	0'30
La vida y la muerte	0'30
Patriotismo y nacionalismo	0'30
Libertad, igualdad y fraternidad	0'30
El derecho y la justicia	0'30
El arte y la ciencia	0'30
Hombres y hombresillos	0'30
El Estado	0'30
La simpatía y la amistad	0'30
La Historia y los historiadores	0'30
Ética y Moral	0'30
Literatura, Música, Poesía	0'30
La propiedad	0'30
Hombre y mujer	0'30
Cultura, progreso y civilización	0'30
La prostitución	0'30
El placer y el dolor	0'30
Infancia, juventud, madurez y vejez	0'30
La educación	0'30
Evolución y revolución	0'30
El teatro	0'30
El lenguaje, la palabra y la conversación	0'30
Error, mentira y verdad	0'30
Retratos de burgueses	0'30
Amor propio, orgullo y vanidad	0'30

La guerra y la Revolución

La guerra, por
las armas, por
el valor y la
disciplina del
ejército del
pueblo.

deben ganarse al mismo tiempo

La Revolución,
por la justicia
y la eficacia
en las bases
de la nueva
economía.

Contra la barbarie fascista, ¡el plomo!
Para la nueva economía social, ¡el libro!

¡¡HAY QUE LUCHAR CON LAS
DOS ARMAS A LA VEZ!!

Trabajadores, antifascistas todos: Leed y recomen-
dad los siguientes libros:

Problemas económicos de la Revolución Social Española,
por Gastón Leval. Precio: 3 ptas. Encuadernado en tela: 4'50 ptas.

Hacia una nueva organización social, por Higinio Noja Ruiz.
Precio: 2 ptas. Encuadernado en tela: 3'50 ptas.

El Mundo Nuevo, por Pierre Besnard. Precio: 1'50 ptas. Encuadernado
en tela: 3 ptas.

La Revolución actual española, por Higinio Noja Ruiz. Precio:
1 pta. Encuadernado en tela: 2'50 ptas.

Campos, Fábricas y Talleres, por Pedro Kropotkín. Precio: 1'50
pesetas. Encuadernado en tela: 3 ptas.

La Revolución en la práctica, por Malatesta, Esteve y Leval.
Precio: 1 pta.

¡¡Venceremos!!, por Alfonso Martínez Rizo Precio: 0'50 ptas.

El Comunismo Libertario, por Isaac Puente. Precio: 0'40 ptas.

¿Qué es el Comunismo Libertario?, por Ramón Segarra. Precio:
0'50 ptas.